

The book cover features a central illustration of a woman in profile, looking out a window. She is wearing a long, light-colored, high-collared dress with intricate detailing. The window has a grid pattern and shows a cityscape with a prominent tower. The background is a warm, golden-yellow color with decorative, Art Nouveau-style patterns in the corners. The title 'Elinor Glyn' is at the top, and 'Ceguera de Amor' is in the middle. The publisher's logo 'E LEJANDRIA' is at the bottom.

Elinor Glyn

Ceguera de Amor

E LEJANDRIA

R 102,522

ELINOR GLYN

CEGUERA DE AMOR

(LOVE'S BLINDNESS)



VERSIÓN ESPAÑOLA
DE LA CASA EDITORA

EDITA, S. A.

El Consejero Delegado

A large, faint, and mostly illegible signature or stamp in the center of the page, overlapping the text "El Consejero Delegado". It appears to be a cursive signature.

EDITA S. A.

VALENCIA, 189

BARCELONA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

CEGUERA DE AMOR

ELINOR GLYN

PUBLICADO: 1926
FUENTE: BNE
EDICIÓN: GIRÓ, BARCELONA, 1929
TRADUCTOR: EDITA, S. A.

ÍNDICE

1. [Portada](#)
2. [Titulo](#)

3. [Ceguera de amor](#)
 1. [Capítulo Primero](#)
 2. [Capítulo II](#)
 3. [Capítulo III](#)
 4. [Capítulo IV](#)
 5. [Capítulo V](#)
 6. [Capítulo VI](#)
 7. [Capítulo VII](#)
 8. [Capítulo VIII](#)
 9. [Capítulo IX](#)
 10. [Capítulo X](#)
 11. [Capítulo XI](#)
 12. [Capítulo XII](#)
 13. [Capítulo XIII](#)
 14. [Capítulo XIV](#)
 15. [Capítulo XV](#)
 16. [Capítulo XVI](#)
 17. [Capítulo XVII](#)
 18. [Capítulo XVIII](#)
 19. [Capítulo XIX](#)
 20. [Capítulo XX](#)
 21. [Capítulo XXI](#)

4. [El contraste](#)
 1. [Capítulo Primero](#)
 2. [Capítulo II](#)

CEGUERA DE AMOR

CAPÍTULO PRIMERO

Huberto Culverdale, D. D. O., M. C. [\[1\]](#) , y otras muchas cosas, octavo conde de St. Austel, una mañana, a mediados de mayo del pasado año, miraba hacia Green Park a través de las ventanas de su biblioteca y se dijo que si Benjamín Levy no se ponía a tiro y no le proporcionaba medio millón durante la semana próxima, no sólo estaría arruinado él mismo, sino que, cosa mucho peor, se hallarían en el mismo caso un buen número de sus mejores amigos.

El asunto fue muy sencillo. Durante los Primeros años inmediatos a la guerra, la vida le pareció aburrida y sin objeto; él odiaba la inacción, y como su excelente amigo y camarada Jimmy Mac Allister parecía haber realizado el invento más grande del mundo, eso le interesó, pues con toda seguridad ocasionaría una revolución en la construcción de los aeroplanos. Dinero era lo único que hacía falta para presentar esta maravilla en el Ministerio de la Guerra y dejar sin aliento a los de allí. St. Austel creía en el invento. Él no era tonto, y Jimmy tampoco, de modo que ambos se entregaron por completo al asunto, y lo más raro de todo era que, en realidad, el invento no podía ser más real y verdadero. Por esta razón se constituyó una compañía para explotar el invento, y algunos amigos escogidos, después de haber sido admitidos en el secreto, rogaron que se les

permitiese contribuir con su dinero al éxito. Pero los hombres necesitan un sentido comercial mucho más fuerte del que, por regla general, tienen las personas que tan sólo han sido políticos y diplomáticos, combatientes y grandes señores, todo ello por espacio de muchos siglos; y así ocurrió que, después de algunos meses peligrosos en que el asunto fue muy mal dirigido, el secretario huyó con el dinero de los accionistas, y lord St. Austel se vió en una situación horrible. Porque aun cuando era hombre rico y tenía una casa maravillosa en Hampshire y grandes propiedades mineras en Gales, medio millón de libras esterlinas no es cosa fácil de hallar en el espacio de una semana.

En Francia y en Flandes, había afrontado la muerte centenares de veces, sin la menor emoción, pero ahora sus nervios estaban trastornados. ¿Cómo podía permitir que se arruinasen los amigos que creyeron en su fe en el invento? Su tío, el pobre y anciano marqués, tenía sus tierras bastante comprometidas..., y otros eran aristócratas necesitados, que se veían realmente en situación muy apurada a consecuencia de la nueva política de contribuciones territoriales. Estaba obligado a hacer algo. Poco le importaba ser él mismo un mendigo. La vida le fue agradable desde que abrió los ojos en un ambiente adorable, hacía cosa de treinta y un años, y ya había gozado de su parte de felicidad. Diciéndose esto regresó a la biblioteca. El distante e intenso rugido de Piccadilly quedaba convertido casi en una vibración indicadora de la vida que circulaba por la calle.

Acababa de entrar en una hermosa estancia de alto techo, provista de arrimaderos, y de ambiente que resultaba sedante; era, en efecto, el lugar más apropiado para que un hombre se entregase a sus reflexiones. Encima de su escritorio veíase un pequeño marco que contenía el retrato del segundo conde de su linaje, trazado por el pincel de Van Dyck. y que le miraba con sus orgullosos ojos. Parecíase mucho a su descendiente, con el cabello pardo y espeso en las sienes, los ojos de intenso color azul, y con una curva en los labios que le daba una expresión entre irónica y triste. Los de la raza de los Culverdale jamás habían traicionado a un amigo ni a un

enemigo, cualesquiera que pudiesen ser sus faltas. En la familia nunca se conocieron las trampas. El último de la raza miraba a su antepasado, y luego cambió la dirección de sus ojos para contemplar la fotografía de sus dos hermanos más jóvenes, que murieron en Loos. Cada uno de aquellos tres rostros le sonreían con los mismos ojos azules. Allí estaban también Charlie y Humphrey, primos hermanos, que asimismo habían muerto, y los de otros tres muchachos, parientes en segundo grado. Todos ellos entregaron generosamente la vida por Inglaterra, siguiendo las tradiciones de la noble familia, y Huberto, el octavo conde de su linaje, era ya el último de los Culverdale.

“¡No! ¡Por Dios!” se dijo a sí mismo. “Es preciso encontrar algo a todo trance.”

Llamó y ordenó que le preparasen el automóvil; cinco minutos después entraba en la oficina de Benjamín Levy, en la calle de Clifford. Allí todo tenía severo aspecto, pero muy poco antes de que entrase él, ocurrió una extraña escena. Oscar Isaacson, el empleado de confianza de Benjamín Levy, tuvo la audacia de recordar a su jefe que hasta entonces le había prestado quince años de minuciosos y fieles servicios, durante los cuales pudo observar las crecientes perfecciones de Vanessa, la única hija de Levy, y que como ya disponía de una fortuna suficiente, gracias a inteligentes especulaciones por su propia cuenta, se hallaba en situación de pedir su mano, indicando, también, que eventualmente podría convertirse en un socio conveniente para su futuro suegro.

Entonces el señor Levy cometió una de las escasas equivocaciones de su vida, y con el mayor desdén rechazó aquella proposición. Tenía otras miras para su hija, y lo mejor que podía hacer Oscar era poner orden en sus pensamientos errantes y entregarle prontamente los documentos, así como la última información referentes a la responsabilidad de St. Austel en el asunto del invento sobre aeroplanos, que él, Levy, se disponía a comprar.

Oscar Isaacson, cuando escuchaba alguna orden, tenía la costumbre de volver un poco la cabeza, de modo que quien le

hablaba no pudiese observar en su rostro el efecto de sus palabras; y la fuerza de la costumbre le hizo realizar igual movimiento, aun en aquel instante solemne de su vida, y así, los astutos ojos de Benjamín Levy no pudieron observar la expresión de furor que exteriorizó el rostro de su primer empleado. Éste se dominó, sin embargo, y con movimientos silenciosos llevó a su jefe el fajo de documentos deseados, dejándolos sobre el escritorio.

Cuando entró lord St. Austel, Oscar le ofreció una silla y salió con la mirada fija en el suelo. El propietario de la oficina y el posible cliente futuro se saludaron. Benjamín Levy era, y es todavía, el más respetable y justo de todos los prestamistas de Londres. Lord St. Austel nunca le había visitado antes por su propia cuenta, pero en más de una ocasión estuvo sentado en aquella misma silla con objeto de ayudar a un amigo.

Los inteligentes ojos, de color gris claro, de Benjamín Levy — pues éste, aunque judío, era rubio, — miraban a su cliente con la mayor atención. Conocía exactamente el por qué Su Señoría le honraba con su visita. Estaba enterado de una cantidad de detalles que Huberto no sospechaba siquiera. Por ejemplo: sabía que el invento era magnífico y realizable, y que llegaría a producir millones, aunque también conocía la razón del porqué los banqueros se negaron a hacer un préstamo a lord St. Austel, ya que él se cuidó de que ocurriese así. Nunca hacía cosa alguna sin que se lo aconsejase una razón u otra. Y la que tenía ahora era la que dirigió todos los actos de su vida durante los últimos diez años. Los dos hombres hablaron por espacio de media hora y, al final, el judío dijo:

— Es completamente inútil, mi querido lord; los negocios son los negocios, y la filantropía, otra cosa muy distinta. Estoy seguro de que a Su Señoría no le gustaría aceptar filantropía de mi mano.

Hasta entonces, lord St. Austel había permanecido sentado con la mayor calma, y habló con su voz educada y muy agradable, en la que, gracias a su propensión a la ironía, pudo contener la nota arrogante heredada a través de muchos siglos, y que fue el distintivo de su familia, desde que su primer antepasado acompañó al

Conquistador. Al oír las palabras de Benjamín Levy, palideció un poco y se puso en pie.

— Así, pues, tengo el honor de desearle buenos días, caballero — dijo.

El señor Levy le dejó que casi llegara a la puerta, y luego le llamó con voz suave.

— No obstante lo dicho, tengo que hacer una proposición a Su Señoría..., y si la acepta, todo podría cambiar considerablemente.

Huberto se volvió, y con altanería miró al inteligente rostro que estaba detrás de la mesa.

— De manera...

— Sí. ¿Tiene usted la bondad de sentarse otra vez?

Algo pareció advertir a St. Austel que iban a proponerle un trato que le resultaría muy desagradable. Pero como la situación era desesperada, volvió a sentarse.

En la Ópera se representaba, aquella noche, "Madame Butterfly", y el público subía ya las escaleras y se dirigía a las butacas, aunque todavía era temprano. Entre los concurrentes hallábase una dama de alguna edad y de tipo francés tan pronunciado, que a cualquiera le habría parecido que acababa de salir de una novela de Balzac. En toda su figura se veía a Francia en las costumbres y las maneras de 1840. Era hermosa, a pesar de su aspecto severo y de sus rasgos angulares. Parecía ejercer la mayor autoridad sobre una muchacha que la seguía. Ésta tenía grandes y suaves ojos negros, cabello de azabache, estrechamente trenzado, como si su propietaria se dispusiera a hacerse con él un moño. Llevaba una capa de noche, de color amarillo y de moda bastante antigua, pero le rodeaba el largo, esbelto y blanquísimo cuello una magnífica hilera de enormes perlas. Las dos señoras se sentaron en su sitio, que estaba a una o dos filas de distancia de un palco de amigos, casi debajo de él, de modo que quienes ocupaban este último podían verlas constantemente. Sin

embargo, la muchacha no tuvo ojos más que para el escenario, a partir del momento en que se levantó el telón; y era natural que así fuese, ya que asistía por vez primera a la Ópera, en Inglaterra.

Al terminar el primer acto habló en italiano a su compañera. “Madame Butterfly” despertaba en su ser nuevas emociones; sus pálidas mejillas habíanse teñido de delicioso tono rosado, y su voluptuosa boca parecíase a una cereza madura y brillante. Nadie se fijó en ella durante bastante rato, porque los trajes pasados de moda y los peinados anticuados disfrazan la belleza de un modo enorme. Mas, por fin, un antiguo calaverón dijo a otro mientras la miraba con los gemelos:

— Desde aquí veo unos ojos magníficos, ¡caramba!... ¡Y qué agradable resulta ver a una muchacha que lleve ese peinado, después del monótono espectáculo de tanta cabellera ondulada!

Algo obligó a la joven a mirar en la dirección de ellos, y sus ojos se encontraron, no con los del anciano caballero, sino con los de lord St. Austel, que acababa de entrar en el palco y distraídamente miraba a la concurrencia. La joven sintió una extraña emoción. Aquel hombre no era lo que se llama guapo, pues parecía estar cansado de todo y no ser demasiado joven, pero en su aspecto advertíase una gran distinción. Ninguno de los hombres que podía ver llevaba un traje que le sentara tan bien como a él, y tampoco ninguno más parecía de tan buena cuna.

La muchacha estaba ridiculamente anticuada, y en seguida recordó lo que dice Tennyson a propósito de Lanzarote:

“En la mejilla tenía la cicatriz de un sablazo, estaba magullado y bronceado por la intemperie, tenía por lo menos el doble de la edad de ella, pero la joven levantó los ojos y le amó con el amor que le estaba predestinado.”

¿Acaso aquel hombre iba a ser su Destino? Pero no, ¡qué tonta! Además, no le doblaba la edad, porque no tendría mucho más de treinta años, en tanto que ella tan sólo contaba diez y nueve. Pero había algo magnético en el atractivo de él, que parecía no verla

siquiera, a pesar de haberla mirado. Hallábase absorto en sus propios pensamientos, que no tenían nada de agradables. El trato que Benjamín Levy le ofreciera consistía en aceptar por esposa a su hija; en cambio, él, Benjamín Levy, tomaría a su cargo el negocio del invento, lo pondría en marcha y haría la fortuna de todos los que estaban relacionados con él.

Huberto recibió en silencio semejante proposición, que le pareció una cosa extraordinaria y casi un insulto para cada uno de sus instintos. Era un hombre muy a la moderna para enorgullecerse demasiado de su nombre y de su raza; mas, a pesar de ello, la idea de casarse con la hija de un prestamista judío le resultaba sencillamente horrible.

Su primer impulso fué el de rehusar, indignado. Pero al pensar en su tío, en el anciano marqués, y en sus amigos, se contuvo y permaneció silencioso. Benjamín Levy le observaba con el corazón más agitado que de costumbre, al advertir que era llegado el momento por el cual había formado tantos planes.

Parece como si en muchos hombres de inteligentes cerebros hubiese cierto punto débil que les hace conceder un valor ficticio a algo que en realidad lo tiene muy escaso. La debilidad de Benjamín Levy era su apasionada ambición de lograr que su hija Vanessa se casase con un par inglés.

En todas las Islas Británicas, nadie conocía mejor que él la aristocracia, con sus debilidades, sus fracasos, sus rentas, sus tachas o sus rasgos hereditarios. Pero no sólo deseaba a un par por yerno, sino que quería al mejor que hubiese en el mer-

cado; y el conde de St. Austel colmaba el idea] de su ambición. En efecto, éste procedía de antigua familia, tenía una magnífica posesión, era un hombre deseado por todas las mujeres, el miembro más popular del Turf Club y respetado por todos.

“Ha adquirido mucho prestigio”, decía, el señor Levy expresando su clá aquel hombre; y lo eligió ya antes de la guerra, cuando Vanessa no contaba más que nueve años. Comprendió que las

mujeres que se habían casado jóvenes y que ya contaban cuarenta o cincuenta años, lo cual no impedía que fuesen adoradoras del altar de lord St. Austel, le tendrían muy ocupado y libre de todo compromiso hasta que llegase su hora, es decir, la de Benjamín, para obligar a que le ayudase la mano del Destino. Y le acompañó la suerte en todo, pues conservó a su presa sana y salva y la alejó de las balas, de los gases y de las granadas, en tanto que todos los demás individuos de su familia se iban al otro mundo. Desde el primer momento en que se quiso lanzar el invento, el señor Levy se sintió muy satisfecho y se felicitó a sí mismo, aunque era un asunto muy difícil de negociar, a pesar de constarle que tenía en sus manos los mejores naipes y que por lo tanto ganaría la partida. No es, pues, de extrañar que su corazón latiese con más prisa que de costumbre, mientras esperaba que lord St. Austel le contestase.

— Ya sabe usted que estoy en un atolladero y que me veré obligado a aceptar su oferta, señor Levy — dijo Huberto, por fin, levantándose de nuevo. — Pero deseo que me conceda usted esta noche para reflexionar.

— Se trata de una oferta excelente, mi querido lord, y por completo secreta. Sus amigos recibirán un magnífico tanto por ciento del dinero que han empleado. Usted mismo, dentro de uno o dos años, será dos veces más rico que ahora. Nadie sospechará lo ocurrido en este asunto, porque se evitará todo escándalo, y el nombre de St. Austel no se habrá empañado en lo más mínimo. Y a cambio de toda esta buena fortuna, no tendrá usted que hacer otra cosa sino aceptar como esposa a una muchacha joven, muy bien educada y digna de ser presentada en todas partes.

Lord St. Austel se limitó a mirar al señor Levy, una y otra vez, con la mayor atención; luego se encogió ligeramente de hombros y encendió otro cigarrillo.

— Mañana por la mañana le telefonaré mi respuesta — contestó. Y salió de la estancia, cerrando la puerta tras él.

— Algún día seré abuelo de un pequeño lord inglés — murmuró el señor Levy para sí, mientras se frotaba las manos, después de la partida de su visita.

* * *

Y mientras Huberto se vestía para cenar, cada vez que miraba al espejo sentía la impresión de que le rodeaba el cuello la cuerda del verdugo.

[\[1\]](#) *D. S. O* — Abreviacion de *Distinguished Service Officer* (Oficial de servicios notables) ; es una condecoración inglesa por meritos de guerra. *M. C.* — Abreviacion de *Military*

Cross (Cruz Militar).

CAPÍTULO II

N el palco inmediato al de amigos ya mencionado, se sentaban dos mujeres y tres hombres. Una de las primeras parecía hallarse algo enojada, y no separaba los ojos de la escena, porque no deseaba hablar. Había perdido a Huberto St. Austel; por fin estaba convencida. Nunca le vió manifestarse con tanto ardor como el de ella misma, y además notó su insistencia en considerar su "amistad" de un modo muy ligero. Casi siempre mostrábase irónico hasta el punto de exasperar a la dama, pero una o dos veces que ella pudo darse cuenta de su fascinadora personalidad real, notó que su

corazón de mujer latía con apasionadas pulsaciones. Si hubiese podido conservarlo o si se hubiera casado con él, ello habría equivalido para la dama a todo lo que el mundo puede llegar a ofrecer. Había pasado ya casi la moda de las mujeres casadas de cuarenta o cincuenta años, y los hombres volvían a dedicarse a las cabecitas locas de los veintitantos. Ella sabía todo eso y comprendía que como se hallaba en los últimos años de los treinta y tantos, cada vez veía más débil la esperanza de reconquistar a aquel hombre tan amado. Casi todos los de una edad apropiada habían muerto en aquella horrible guerra, y como a ella no le gustaban los muchachos, la situación era más que suficiente para irritar al carácter más suave, y Alicia, duquesa de Lincolnwood, no lo tenía así en manera alguna.

— Alicia es muy agradable, y está tan bien conservada, que ni siquiera aparenta veinticinco años. Además, ¡es tan rica! — Esto es lo que decían sus amigos acerca de ella. Pero si hubiera estado necesitada, tal vez no la hubiesen conceptuado tan favorablemente.

En realidad era una mujer muy culta y bien educada, de un trato exquisito y con un cerebro que no brillaba por su penetración.

Lord St. Austel había encontrado en ella muchas cosas que le gustaban: Era hermosa, tenía el cabello ondulante y rubio — a él no le gustaban las mujeres morenas, — sabía decir una cantidad de cosas que no requerían respuesta, y la pose intelectual de la dama le divertía mucho, sin contar con que, en realidad, todas las poses de aquélla le entretenían bastante. Además, era una verdadera dama que nunca le molestaba, ni siquiera cuando estaban solos (es de advertir que el carácter especial de St. Austel había sido la desesperación de muchas mujeres). Una o dos veces se sintió completamente tierno con respecto a ella, pero a partir de la muerte de su marido, la dama le demostró de un modo tan claro su devoción, que eso le enfrió mucho. Él creía que las cerezas tan sólo están maduras cuando se hallan fuera del alcance de uno, a no ser...mas desde luego es imposible encontrar una mujer que sepa amar de veras.

— ¿Ha visto usted si Huberto está en el palco inmediato? — preguntó Su Gracia a uno de los jóvenes que estaban tras ella. — Haga el favor de ir a verlo.

El interpelado obedeció, y a los pocos momentos le comunicó que, en efecto, allí se hallaba lord St. Austel, pero que, al parecer, su humor indicaba la conveniencia de no dirigirle la palabra.

Entonces Su Gracia miró al patio de butacas, y como era una mujer cuyo sentido subconsciente de propia protección estaba alerta cuando se trataba de otras mujeres, divisó en seguida a la joven con el traje pasado de moda, de color blanco, y la capa amarilla. Las pupilas de sus ojos, de color castaño claro, se estrecharon enormemente. Aquel traje no había conseguido engañarla, pues en seguida observó que la joven era una belleza magnífica.

Mientras tanto, ésta se estremecía a lo largo de sus refinados y sensibles nervios. Muchas veces, en Italia y en Francia, asistió a las representaciones de la Ópera con objeto de perfeccionar su educación, pero siempre ocupó localidades lejanas y altas, en tanto que esta era la primera vez en que se confundía con una multitud de personas vestidas con elegancia. Jamás había visto a los hombres ingleses con sus trajes de etiqueta, de excelente corte, ni a las mujeres inglesas con el fondo que las realzaba más todavía, constituido por los anticuados y sucios palcos rojos de Covent Garden.

Dirigió sus tímidos ojos llenos de admiración, a aquella enorme fila de personas, y una vez volvió la cabeza para mirar a los palcos que tenía detrás. Pero avisada por una severa mirada de su compañera, se ruborizó en extremo y de nuevo se quedó sentada con rigidez en su propia butaca. Aunque inconscientemente, no podía evitar alguna mirada furtiva, de vez en cuando, al palco de amigos que tenía tan cerca y en el cual se hallaba el hombre que la atraía de tan extraño modo. Para ella resultaba otro nuevo Lanzarote, el Lanzarote que había sido el héroe de los ensueños de aquella sencilla y romántica muchacha.

“Estoy segura de que mira a Huberto”, se dijo la Duquesa. “Ningún otro hombre es capaz de originar tal expresión de admiración.”

En su pecho empezaba a sentir algo desagradable.

“Y las perlas que lleva en el cuello son legítimas y de tamaño inmenso..., mucho mayores que las de mi propio collar de una hilera.”

Freddy Marston estaba observando la dirección que tomaran los ojos de Su Gracia, y él también se interesó por la esbelta doncella de cabello negro sentada en una butaca.

No era tan tonto como para hablar de ella a la Duquesa, pero se reclinó hacia atrás y en voz baja dijo a un hombre que tenía a su espalda:

— En la fila octava hay una muchacha preciosa. Fíjese usted en las perlas y en la dueña que la acompaña. Me parece que es italiana.

En aquel momento entró en el palco lord St. Austel, y Freddy Marston se apresuró a cederle el sitio. Nadie se atrevía a interceptar el camino de Huberto. La Duquesa sabía contener muy bien la expresión de su rostro, y así, con graciosa y débil sonrisa, le saludó, mas entonces se levantó de nuevo el telón.

Mientras ella se volvía para mirar el escenario, Huberto se fijó en el cuello de la dama, que hasta entonces había admirado mucho, pero observó que su cutis ya no tenía lozanía alguna junto al lóbulo de las orejas, pues parecía de color ceniciento. Se sintió cansado del débil perfume que ella solía usar, y de pronto comprendió que aquella mujer no le importaba absolutamente nada, y por esto sonrió con extraña y cínica sonrisa.

“La verdad es que somos tontos”, se dijo, “pues nos dejamos atraer unos a otros por el olor, y cuando éste desaparece, también nos marchamos nosotros”.

La Duquesa se volvió de pronto. Quería averiguar si Huberto había visto a la joven que estaba en las butacas y casi debajo de ellos,

mas él tenía los ojos semicerrados y miraba a gran distancia con la mayor indiferencia. Tranquilizada, pues, murmuró:

— ¿Qué ocurre esta noche, Huberto? ¿Qué puedo hacer...?

Su voz era realmente tierna, y un débil rubor le cubrió la frente, pero él continuó indiferente.

— Nada, muchas gracias. Mira, querida mía, soy muy feliz. Estamos a punto de ganar millones... y me voy a casar.

Los hombres siempre se conducen con brutalidad. Jamás se le ocurrió a lord St. Austel que con tales palabras infería a la Duquesa el golpe más cruel que había recibido en su vida entera. Y a pesar de sus grandes éxitos con las mujeres, prácticamente no era vanidoso y nunca creía que le amaban de verdad. Alicia y el tipo de mujeres que representaba no tenían corazón, y las conceptuaba como máquinas muy bien organizadas, sin contar con que ella debía de saber que el asunto estaba terminado por completo, puesto que jamás le demostró la más pequeña inclinación a casarse con ella desde que murió el Duque un año antes. A sabiendas, no causaba el menor daño a nadie, y como no había quebrantado ninguna regla de las conveniencias sociales, no podía darse cuenta de que ello causara el más pequeño dolor mental. Alicia era una mujer de su propio mundo, acostumbrada ya al flujo y reflujo de las emociones imaginadas.

El rostro de la Duquesa se puso tan pálido como el de una muerta, y a pesar de la media luz reinante, él no tuvo más remedio que notarlo, pero la buena cuna obliga a ocultar tales sentimientos, y así, la dama no perdió el dominio de la expresión de su rostro, aunque su respiración fué sibilante por unos momentos.

— ¿Con quién..., Huberto?

— El próximo viernes iré a verte y te lo diré. Ahora hablemos de otra cosa... o escuchemos a Pinkerton.

Ante la Duquesa todo parecía dar vueltas, y la mano que tenía apoyada en las rodillas se cerró con tanta fuerza y tal violencia que

las uñas se le clavaron en la palma, cosa que la hizo volver a la realidad. ¿Quién se lo habría robado? Por más que hacía no le era posible sospechar de ninguna mujer. Huberto mostró siempre tanta indiferencia a todas las mujeres que ambos conocieron durante el último año, como la que, según advertía ahora con el mayor dolor, le había inspirado ella misma. Debía de ser alguna extranjera. Y aquella extraña intuición o sexto sentido que hasta las mujeres más tontas poseen, la obligó a volver los ojos hacia la muchacha que estaba sentada en una butaca. Creyó que no podría ser ella, ya que Huberto no daba indicios de conocerla siquiera, pero debía de ser alguna... semejante a ella... Alicia era supersticiosa y comprendió que la instantánea aversión que sintiera en el mismo momento en que sus ojos se fijaron en aquel notable rostro podía considerarse como un aviso.

Se dió cuenta de que no tenía ningún derecho verdadero para dirigir reproches a Huberto. Tres meses atrás tuvieron casi una escena, y entonces ya estuvo segura de que todo había terminado..., pero eso no aliviaba el dolor que sentía en su corazón.

Permanecieron sentados y sin hablar hasta que cayó el telón.

Para la muchacha de las butacas, la música había perdido todo su encanto. Desde el momento en que lord St. Austel entrara en el palco inmediato al en que estuviera antes, algo raro que jamás sintiera empezó a penetrar en su ser. Era una sensación agobiadora en el corazón.

¿Quién sería aquella hermosa dama del pelo rubio tan hermoso y del espléndido bandeau de brillantes? Él, el hombre que la hacía soñar en Lanzarote, se inclinaba afectuoso hacia ella. Como la luz era entonces escasa, podía observarlos sin posibilidad de que lo notasen, y así sus grandes, suaves y negros ojos apenas se apartaron del palco.

De pronto empezó a sentirse muy sola y fuera de su ambiente. Todo el teatro parecía estar lleno de personas que se conocían mutuamente. Ella, por su parte, no conocía a nadie. La joven y

Madame de Jainon eran extranjeras y no contaban para nada en aquel lugar. Mas si algún día, según papá le prometiera, iba a divertirse entre ellos, también en calidad de gran dama, tal vez podría hablar con sir Lanzarote. ¡Ah! Pero entonces descendió el telón, y ella bajó los ojos; y cuando los levantó de nuevo, ya había abandonado el palco el hombre que la interesaba.

Lord St. Austel estuvo paseando por su biblioteca hasta las dos de la madrugada. Hallábase ya decidido. Aceptaría las condiciones de Benjamín Levy. Mas antes era preciso poner orden en algunas de sus ideas, muchas, y aquella repentina palidez de Alicia le trastornó. Se daba cuenta de que se había portado con brutalidad. Cuando él se despedía, ella le volvió los ojos con la angustia pintada en sus profundidades, de color gris amarillo. Le molestaba pensar en eso.

Hasta entonces no se preocupó de cómo sería su futura esposa. Detestaba a las judías de tez morena... No se sentía con valor para reflexionar acerca de ello. Por fin se sentó en uno de sus cómodos sillones y se echó a reír.

— Sin duda se trata de nuestro antepasado israelita, y Giles se ha reencarnado para vengarse en nosotros — exclamó en voz alta.

Y siguió riéndose de un modo raro.

En aquella misma hora, la muchacha de cabello negro que asistiera a la ópera estaba también despierta y pronunciando el nombre de él, para sí misma. Cuando empezó el tercer acto pudo oír que dos personas sentadas tras ella hablaban de él.

“— Mira, lord St. Austel ha salido del palco de la Duquesa... y en seguida ha entrado el señor Hambleton. Es, a mi juicio, el hombre más guapo que he visto en la vida.”

“—¿Quién? ¿El señor Hambleton?”

“— No... Me refiero a Huberto de St. Austel.”

“¡Huberto! ¡ySt. Austel! Además noble inglés. ¡Qué bien!”, murmuraba la joven, para sí, en francés.

Luego, sus largas pestañas reposaron en sus sonrosadas mejillas. En verdad que la juventud y el sueño son dos cosas hermosas.

CAPÍTULO III

Cuando Benjamín Levy recibió el mensaje telefónico de Su Señoría, Huberto, octavo conde de St. Austel, vizconde de Halton y barón Du Maine (baronía creada en 1299, según orgullosamente recordó el señor Levy), no sólo se frotó los bien formados dedos de su mano izquierda contra la palma de la derecha, según solía hacer cuando estaba satisfecho, sino que se levantó de su asiento y, con gran rapidez, volvió a dejarse caer en él.

De manera que ya era un hecho..., no un sueño. Vanessa sería condesa. Y, sin duda, la condesa más bonita de Inglaterra, según se dijo.

Huberto le telefoneó a las once de la mañana desde su biblioteca, pues se acostó muy tarde.

Habló con voz seca, ya que no había necesidad de pronunciar ninguna palabra de más. Nunca mostraba la menor indecisión cuando tenía que hacer algo bien definido. Y al terminar las pocas frases que se cambiaron en la conferencia telefónica, se convino en que iría a cenar a casa del señor Levy, en Hampstead, aquella misma noche, con objeto de conocer a su prometida.

— ¿Cómo se llama? — se acordó de preguntar antes de soltar el receptor.

Y cuando oyó que el nombre de la joven era Vanessa, plegó sus labios una cínica sonrisa.

—¡Vaya un capricho de llamar a una judía de este modo! ¡Vanessa! ¡Capaz sería eso de hacer estremecer al viejo Swift en su tumba!

Transcurridos unos diez minutos se abrió la puerta, y su primo, Ralph Dangerfield, entró ayudándose con sus muletas. Huberto le ayudó a sentarse cómodamente. Quería a Ralph quizás más que a nadie en el mundo. Era hijo de la hermana de su madre y tenía diez años más que él mismo. El coronel Ralph Dangerfield, V. C. [\[2\]](#). y otros muchos honores, merecía ser bien querido por todos.

— Voy a casarme, Ralph.

—¡Caramba!

Luego le refirió la verdad, porque Ralph era la única persona que merecía esta prueba de sinceridad y de confianza.

— Mira, muchacho—le dijo el coronel Dangerfield al terminar el relato, — es un inconveniente ser caballero, porque no tienes más remedio que obrar así.

Y luego miró hacia la ventana, para ocultar la expresión de simpatía que reflejaban sus ojos.

— ¿La has visto?

— Aún no.

— ¿Qué debo decir a todo el mundo para ayudarte?

— Pues, sencillamente, que voy a casarme. ¿Qué más se puede decir?

— Pero cuando te vean casado con alguna brillante judía, todo el mundo se convencerá de que te viste entre la espada y la pared.

Huberto hizo una mueca de disgusto y contestó:

— Nadie debe suponerlo siquiera. Por mi parte, representaré bien el papel, según creo, y además me la llevaré al extranjero hasta que podamos vivir decentemente en varias casas... o divorciarnos.

Luego ambos empezaron a hablar de polo, pero su conversación era algo violenta, porque los dos se encontraban irritados y apesadumbrados.

El señor Benjamín Levy fué aquel día a su casa a tomar el lunch, cosa muy rara en él. Estaba tan satisfecho, que su hija Vanessa se atrevió a darle un beso. La joven conocía muy poco a aquel bondadoso e inteligente papá, que le hacía tan hermosos regalos siempre que se encontraban, y que todas las veces que le fué posible abandonar sus negocios fué a visitarla en el piso que ocupaba en Roma o en la casa de París. Todos los años que duró la guerra la joven los pasó en Florencia, prácticamente sola con madame de Jainon. Apenas recordaba Inglaterra, en donde nació y vivió hasta los cinco años. No se acordaba tampoco de su madre, aquella hermosa señora italiana que se dejó raptar por su papá para casarse con él y de la que jamás se habló, en adelante, en su orgullosa familia, hasta el día de su muerte, ocurrida tres años más tarde. Papá era entonces un hombre muy guapo, según Vanessa había oído decir, alto y rubio. Aún seguía siendo guapo y, además muy bondadoso. Pero algo tenía la expresión de su boca que avisó a la joven acerca del peligro de contrariar su voluntad. Y, en realidad, el desobedecer a su padre jamás entró en la cabeza de Vanessa.

Benjamín Levy siempre formaba sus planes con muchos años de anticipación; y comprendiendo que la absoluta obediencia de su hija le sería muy útil cuando llegase a la edad de casarse, había escogido a madame de Jainon como perro de presa, como dueña y como ángel guardián, así que el ama inglesa dejó a Vanessa cuando ésta tenía cinco años.

Su padre dió órdenes para que la niña gozase de todo lo que pudiera proporcionarle el dinero, Pero que no le consintieran compañeros de ninguna clase, ni tampoco la posibilidad de oír o de averiguar nada con respecto al espíritu moderno de insubordinación que gobierna el mundo. Especialmente había de inculcársele la creencia de que la elección de esposo quedaría en manos de los Padres. Benjamín Levy conocía muy bien la influencia de la mente

subconsciente y le constaba que si esta creencia era imbuida con insistencia y en edad temprana, con toda probabilidad no tendría que luchar con dificultades cuando llegase el momento de hacer uso de su autoridad. Inglaterra era una residencia en extremo peligrosa mientras se formase la mente. Existía allí demasiada libertad, incluso en el aire.

Por esta razón, Vanessa permaneció en el extranjero estudiando bajo la dirección de los mejores maestros de Italia y de Francia. Y la severa aunque capaz dueña que eligiera su padre, no la dejó sola ni un momento.

El resultado de todos estos cuidados, porque hasta las criadas eran despedidas en el acto si madame de Jainon tenía la menor sospecha de que podían dar a conocer a su pupila las nociones modernas, fue que Vanessa, a los diez y nueve años, era una muchacha exquisitamente educada e instruida, muy cumplida en todo, y en absoluto ignorante de la vida y de sus posibilidades, hasta donde podía serlo una persona inteligente.

— Tu padre ya te permitirá ver el mundo en cuanto juzgue llegada la ocasión oportuna — le decía siempre madame de Jainon.

Y, en realidad, se lo presentaban todos de un modo tan agradable, que la joven apenas mostraba nunca la menor rebeldía. Sus peores disgustos se debían a los trajes. Tenía, naturalmente, el sentido de la elegancia y la percepción de lo distinguido, pero jamás le permitían elegir sus galas. Su padre manifestaba la mayor desaprobación acerca de su entrada en las tiendas de modas, y así las más respetables y antiguas casas, no famosas por su sentido de la moda, le mandaban los trajes, que la señorita podía elegir en su propia casa.

“Cuando se case, ya le llegará el tiempo de vestirse con elegancia”, pensaba el padre mientras examinaba una factura de Chanel, que Nanette, una amiga suya, acababa de presentarle.

Aquel día, cuando entró en su casa de Hampstead, edificio antiguo del tiempo de Jorge III, rodeado por un extenso jardín que tenía una

alta cerca de ladrillo, Benjamín Levy se mostraba radiante. No esperaba la menor oposición a sus planes y todo le parecía de color de rosa.

Creyó prudente hablar a solas con madame de Jainon para comunicarle sus decisiones. Ella había estado esperando con el mayor deseo este momento, porque para entonces, es decir, para cuando se casara su pupila, se le había prometido una generosa pensión y, además, la libertad.

Cuando oyó el nombre de St. Austel, levantó los ojos como si se esforzase en recordar algo.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Benjamín Levy.

— ¡Ah, ya sé! Ayer noche, en la Ópera, alguien dijo detrás de nosotras algunas palabras acerca de un caballero que estaba en uno de los palcos. Así pude saber quién era. Y no tengo duda de que Vanessa lo oyó también y de que le vió.

— ¡Magnífico! — exclamó Benjamín Levy, frotándose las manos.

Le constaba que su hija era muy romántica, aunque contenía tales sentimientos. Ahora, en caso necesario, podría esforzarse en ejercer su influjo sobre aquel romanticismo.

Tomaron el lunch en el comedor, cuyo estilo estaba de acuerdo con la moda de los Primeros tiempos de la reina Victoria. Aquella casa había sido comprada, tal como estaba, a los ejecutores testamentarios de un rico anciano de noventa años, que durante veinte se enorgulleció de ella, y, en su corazón, Benjamín Levy admiraba el estilo. Hasta entonces Vanessa no había conocido aún una casa verdaderamente hermosa. En los años pasados no vivió más que en casas feas y desagradables, pero había podido ver algunos palacios en

Florenia y en Venecia, así como, también, visitar muchos museos, por lo que su gusto natural resultaba exquisito.

"Mi hija", se dijo el padre mientras la miraba, "es una belleza, una belleza perfecta. Todas las líneas de su figura son exquisitas, y la

cabeza parece la de una joven Diana. Además, en su cuerpo existen las suaves curvas de la feminidad y nada del aspecto de muchachos que se advierte en las jóvenes de hoy día, aunque, sin embargo, en toda su persona se observa la mayor esbeltez”.

Benjamín Levy era un hombre muy refinado. Su madre había sido la muchacha más pobre, aunque muy hermosa, que naciera en Roma. Cuando hubieron terminado la comida, servida por envaradas doncellas, Vanessa recibió la orden de seguir a su padre al saloncito de éste.

Allí le comunicó sencillamente que le había encontrado un esposo y que le conocería aquella misma noche. Abriéronse en extremo los espléndidos ojos negros de la joven, que se puso muy pálida, pero no contestó una palabra. Benjamín Levy estaba acostumbrado a adivinar los pensamientos de la mayor parte de las personas con quienes hablara, y así comprendió que en la imaginación de la joven había entrado un nuevo factor que podía relacionarse con la noche anterior.

— Según parece, hija mía, ayer noche te vio en la Ópera—dijo,—y hoy me ha pedido tu mano.

La sangre volvió a colorear las pálidas mejillas de Vanessa.

— ¿Cómo se llama, papá?

— El conde St. Austel.

Se acentuó el hermoso rubor de la joven, que empezó a respirar con alguna agitación.

— ¿Y me ha pedido en matrimonio? — preguntó, con los ojos brillantes como estrellas.

Hizo una pausa y añadió:

— ¿Usted quiere que me case con él, papá? Sin duda me habrá visto antes con alguna frecuencia, aunque yo no lo haya observado... He leído que los ingleses solamente se casan... por amor.

Sus mejillas parecían entonces dos bellas rosas, pues se avergonzaba del atrevimiento que tuvo al hablar con su padre de una cosa tan prohibida como el amor. Y de un modo casi imperceptible frunció el ceño.

— Todo eso son tonterías, querida hija. Entre la nobleza se convienen los matrimonios como en otros países. El tuyo está ya convenido, pero, sin duda alguna, el hecho de que ayer fuese a la Ópera tiene algo que ver con la repentina decisión de tu futuro.

Mientras hablaba no miró a su hija, porque no se atrevía a encontrar sus confiados ojos, parecidos a un atisbo del cielo nocturno con una estrella disuelta en cada uno de ellos. Nadie podía darse cuenta de si eran negros, azules u oscuros, pues tan sólo se advertía que eran en extremo profundos y magníficos.

— Lord St. Austel cena con nosotros esta noche y os casaréis el día cinco de junio...

— Hoy es quince de mayo... Es muy pronto, papá.

— Los noviazgos largos no son convenientes, querida hija.

— Muy bien, papá.

Entonces Benjamín Levy besó la hermosa y ruborizada mejilla de su hija y le indicó que podía marcharse. En cuanto ella hubo cerrado la puerta y su padre oyó sus suaves pasos que se alejaban por el corredor, asomaron dos lágrimas en sus ojos grises.

“¡Amor!”, se dijo. “Ningún hombre será capaz de no amarla en cuanto la vea. St. Austel es un verdadero caballero, y no nos habría sido posible conquistarlo de otro modo.”

Una vez en su estancia, Vanessa se quedó junto a la ventana mirando a la colina lejana, por encima de las copas de los árboles. Más allá se divisaba la enormidad de Londres, que aparecía azulado en la distancia, pero ella no lo vió. Tan sólo vió el rostro fatigado de un hombre, algo irónico y triste, y se quedó extrañada al pensar en su sino. Otra vez recordó las palabras de Tennyson:

“Y le amó con aquel amor que era su Destino.”

No, sería su gloria y no su Destino. Desde un matorral próximo, un tordo emitió las alegres notas de su canto.

[\[2\]](#) V. C.—Abreviación de *Victoria Cross* (Cruz Victoria), una de las más honrosas condecoraciones militares inglesas.

CAPÍTULO IV

El criado de Huberto, que adoraba a su amo como a un héroe, caso algo raro, mas cuya causa estaba en la camaradería impuesta por la guerra, observó al mayor domo aquella noche, una vez su amo se hubo marchado hacia Hampstead, que Su Señoría tenía en el rostro la misma expresión que cuando en la guerra se hallaban ambos en algún “encantador” y fangoso rinconcito de las trincheras. (Para decir eso usó otra palabra, pero siento no poderla repetir aquí.)

El mayordomo era hombre de alguna edad y, por lo tanto, no pudo compartir las alegrías de la guerra en el extranjero; esto le hizo pedir explicaciones a Harding acerca de la fea expresión usada por él, y recibió la respuesta de que era la misma que la de un bulldog cuando ha clavado los dientes en algo que no le gusta, pero que, a pesar de todo, retiene.

Ninguno de ellos sabía que su amo cenaba por primera vez con su prometida.

Vanessa se vistió con el mayor cuidado. No se atrevió a cambiar la forma de su peinado sin pedir permiso a su padre, pero lo dejó un poco más flojo por delante. Su traje, de satén azul pálido, tenía demasiados adornos que ocultaban sus esbeltas formas, y sus manos, que por regla general eran muy blancas, aparecían rosadas a causa de su nerviosidad. Mas los ojos brillaban y las mejillas estaban teñidas de color de rosa. Cuando anunciaron a lord St. Austel, la joven se hallaba al lado de su padre, e inmediatamente tuvo lugar la presentación.

Huberto apenas la miró. Sus ojos, llenos de prejuicios, le dieron la impresión de que se trataba de una muchacha de corta estatura, de una colegiala tonta; y la mano que estrechó le pareció rnuj fría. Todo aquello le puso tan furioso, que evitó, en adelante, mirar a su prometida y se dedicó a hablar de política con su futuro suegro, dirigiendo, de vez en cuando, algunas palabras triviales a las dos señoras. Al final de la cena, el corazoncito de Vanessa estaba agobiado de pena, y sus mejillas, blancas como el papel.

Madame de Jainon había recibido de su señor la orden de informar a su hija, antes de bajar al comedor, de que los hombres ingleses eran un poco envarados y que, muy probablemente, su prometido no creería correcto dirigirle la palabra con mucha frecuencia. Pero el hecho de que no la mirase casi, era ya una exageración. La pobre niña sufrió mucho. Se sintió avergonzada y poco a su gusto, a pesar de que, al contemplarlo de cerca, lord St. Austel le pareció más atractivo de lo que ella se imaginara. Jamás había oído una voz más agradable que aquella, porque la de su padre, así como la suya propia, tenían cierto acento extranjero. En ella eso resultaba muy gracioso, aunque no sospechaba que su conversación, en un inglés perfecto, tenía algo deliciosamente distinguido,

El mismo Huberto se dió cuenta, por las pocas frases que pronunció la joven, de que su voz constituía un encanto para el oído. En cambio, la voz de él, educada y correcta, complació a Vanessa mucho más de lo que la satisficieran las que hasta entonces oyera. En realidad, cuanto pudo observar en su prometido le gustó. Se fijó

en sus manos, fuertes y finas, en los más ínfimos detalles de su traje, en el exquisito corte de la camisa, en su chaleco, blanco inmaculado, y en lo perfecto del nudo de la corbata. Apenas se atrevía a levantar sus ojos más allá de la barbilla, pero una o dos veces le miró al rostro y entonces se agitó su corazón de tal manera que sintió el temor de que se oyesen sus latidos.

Después de cenar, las dos personas de más edad creyeron conveniente dejar solos a los prometidos, para que hablasen mientras ellos se retiraban con alguna excusa al extremo opuesto de la habitación. Huberto fué el que empezó a hablar. No se dió cuenta de ello, pero el caso es que en el tono de su voz hubo una sombra de arrogancia y hasta de sarcasmo, pues se figuraba que la hija sería tan intrigante como su padre, ya que parecía dispuesta a casarse con él sin conocerle.

— Espero que no tendrá usted grandes inconvenientes en casarse conmigo, señorita Levy.

— Mi padre me ha dado cuenta de sus deseos — contestó ella, mirando a la alfombra con sus hermosos ojos, lo cual le impidió advertir la expresión de sorprendido desdén que hubo en el rostro de Huberto. — Y por consiguiente, obedezco su deseo — añadió la joven.

Huberto sacó una hermosa sortija de brillantes que aquella misma tarde había comprado en casa de Cartier.

— ¿Querrá usted hacerme el favor de aceptar esta sortija?—dijo, tomando la mano de la joven.

Pudo observar que en ella se había restablecido ya la circulación de la sangre y que resultaba más blanca que antes, pero no se fijó siquiera en que su forma era perfecta y en que las uñas estaban delicadamente pulimentadas. Se limitó a introducir el dedo en la sortija, y en seguida soltó la mano.

— Muchas gracias-dijo

Y entonces se volvió hacia Benjamín Levy, quien, temiendo que aplicación. se reunió rápidamente a partida.

— Les estaré muy agradecidos dentro de quince días, a partir del lunes, me hacen ustedes el favor de ir a la propiedad que tengo en Gales — dijo Huberto a su futuro suegro, — pero mientras tanto, espero que usted, la señorita Levy y una dama de Jainon irán a cenar a mi casa el domingo por la noche, y así podré presentarles a mi tía, lady Merton, y a mi tío y a mi tía, lord y lady Hurlshire.

El señor Levy aceptó muy gustoso, y con el mayor placer observaba que lord St. Austel hablaba muy bien. Conocía ya la casta de los verdaderos caballeros, y había calculado que una vez estuviese hecho el trato, Su Señoría haría gala de una suave cortesía, cualesquiera que fuesen sus sentimientos.

Hablaron todavía un poco más. Las opiniones de Benjamín Levy en los asuntos públicos eran dignas de ser oídas, por lo que el contenido fastidio de Huberto se atenuó un poco. Vanessa lo miró entonces, por espacio de un segundo, con la mayor admiración; luego pareció recobrar el ánimo, de modo que cuando el desdeñoso prometido le dió las buenas noches, un cuarto de hora más tarde, ella escuchó sus palabras con cierta altanería y con la majestuosa actitud que le era habitual.

Pero él no se fijó en eso ni en otra cosa alguna. Aquella cena le pareció una pesadilla. De regreso a su casa, entró en White y pidió brandy and soda. Y algunos de los concurrentes a aquel lugar recordaron más adelante la extraña expresión de su rostro.

Como una bomba cayó en Londres el anuncio, que el día siguiente hicieron los periódicos, del próximo casamiento entre "el muy honorable Conde de St. Austel, D. S. O., M. C., y todo lo demás, y Vanessa, única hija de Benjamín Levy, Esquire. de Hawthorn House, Hampstead, y calle de Bassano, lis, París"; pero Huberto se había dirigido en su automóvil a St. Austel, su propiedad de Hampshire, en compañía del coronel Dangerfield, a hora muy temprana de la

mañana, antes de que pudieran llamarle por teléfono sus mejores amigos, al enterarse de aquella noticia.

Vanessa reposaba aún en su lecho, provisto de cortinas de color de rosa, y se puso muy excitada en cuanto su doncella le entregó el *Morning Post*, único periódico cuya lectura le estaba permitida. La doncella era una mujer de alguna edad y francesa, y como conocía las instrucciones de su amo, se portaba de acuerdo con ellas. Felicitó a su señorita y le aseguró que le esperaban muchas felicidades cuando ya desempeñara su papel de condesa inglesa.

Así que la romántica joven se hubo quedado sola, besó la sortija de brillantes que le entregara Huberto. Indudablemente éste la amaría algún día, cuando ya estuvieran casados. Nada conocía acerca de los hombres, y madame de Jainon le había dicho, cuando la noche anterior se iban a acostar, que lord St. Austel era el compendio de la aristocracia y de la más refinada educación, y que por consiguiente no daba a entender ninguna de sus emociones.

— Pero ya está aquí, chérie — terminó diciendo. — Ya verás.

Y Vanessa se esforzó en recobrar su alegría.

Huberto regresó de St. Austel el siguiente día, que era viernes. Aún tenía que entrevistarse con otra mujer para acabar aquel asunto.

La duquesa de Lincolnwood debía de haber leído la noticia en los periódicos, de modo que ya había pasado lo peor. Durante dos días examinó el periódico de cabo a rabo, esperando encontrar la fatal noticia, más cuando la vió en el número del viernes, su dolor y su pesar fueron tan grandes como si no lo hubiese esperado. Todo el mundo en Londres sabía quien era Benjamin Levy, y numerosas personas le habían recibido, incluso desde el punto de vista social, pero jamás se habló de su hija. ¿Cuál había sido la causa para que Huberto, entre todos los demás hombres, pensara siquiera en semejante boda? ¡Huberto, que era rico e independiente y en él no había el más ligero instinto mercenario! ¡Huberto, el aristócrata por excelencia, que no se fijaba siquiera en los parvenus!

¿El octavo conde de St. Austel casándose con la hija de un prestamista? Es verdad que a partir del armisticio todas las conveniencias sociales fueron arrojadas por la borda y que ya no existían barreras de ninguna clase, mas, a pesar de todo..., durante muchas horas las lenguas no pararon. Y el viejo marqués y la marquesa de Hurlshire, así como sus otras tías y todos sus tíos, afortunadamente pocos, creyeron su deber hacerle comprender lo impropio de semejante enlace.

Cuando el viernes por la mañana Su Señoría regresó a Londres, recibió los mensajes de todos éstos. Mostró el mayor tacto y, sin ofenderles en lo más mínimo, les dió a entender que haría lo que tuviese por conveniente.

La vieja marquesa de Hurlshire movió su encanecida cabeza y de pronto cesó en su oposición.

— Hay en todo eso más de lo que parece — dijo. — Y tal vez será mejor que Hurlshire no sospeche nada, porque, de lo contrario, quizá se creyese obligado a hacer algo quijotesco, lo cual sería la ruina de todos.

Y puesto que ella se conformó, los demás de la familia la imitaron, de manera que muy probablemente todo marcharía bien.

Cuando lord St. Austel entró en la salita de Alicia, en la casa de la calle Upper Brook, la dama había bajado las luces y ardía en la chimenea un fuego de leña. La Duquesa parecía muy hermosa y muy triste.

Huberto no se sentó en el sofá, junto a ella, sino en una silla cercana. Guardó silencio, y por fin, Alicia le preguntó con cierta impaciencia:

— ¿Qué me cuentas? Tengo la mayor impaciencia en saberlo todo. ¿Por qué, Huberto, has elegido a la hija de un judío?

— Es una muchacha muy agradable, que ha sido educada lejos de nuestro mundo delicioso.

Su Gracia se encogió de hombros.

—¿Es esta la razón, o verdaderamente la amas?

En los ojos de Huberto hubo una expresión irónica.

— Las mujeres siempre se interesan por los sentimientos de los hombres. ¿Me permites que fume?

— Esto me indica que la amas y que temes decírmelo. Fuma si quieres.

— ¿Por qué habré de temer decírtelo, Alicia?

Y la miró cara a cara, de modo que los tristes ojos de ella se dirigieron al suelo. Recordó que durante el período más intenso de su amistad, él jamás pronunció la frase que las mujeres prefieren a todas las demás: "Te amo". Siempre había inducido al engaño. A veces, se mostraba apasionado; con frecuencia, indiferente; y en muy pocas ocasiones, tierno. Y se había visto obligada a decirse que él la amaba, puesto que iba a verla todos los días y pasaba algunas temporadas en las casas de campo que ella frecuentaba. Alicia no tenía bastante inteligencia para representar el papel de amiga afectuosa, ni para felicitarle por su buena fortuna, dándole a entender, al mismo tiempo, lo que había perdido gracias a su indiferencia. En lugar de eso sintió la necesidad de dirigirle numerosas preguntas, aun dándose cuenta de que a cada momento él se sentía más alejado de ella.

— ¿Cómo es esta muchacha, es decir, tu nuevo amor?

Huberto habló perezosamente mientras se reclinó en la silla.

— Morena... y muy joven.

— ¿Lleva el cabello recogido atrás y trenzado como para formar un moño?—preguntó, mientras relampagueaban sus ojos.

Huberto se sobresaltó, pero no quiso dárselo a entender.

— Sí, me parece que sí.

Alicia se hundió en sus almohadones.

— Ya lo sabía — exclamó, casi sollozando. — Y, sin embargo, te atreviste a entrar en mi palco de la Ópera el martes por la noche, cuando ella estaba casi debajo de nosotros. Mas no tuviste el valor de señalármela. Ya no me extraña que te estuviera mirando con tanto entusiasmo antes de que entrases en mi palco.

Y al decir eso, tenía los ojos llenos de lágrimas.

“¡Caramba, eso no lo sabía!”, pensaba lord St. Austel, quien añadió en voz alta: — No seas dramática, Alicia. Mira, querida mía, estrechémonos las manos y seamos amigos.

Se inclinó y le tomó una mano. La Duquesa no tenía hermosas uñas, aunque estaban muy cuidadas, y él tampoco se fijó nunca en ellas. Pero es preciso besar la mano a las mujeres, aunque deba hacerse con los ojos cerrados. Por esto inclinó la cabeza y besó la de Alicia, cuyos blancos dedos eran algo duros.

— Puesto que ya lo sabes todo, sólo me falta decirte que me casaré el cinco de junio. Ahora dame una taza de té.

CAPÍTULO V

El día cinco de junio había una multitud tremenda en Santa Margarita de Westminster, donde parecía haberse reunido toda la nobleza inglesa. En una de las últimas filas se hallaba Oscar Isaacson. Su rostro estaba mortalmente pálido, y sus negros ojos brillaban, pero nadie se fijó en eso.

Huberto tenía el aspecto de una esfinge, por su inmovilidad, mientras junto al altar esperaba la llegada de la novia. Ésta se

resfrió la noche en que con su padre debían haber ido a cenar a casa de él, y la cena fue aplazada, porque Huberto tenía que salir el lunes siguiente para ocuparse en asuntos políticos de la mayor importancia, en el Norte. Su familia había visitado a la señorita Levy, y así la conocieron durante la ausencia de Huberto.

Éste se dijo que todos representaban magníficamente su papel, pues le escribieron que era una muchacha encantadora y muy hermosa. Tuvo el mayor cuidado de regresar tan sólo la víspera del día de la boda, de manera que no había visto a Vanessa más que en la primera noche de su noviazgo. Esto parecía una cosa increíble a los criados, únicas personas que, además de las que vivían en la casa de Hamstead, estaban enteradas del asunto. Pero, por otra parte, hallábanse acostumbrados a que Su Señoría hiciese en toda ocasión lo que mejor se le antojase, sin tolerar la menor pregunta ni la más pequeña insinuación por parte de nadie.

En cuanto a lord St. Austel, había dicho a Benjamín Levy:

— No me obligue usted a representar el papel de novio o me negaré a cumplir lo pactado; arregle usted los papeles y haga lo necesario, tan pronto como sea posible, y procure que la cosa quede lista cuanto antes. — Luego, añadió: — No sé a qué religión pertenecerá su hija, mas deseo que la boda se celebre en Santa Margarita de Westminster, porque mi familia está acostumbrada a que estas ceremonias se celebren allí.

Benjamín Levy era algo humorista y sonrió con finura.

— Mi hija ha sido educada de modo que aceptará la religión del marido que yo haya decidido darle.

— Es un sistema admirable — contestó Su Señoría, encendiendo un cigarrillo.

Por extraño que parezca, aquellos dos hombres se hallaban de acuerdo en todos los puntos esenciales.

Huberto había dado órdenes para que durante su ausencia la novia recibiera los regalos convenientes, y con el Primero le dirigió el

siguiente billete:

"Apreciada señorita Levy: Confío en que me concederá el favor de aceptar esta pequeña prueba de mi estimación, y hago votos también para que esté repuesta de su resfriado.

"De usted muy sinceramente

"St. Austel"

Desde luego no era este ningún billete amoroso para una muchacha, y aunque Vanessa había sido educada por madame de Jainon en la escuela de su propia abuela, del tiempo de Luis Felipe, a pesar de eso le encontró algunas faltas. Madame de Jainon frunció el ceño y le dijo:

— Tu matrimonio no es como el de otras jóvenes...; así es como obra la nobleza inglesa.

— Pero puesto que seré su esposa, ¿acaso no me hablará nunca ni me amará?

Madame de Jainon le aseguró que las bodas entre la nobleza no eran vulgares asuntos de corazón.

— ¿Acaso el amor es una cosa vulgar? — preguntó la pobrecilla.

Para ella constituyó un disgusto muy grande el haber tenido que estar en cama con un resfriado y alguna fiebre precisamente el día de aquella primera cena y aun durante la semana que le siguió. También le resultó desagradable conocer a los parientes de su prometido sin que éste se hallara presente. La marquesa de Hurlshire había ido a su casa de Hampstead y allí vió a solas a su futura sobrina. Y la gracia y la deferencia de estilo antiguo que advirtió en Vanessa, conquistaron el corazón de la anciana señora.

Otra dama, también de rancia nobleza y que estaba muy obligada a Benjamín Levy y dispuesta, además, a cumplir sus órdenes, quedó encargada del trousseau y de todos los detalles referentes al equipo de boda, de manera que la Vanessa que entró en la iglesia del brazo de su padre, era otra muchacha completamente distinta. Vestía un

traje blanco y no llevaba otra joya que las magníficas perlas de su madre. El velo de tul ocultaba su blanco rostro; pero, de todos modos, Huberto no sintió el más pequeño interés en mirarlo.

Su corazón estaba penetrado de ira. Éste era el resultado de ser correcto con sus amigos, y un hombre de su clase no tenía más remedio que aceptarlo como otra calamidad cualquiera y sin dar a entender al mundo el dolor que experimentaba.

El noviazgo de Vanessa fué, para ella, un conjunto de emociones contrapuestas, y tan pronto se sentía deprimida, como feliz. Su padre, con la mayor asiduidad, hizo desaparecer todas sus dudas, pues como conocía muy bien los impulsos y las emociones de la humanidad, pudo observar lo que pasaba en el alma de su hija.

“Todo eso terminará muy bien en cuanto esten solos”, se dijo. “Será una sorpresa deliciosa para la fatigada imaginación de Su Señoría.”

El mayor pesar de Huberto fue que Ralph Hangerheld no asistiese a la ceremonia, pues éste tuvo que salir hacia París para atender a su curación, y se marchó de Inglaterra sin haber visto siquiera a la señorita Levy.

Habían convenido en pasar la luna de miel en St. Austel y luego volverían un día o dos para la presentación de la novia, en la primera recepción que la Corte daría en junio.

Alicia, duquesa de Lincolnwood, había pensado en irse al extranjero, para estar ausente en aquella fecha, mas, por fin, su orgullo la obligó a quedarse y a asistir a la ceremonia; de modo que una de las pocas cosas que observó la novia cuando salía del templo, cogida del brazo que de mala gana le daba su marido, fue que allí se hallaba la misma hermosa dama a quien viera en la Opera, situada entonces en el extremo de una fila de sillas, y sintió instantáneamente que los celos se apoderaban de ella.

Durante el acto, Huberto contestó de un modo sardónico, en tanto que Vanessa lo hizo con la devoción más solemne. En la ceremonia, que duró una hora, hubo música y algunas canciones corales, mas

por fin los contrayentes entraron en su automóvil y por primera vez en su vida se vieron solos.

El rostro de Huberto era una máscara, y el de su esposa estaba tan ramillete que llevaba. La joven hallábase profundamente conmovida. ¿Qué le diría su esposo, sir

Lanzarote? Con seguridad ocurriría algo maravilloso. ¿Le tomaría él la mano? ¿Le demostraría algo del afecto que sin duda sentía, puesto que Madame de Jai non le había asegurado que el matrimonio debía basarse en el mayor aprecio mutuo? Lo que él le dijo fué lo siguiente:

— Me parece que va a llover.

Luego, miró por la ventanilla, para cerciorarse de ello. Tan sólo era que algunas nubes acababan de obscurecer el sol. Vanessa no supo qué contestar.

Mientras tanto, llegaron al Ritz, en donde se daba la recepción; eran cerca de las cuatro de la tarde, y a excepción de unas palabras que cambiaron acerca del tiempo, los novios no se habían dirigido la palabra para nada.

Empezaron a recibir felicitaciones. Todos los invitados creían que la novia era la más hermosa y exótica flor que se había descubierto en muchísimo tiempo.

— No parece pertenecer a la raza judía — dijo una mujer a un hombre que estaba enterado de todos estos detalles.

— La madre era italiana y católica; pertenecía, según creo, a la familia de los Montaniani.

— Pues parece que St. Austel no se muestra muy entusiasmado.

— ¡Oh, Huberto es muy reservado!

“Desde luego, esta muchacha es divinamente hermosa. ¡Cuanto la odio!”, pensaba Alicia Lincolnwood.

Entonces, algo después de las cinco, Vanessa se retiró para quitarse el traje de boda. Mientras tanto, sentíase bastante

deprimida a causa de la excitación y la extrañeza que le producía todo aquello.

—Y ¿qué opina de que mientras yo estaba ayudando a Su Señoría a cambiar de traje, no hizo más que hablar de sus nuevas escopetas, compradas en casa de Purdy, y del daño que la lluvia podía haber causado a las chochas, como si nos dirigiésemos hacia el Norte a cazar? — dijo el señor

Harding a su amigo el mayordomo, una vez estuvieron todos en St. Austel.

— Indudablemente, las cosas no eran como en su juventud — contestó el mayordomo, señor Podder. — Entonces las personas estaban un poco excitadas el día de su boda.

Ni una sola de las personas que les desearon buen viaje, cuando por fin entraron en el Rolls Royce, podría haber adivinado la razón de aquel matrimonio. La impresión general era que, dada la belleza de la novia, debía de haber sido el amor. Sin embargo, Huberto se mostraba frío como un carámbano y no confirmaba ninguna opinión.

Benjamín Levy besó a su hija. Estaba demasiado emocionado para poder hablar. Las últimas palabras de Madame de Jainon fueron las siguientes:

— Acuérdate, chère enfant, que en los matrimonios hay muchas cosas misteriosas para las muchachas jóvenes, pero que, gracias a la sumisión y ala estimación, se sale muy bien de todo.

— Este tráfico tan intenso es una molestia muy grande.

Tal fue la interesante observación que la novia oyó mientras atravesaban el puente de Hammersmith. La pobre estaba tan asustada y tan aturdida, dado el silencio que reinara entre ellos desde que echaron a andar, que al oír estas palabras sintió casi tentación de reírse.

— Sí, es verdad — consiguió decir, al fin, en voz baja.

—¿Le gusta a usted el campo? — preguntó Huberto, creyendo que este asunto sería muy apropiado para su conversación.

Pero ella le contestó que desconocía la campiña inglesa y que nunca había vivido en una propiedad rural.

— ¿Vamos a vivir en St. Austel? — preguntó con timidez.

— Es una mansión antigua y bastante agradable para vivir en ella, aunque me atrevo a decir que no residiremos mucho tiempo en ninguna parte. Es preciso hacer cosas muy distintas en las diferentes épocas del año — contestó Huberto.

Vanessa se había imaginado un hogar, un hogar en donde podría aprender todas las tradiciones y que llegaría a querer con toda su alma. Su padre le dijo que debía dedicarse muy especialmente a estudiar el bienestar de los arrendatarios y, en general, cumplir todos sus deberes de condesa. Y ella estaba dispuesta a dedicar su atención a todos estos asuntos.

Benjamín Levy no indicó a su hija la posibilidad de que tuviese que recorrer un sendero empinado para dominar los prejuicios con que había de chocar la hija de un prestamista; y se abstuvo de ello, porque Vanessa era tan orgullosa como la reina Isabel y no habría entendido lo que quería decirle.

— ¿Cuánto tiempo se tarda en llegar allí? — preguntó después de diez minutos, durante los cuales Huberto permaneció sentado en su rincón del automóvil, con aspecto de reposar de su fatiga.

— Dos horas exactamente, desde Piccadilly. Supongo que llegaremos a las ocho.

De haberse vuelto un poco, habría visto el hermoso perfil de Vanessa, recortándose sobre la luz del sol de la tarde, mas no se volvió. Comprendía que si la miraba, ella descubriría el disgusto y el resentimiento que, sin duda alguna, se retrataba en sus ojos. En toda su vida no se había sentido nunca tan disgustado ni tan irritado contra este agradable mundo. Y así pasaron las dos horas, durante las cuales no se dijeron más que alguna vulgaridad; y cuando

empezaban las sombras del atardecer, llegaron a las puertas de la entrada orientada al Este.

Allí, la hija del portero le ofreció un ramillete y la vitorearon algunos servidores. Su Señoría había dado órdenes expresas de que no se hiciese la menor demostración, porque deseaba pasar tranquilo la luna de miel.

El corazón de Vanessa latía apresuradamente, a la vez que sonreía y saludaba con movimientos de cabeza, mientras tomaba las flores, en tanto que Huberto se descubría y dirigía muchos saludos a aquellos antiguos amigos. Luego prosiguieron la marcha, y la novia hundió el rostro en el ramillete.

—¡Oh, qué hermoso! — exclamó cuando el automóvil llegó a un punto en donde una ondulación del suelo mostraba la majestuosa casa situada a gran distancia, en la próxima loma, entre los árboles. Entonces, al acercarse a ellos, algunos gamos se dispersaron.

Vanessa se fijó en ello y se dijo que también aquel parque inglés, de acuerdo con sus lecturas, contenía algunos gamos. Más allá, veía una gran casa inglesa en la que viviría algún tiempo, aun en el caso de que no fuese un hogar. Pero entonces la emoción había salido a los ojos de Huberto, a pesar de sí mismo, y se mostraba en torno de sus firmes labios.

“¡Qué maldito precio había tenido que pagar a cambio de su honor!” se dijo. Verse atado a una morena y pequeña judía y obligado a llevarla a un lugar en que cada uno de sus árboles era sagrado, en que cada una de las piedras le era querida y en que todas las memorias y recuerdos eran preciosos para su corazón. Porque, a pesar de la indiferencia que manifestaba, Huberto adoraba el lugar de su nacimiento con todas sus tradiciones, como si hubiese sido un héroe de romance del siglo XIX.

Cuando llegaron a la puerta principal, la novia sólo pudo observar los rojos ladrillos y las altas ventanas, en el instante en que pasó, y luego vió ante ella a los majestuosos servidores que estaban junto a

una puerta abierta. Al mismo tiempo oyó la voz de su marido que decía:

— Espero que no se halla usted demasiado cansada.

Pero cuando llegaron a la habitación de la novia, a la que una estática ama de llaves la condujo, ella sólo tenía una vaga impresión del enorme salón que había atravesado, de una grande escalera y una larga galería en la que todos los retratos de los Culverdale parecieron mirarla.

— Espero que Su Señoría lo encontrará todo a su gusto..., y todos nosotros le deseamos las mayores felicidades — dijo la señora Hopkins.

La estancia era una habitación de honor decorada por Chippendale [\[3\]](#) cuando estaba más aficionado a la moda china.

La doncella francesa de Vanessa, Madeleine, apareció desde el tocador y también deseó a su señora toda suerte de felicidades, con voz en que había mayor deferencia que en otras ocasiones; y la novia se quedó sonriendo a las dos mujeres, con el aire de una joven emperatriz, de manera que ninguna de ellas se dió cuenta de la extrañeza y de la soledad que sentía.

[\[3\]](#) Famoso ebanista inglés del siglo XVIII.

CAPÍTULO VI

Mientras tanto, el señor de la mansión dirigióse a la terraza que había más allá de las ventanas del salón y se entretuvo contemplando el panorama. El verde fresco de las hayas aparecía suave y tierno a la luz del sol poniente. Crecían en grupos, cerca de la casa, a cada lado del gran prado de césped; más lejos se divisaba la balaustrada que rodeaba el jardín italiano y profundo, y más distante aún, las ondulaciones del parque, que llegaban hasta el horizonte. No era posible imaginar nada más apacible. Pero el corazón de Huberto parecía estar en guerra con el mundo entero. Todo lo que veían sus ojos resultaba tan majestuoso, tan lleno de tradiciones... Y él las quebrantaba todas. Se volvió al salón, cuyas ventanas se abrían sobre aquella terraza enlosada.

Figuróse a la diminuta hija del prestamista en el acto de servir el té en la rotonda griega, cerca de las hayas, donde su madre solía sentarse. ¡Su querida madre, que murió durante la guerra!

Pero tales reflexiones eran inútiles. Tenía que vestirse para ir a cenar y continuar la comedia de la luna de miel.

Vanessa parecía la misma imagen de la belleza cuando tímidamente abrió la puerta del tocador de honor para pasar al boudoir que había más allá. Por primera vez llevaba un traje de largo cola, prenda muy ajustada al cuerpo, suave, de color de rosa pálido y algo brillante, cuya cintura adornaba un ramilletito de rojas rosas. ¿Qué debía hacer?

Obscurecía ya. Sin duda eran más de las nueve y media. Lord St. Austel dijo que cenarían hacia las diez. La puerta del otro lado del dormitorio de honor llevaba a otro tocador, según le indicara la señora Hopkins. Se preguntó si su... marido se vestiría en él. ¡Su marido! Pronunció esta palabra en voz sumamente baja.

Mientras estaba allí, indecisa, oyó que alguien llamaba a la puerta del tocador del que acababa de salir, y oyó luego que Madeleine la abría. Era el mayordomo, portador de una cortés indicación de que Su Señoría esperaba en el salón a la señora. Vanessa sintió que el corazón le latía en la garganta. Mas hizo acopio de valor y siguió al puntilloso Podder a lo largo de la galería y bajó tras él la escalera. En efecto, encontró a Huberto aguardándola en el salón, y observó que apenas levantó los ojos cuando se presentó.

Todas las lámparas estaban encendidas, pero las ventanas que daban a la terraza continuaban abiertas, y Vanessa pudo notar, a través de los cristales, la hermosa vista que se ofrecía a sus ojos. Se sintió penetrada de la mayor timidez, pues el esplendor y la majestad de cuanto la rodeaba la anonadaban. Vaciló un momento, y precedidos por el mayordomo recorrieron despacio los cien pies que los separaban de la puerta del salón verde, y atravesando luego una antesala, llena de vitrinas con magníficas porcelanas, traspusieron una puerta que abrieron algunos criados de cabello empolvado, para llegar al comedor. La mesa parecía muy pequeña en el centro del espacio libre y de una alfombra de terciopelo. Ceremoniosamente, el señor Podder ofreció la silla a su nueva señora, y Vanessa se sentó satisfecha en ella, pues las rodillas se negaban a seguir sosteniéndola. Durante aquel corto paseo, lord St. Austel, "su marido", no había pronunciado una sola palabra. Con seguridad aquel porte ceremonioso era mucho mayor de lo que exigían las circunstancias. ¿Acaso sentiría alguna repugnancia hacia ella? ¿Habría dicho o hecho algo inconveniente?

Entonces, Huberto rompió el hielo, y aunque no le dirigió la mirada, empezó a hablar. La música sería un tema conveniente, se dijo, para sostener una conversación acerca de él, mientras los criados iban y venían sirviendo la cena. Por esta razón preguntó a su mujer si le gustaba la música.

—¡Oh, sí! — contestó la pobre y hermosa niña. — Especialmente me gusta "Butterfly". Ya recordará usted que dieron esta ópera la noche en... en que me vió usted en el teatro.

Huberto levantó la cabeza, al sentir el vago recuerdo de algo. ¿No le había hablado Alicia de ello?

Vanessa se dió cuenta de la sorpresa de su marido. Eso la asustó y, ruborizándose, continuó con creciente timidez:

— Quiero decir la noche en que usted estaba en el palco de la duquesa de Lincolnwood. Fué la primera vez que le vi.

— ¡Oh, sí! — se limitó a contestar.

No podía confesar que ni siquiera se dió cuenta de la presencia de ella en el teatro. Por eso empezó a hablar de las cualidades y los defectos de Puccini y de las diferencias de su estilo con el de los compositores modernos.

“Tal vez él también es tímido”, pensaba Vanessa, “pero me gustaría que me hablase de las otras ocasiones en que, sin duda, me vió”.

Entonces el mayordomo le llenó la copa de champaña. Su padre le había permitido beberlo muy pocas veces. Tal vez, se dijo, si bebía un poco no estaría tan nerviosa. Huberto pensaba lo mismo con respecto a él, y por eso se bebió de una vez el contenido de su copa. Poco le valió, sin embargo, y hablando de diversas cosas, tales como la pintura y la música, terminó la cena. Mas Vanessa no había estado aún a su gusto. ¿Adonde irían aquellos silenciosos criados cuando desaparecían por detrás del cortinaje? ¿Podrían oír lo que se hablaba en el comedor? ¿Servirían del mismo modo todas las comidas que ella y Huberto tomasen juntos? Por fin le pareció que se habían retirado de una vez. Lord St. Austel se levantó, encendió un cigarrillo y dijo con indiferencia que tomarían el café en el salón azul, por lo que se dirigieron a él.

¿De manera que la casa tenía varios salones? ¡Qué enorme debía de ser! Tal vez tan grande, si no mayor, como un palacio florentino.

El salón azul no era de tan vastas proporciones como el verde, situado al lado del Primero. Éste parecía verse honrado más frecuentemente con la estancia de sus dueños. Vanessa pudo ver

una fotografía de la duquesa de Lincolwood, acompañada de otras dos reproducciones, que estaban encima de una mesa. Los tres retratos tenían magníficos y antiguos marcos de plata. También se veían en la estancia libros bellamente encuadernados y gran cantidad de flores; y las sillas, a pesar de tener el aspecto solemne que les daba su dorado y su damasco, del siglo xvm, parecían mucho más cómodas. Al pasar por todas aquellas estancias, Vanessa se fijó en las mesas de escribir. Estaban todas perfectamente situadas y provistas de toda suerte de utensilios conocidos. Además, en los vases de piel con dorados a mano, así como en el papel de escribir, no faltaba la corona de conde. ¿Quién tendría a su cuidado el arreglo de todo aquello? Si la mansión llegaba a convertirse en su hogar, tal vez llegaría el día en que pudiera enterarse de semejantes cosas.

Luego, los criados sirvieron el café, lo cual alivió el violento silencio que hasta entonces había reinado entre ellos. La noche era hermosísima y estaban abiertas las ventanas que daban a la terraza. Lord St. Austel dejó la taza sobre la mesa y miró hacia el exterior, alumbrado por las estrellas. Dijóse que no tenía más remedio que hacer un esfuerzo para desempeñar mejor su papel de recién casado en la noche de bodas. Tomó la tercera copa de Benedictine. Su esposa no quiso tomar café ni licores.

¿De qué demonios podría hablar con ella? En la cena agotaron los temas que le ofrecieron la música y la pintura. En la estancia había un piano de cola, con la tapa abierta. ¿Tal vez ella tocaba? ¿Quizás sabría cantar?

—¿Quiere usted tocar algo? — le preguntó de mala gana al advertir él, Huberto de St. Austel, que se sentía apocado ante la hija del viejo Benjamín Levy, el prestamista.

Vanessa, deseosa de acogerse a cualquier distracción, se levantó de muy buen grado y se sentó al piano. Pero estaba demasiado nerviosa para tocar con algún sentimiento, por lo que lo hizo de un modo mecánico; y todo lo que Huberto pudo creer, fue que la joven había tenido buenos maestros de música. Luego atravesó la

estancia, se acercó a las ventanas y se quedó contemplando la hermosa noche de verano.

¿Qué haría después? No podía acogerse al pretexto de tener que escribir cartas. ¿Cómo podría hacer para que ella se fuese a su propia habitación?

Volvió junto al piano, y por espacio de un minuto se apoyó en él, cosa que acabó con la poca serenidad de Vanessa, pues a partir de aquel momento empezó a titubear y por fin se detuvo.

— ¿No podríamos salir un poco a la terraza?

¡Hace tanto calor! — dijo con insegura voz.

Y salieron.

Entretanto, en el tocador de honor de la derecha, el señor Harding, ayuda de cámara de Su Señoría, estaba preparando las ropas de noche de su señor, ante la admiración intensa de Agnes Johnson, una de las doncellas de segunda categoría de la casa. Tomó con la mayor reverencia la chaqueta de seda, mientras que Harding sostenía las demás prendas del traje.

— Fui yo mismo a encargarlo a casa de Carvet — explicó en tono confidencial. — Su Señoría dijo que las prendas compradas en casa de Faster, y que aún no ha estrenado, bastarían para la ocasión, pero como son de color rosa, yo no me conformé. “El color de espliego, Milord”, le dije, “es el más apropiado para un viaje de boda”. Y Su Señoría me contestó, con su indiferencia habitual: “Perfectamente, Harding”. Por eso están aquí.

— ¡Qué seda! ¡Suave como una flor! exclamó Agnes, dando un suspiro. — ¡Qué feliz señora!

La doncella principal, que se halla en el tocador de la izquierda del dormitorio de honor estaba emocionada, porque Mademoiselle Madeleine le mostraba el ajuar de novia, de tejido que por su finura podía compararse a una telaraña y de tono delicadamente rosado. Y debajo de la bata de noche y del salto de cama se veían un par de

chinelas pequeñísimas, que en lugar de hebillas tenían capullitos de rosa y de flores de miosotis.

Sarah Brown tomó una de las chinelas.

— Jamás vi unas zapatillas de este tamaño — dijo a la doncella francesa. — Supongo que serán del número tres.

—Del dos — contestó la doncella francesa, con la mayor arrogancia. — Los pies de Milady no son como los de las inglesas.

— Serán una pareja encantadora — continuó Sarah, enfáticamente, — y espero que muy felices.

Madeleine se encogió de hombros.

— Peut être... Milady es tan inocente como un corderillo, y Milord conoce a todas las mujeres hermosas de Europa. ¿Que voulez-vous? ¿Felicidad? Eso no se encuentra en el matrimonio.

Sarah Brown estaba demasiado escandalizada para poder contestar.

En la terraza, la pareja de recién casados paseaba de un lado a otro. A pesar del champaña y del Benedictine, Huberto se sentía cada vez más frío. Todos sus instintos hallábanse en franca rebelión. ¡Aquello era una comedia asquerosa! ¿Sabría Vanessa que había sido objeto de un convenio? No abrigaba la menor duda de que estaba enterada, a pesar de parecer ingenua de un modo raro. Pero si no sabía nada, ¿por qué se figuraría que él se casó con ella? ¿Por amor? ¡Dios mío!

No, con toda seguridad era una judía listísima, que se sentía feliz por haber llegado a condesa. Y a pesar de todo, era preciso seguir representando tan desagradable comedia. ¿Debería cogerle la mano? ¿Debería darle un beso? Quizás...

Precisamente cuando volvían hacia el salón, sin que hubiera mediado la menor palabra de aviso, con la misma timidez de un adolescente, aquel hombre que tanto había practicado el amor y que

sabía hacerlo a la perfección, inclinó su alta cabeza e imprimió un frío beso en la mejilla de la novia, mientras le decía con voz ronca:

— Están dando las once, Vanessa. Debes de estar fatigada. Te ruego que te acuestes.

Enloquecedora emoción sobrecogió a la joven cuando la tocaron los labios de él. Supo que lo amaba..., lo había sabido siempre..., desde el primer momento en que sus ojos se cruzaron en la Ópera. ¿Se habría hecho traición a sí misma? ¿Habría sido alguna inconveniencia el habérselo recordado durante la cena? Pero no..., aquel beso..., aquel beso maravilloso lo confesaba todo. Él la amaba... y ella le pertenecía... y era su esposa. Y él le enseñaría los misterios del amor... Y al pensar eso, su hermosa cabeza griega se apoyó en el hombro de él, cerrando casi los ojos al mismo tiempo.

Madame de Jainon le dijo que debía mostrarse sumisa, y ahora comprendía que ello era algo divino. Pero Huberto desvió la mirada. Ella apoyó la mano en su brazo y se dejó llevar al salón; luego, atravesaron la puerta y se encaminaron al pie de la escalera. Allí le hizo una reverencia, y mientras ella subía con lentitud los escalones, él se volvió y desapareció por otra puerta, en dirección a su propio saloncito, situado en el ala del Oeste del edificio, en donde se sentó en su sillón favorito, ocultando el rostro entre las manos. Su perro airedale, "Bob", se acercó a él y le puso su ruda cabeza sobre las rodillas, meneando, al mismo tiempo, el muñón de su rabo con expresión de simpatía. El amo frotó las orejas del perro, le acarició afectuosamente y luego encendió un cigarrillo.

No. No era posible. No podía quedarse allí, pensó sonriendo con tristeza. Mejor sería ir arriba y hacer frente a la situación. La fuerza de la costumbre le llevó a su cómoda habitación, situada en el primer piso, pero observó que no le habían preparado la estancia, y eso le hizo reír con sarcasmo.

“¡Naturalmente! ¡Qué tonto soy!”, pensó. “Harding conoce mi deber mejor que yo mismo.”

En aquel momento sus ojos se fijaron en un frasco de oro que solía llevarse con licor en sus excursiones cinegéticas y que estaba sobre la mesa; se sirvió un gran vaso de brandy y se lo bebió de un trago. Hecho esto se encaminó presuroso a lo largo del corredor, en dirección al tocador de la derecha del dormitorio de honor. Sí, Harding estaba bien enterado de todo lo relacionado con semejantes casos.

Vanessa sintió sorpresa y alivio a un tiempo al notar que no la esperaba Madeleine al llegar a sus habitaciones. Encontró sobre el tocador unas líneas de la doncella, suplicando a su señora que le dispensara, pero un dolor de cabeza horrible la había obligado a retirarse a su estancia. Indudablemente Madeleine era una muchacha que tenía tacto.

Por esta razón la novia se desnudó sola, sintiendo que el corazón le latía en la garganta.

Huberto se quedó ante el espejo, mirándose, una vez se hubo vestido el traje de noche, de color de espliego, obra maestra de Charvet. ¿Era posible que un hombre estuviera dispuesto a hacer semejante tontería? El brandy se le había subido a la cabeza, lo bastante para que se sintiera muy alegre, y en sus ojos notábase un brillo apasionado. Indudablemente, la novia debía de estar aguardándole, pues hacía ya más de media hora que se habían separado. Y era muy probable que se tratara de una muchacha muy linda, siempre y cuando uno se tomara la molestia de examinarla de cerca. Tenía el cutis muy fino, según pudo observar al darle un beso en la mejilla. Tal vez... no sería todo tan desagradable, en resumidas cuentas... Quien sabe si...

Se volvió, y con la mayor decisión emprendió el camino hacia la puerta del dormitorio de honor. La abrió sin vacilar y penetró en la estancia.

CAPÍTULO VII

La luz penetraba por las abiertas ventanas, cuyas cortinas no estaban corridas del todo, cuando al día siguiente se despertó Vanessa. Oyó el viejo reloj del patio de la cuadra, que daba las nueve. ¿Dónde se hallaba? ¿Qué había sucedido? ¿Qué...? Por un momento no se atrevió a mirar al otro lado de la cama, y luego comprendió que se encontraba sola.

¿Había sido todo un sueño? No, estaba casada, verdaderamente casada. Sintió en el dedo el contacto de su sortija de brillantes..., y luego se estremeció con emoción violenta. Reclinóse en las almohadas y hundió en la fina tela su ruborizado rostro. ¿Cómo se atrevería a mirar a Huberto a la luz del día? ¿Qué le diría? ¿Qué le contestaría ella? ¡Cuánto le amaba! ¡Qué maravilloso y glorioso era el amor!

Sin duda alguna, ahora volvería a mostrarse tan seco y reservado como durante la cena. Los pensamientos de la joven no se atrevían a tomar en cuenta los recuerdos precisos, pues la embargaba por entero una confusa sensación de extrañeza; su concepción de la vida había sufrido violenta transformación. Todas las emociones más exquisitas que constituían su ser mental habíanse despertado y vibraban con nueva fuerza. Extendió sus blancos y juveniles brazos, y luego, con timidez, miró al otro lado de la enorme cama. "Su" cabeza, con sus espesos mechones de cabello castaño, había reposado allí. Ella se inclinó, besó la almohada... y luego se echó a reír histéricamente.

¿Volvería él, o bien ella debería levantarse?

Oía, procedentes del exterior, los perezosos ruidos de la mañana de verano. De pronto, y sin razón que lo justificase, perdió el ánimo.

La estancia parecía tan enorme a la luz del día, que ella misma se consideró muy chiquita.

La noche anterior, la señora Hopkins le indicó qué campanilla servía para llamar a las camareras y cuál para su propia doncella. Llamaría a Madeleine. Cuando entró la joven francesa. Vanessa había recobrado ya su compostura. Madeleine demostró tener tacto, sin embargo, con el mayor disimulo miró a la almohada compañera de la de su ama, aprovechando el momento en que salía de la estancia.

Cuando Vanessa estuvo vestida, se preguntó cuáles serían las costumbres de la casa. En la suya de Hampstead, era obligatorio salir del dormitorio a las nueve en punto, a fin de servir el café a su papá..., pero ahora eran ya más de las diez. ¿La esperaría lord St. Austel para que le sirviese el café? No se atrevía aún a darle el nombre de "Huberto" cuando pensaba en él. Madeleine sentía la mayor simpatía por su señora, pero conocía sobradamente el extraño orgullo y la reserva de su ama, para atreverse a demostrársela. Sin embargo, dijo que había visto a Milord a través de los cristales de la ventana, mientras paseaba por la terraza, cuando ella misma se encaminaba a la habitación de su señora.

Huberto se había despertado mucho más temprano..., y experimentando una sensación insufrible de vergüenza y de degradación, cuando amaneció se deslizó a su propia estancia. Al atravesar el tocador de honor miró por casualidad el retrato de uno de sus antepasados, que fue embajador en Francia, en el reinado de Luis XV, y cuyo retrato, de Van Loo, estaba colgado sobre una cómoda muy rara y de gran mérito. Los tranquilos e irónicos ojos parecían burlarse de él y decirle: "Mi descendiente se ha convertido en un caballero apreciable, a fe mía..., al tomar por esposa, elevándola al rango de condesa, a la hija de un prestamista, y además..." Apresuró sus pasos, porque no podía soportar esta idea. Al llegar a su propia estancia, cuyas ventanas estaban abiertas de par en par dejando entrar la luz de la mañana, sus ojos se fijaron en el frasco de oro destinado a licor y del que bebiera la noche anterior.

Se apoderó de él un apasionado rencor, y cogiendo el frasco con violencia, lo arrojó a un rincón. Como la noche anterior no lo tapó bien, se derramó sobre la alfombra un pequeño chorro de brandy. El olor llegó hasta su olfato mientras se dejaba caer en un enorme sillón que había al lado de la chimenea. Sus pensamientos hallábanse llenos del más amargo desprecio hacia sí mismo. Ahora no quedaba otro remedio que dar la cara a la situación. No era posible continuar de aquel modo. ¿Cómo pudo aceptar aquello? Pero estaba resuelto a no degradarse más, y la comedia de aquel matrimonio había de terminar de una vez. No volvería a representar el papel de marido, bajo la influencia del... brandy. Se contempló a sí mismo con el mayor desdén y repugnancia. Luego permaneció sentado por espacio de más de una hora, con la cabeza entre las manos y por completo inmóvil.

En cuanto Vanessa estuvo vestida, bajó al salón, con el corazón palpitante, y miró a través de las grandes ventanas. Entonces vió a Huberto sentado en un banco de piedra, en actitud de abatimiento mientras acariciaba la cabeza de su airedale. Levantó los ojos y por ellos pasó otra oleada de rencor. Ella, aquella mujer, su esposa, era la que compartía su propia degradación. La sensitiva percepción de la joven vió la mirada de cólera en los ojos de él, y el dolor y el temor la dejaron completamente inmóvil.

¿Qué cosa mala o inconveniente habría hecho?

Huberto se levantó y se acercó a Vanessa, haciendo esfuerzos por dominarse.

— Buenos días.

Su voz era indiferente.

— ¿Ha desayunado usted ya?

Ella, con la mayor timidez, movió negativamente la cabeza.

— Creí que pediría usted el desayuno para que se lo sirvieran en su propia habitación — dijo con la misma indiferencia y sin mirarla.

— Yo ya he desayunado..., pero venga conmigo.

La llevó al comedor que daba a la terraza, en donde, inmóviles como estatuas, estaban aguardando los criados. Vanessa le seguía con la mayor frialdad.

— No quiero más que un poco de café y fruta — dijo en voz muy baja.

Y en cuanto estuvo servida por el pomposo señor Podder, los esposos se quedaron solos en la estancia. Huberto se sentaba frente a ella. Se hallaba muy pálido, y mentalmente se dirigía entonces los peores insultos, con más saña que la noche anterior, pues estaba más resentido consigo mismo por su propio disgusto.

Un resto de orgullo de raza heredado ayudó a Vanessa a calmar sus propios nervios, y esperó a que su marido empezara a hablar.

— ¿Le gusta a usted pasear en auto? — preguntó Huberto. — En caso afirmativo podríamos ir hacia Hampwick y visitar el antiguo castillo... A los extranjeros les gusta mucho, por regla general.

Vanessa dió su conformidad, aunque se fijó en la palabra "extranjeros", lo cual la dejó estupefacta. ¿De modo que "aún era una extranjera" para él?

— Podríamos salir a las doce y tomar el lunch en una posada que hay allí.

Vanessa asintió también.

¿Qué podría decirle todavía?, se preguntó Huberto comprendiendo que la situación era peor de lo que se imaginara. ¿Qué pensaría ella de su marido? ¿Cómo demonio pasaría aquel día que empezaba y los siguientes?

Vanessa tomó un plato de fresas y se bebió el café. Había sido tan excelentemente educada por Madame de Jainon, que pudo disimular su excitación nerviosa. La situación resultaba en extremo violenta y hasta parecía advertirse en la misma atmósfera. Sin embargo, ella no dejaba de notar los grandes atractivos de Huberto. Su actitud estaba llena de esa gracia que las elegantes líneas de la buena raza dan a un hombre. A pesar de su indiferencia, el magnetismo que se

desprendía de él parecía atraer a Vanessa, obligándola a amarlo. La pobrecilla, poco acostumbrada a las emociones, se estremecía. Aquel hombre era su marido..., la había estrechado en sus brazos. Cambiaron algunas palabras más acerca del tiempo y de la historia de Hampwick, y en cuanto hubo terminado el desayuno salieron a la terraza. Entonces Huberto, dando alguna excusa relacionada con que debía hacer preparar el automóvil, la dejó en el espacio alumbrado por el sol. Los ojos de él, cegados por los prejuicios, jamás comprendieron la belleza de su esposa ni se dieron cuenta del impecable cutis intensamente blanco o de los enormes ojos con negrísimas pestañas que proyectaban sombras de color violeta suave en la parte superior de la mejilla. Huberto se estremecía de asco por sí mismo al pensar que había consentido en que aquella mujer fuese su esposa.

Mientras tanto, Vanessa se sentía helada de miedo. ¿Por qué? ¿Por qué ocurría todo aquello? ¿Cuál sería el significado de lo que estaba viendo? Se dirigió a la rotonda, en donde había algo que le satisfizo en sus proporciones griegas. Se reclinó en la balaustrada y miró hacia el parque. ¿Qué sería aquella nueva vida que le aguardaba? ¿Acaso eran iguales que Huberto todos los hombres? Ella aún no le había mirado directamente, después de la primera vez. Sentíase tímida, confusa y muy conturbada. Poco después, volvió a la casa entrando por el salón azul, y allí sus ojos se fijaron en la fotografía de la duquesa de Eincolnwood, rodeada por un marco de plata. La tomó y la examinó con la mayor atención, y mientras, su rostro expresaba extraña antipatía. Recordó que en la Ópera, Huberto se había inclinado hacia aquella mujer y que entonces, en sus modales, no existía la rigidez que ahora demostraba a su esposa. ¿Cómo era posible que hubiese deseado casarse con ella, si ahora que ya le pertenecía no abandonaba nunca sus helados modales? Todo aquello encerraba un gran misterio. Dejó la fotografía sobre la mesa, con un petulante movimiento de desagrado, en el preciso instante en que Huberto entraba en el salón. Observó el acto de su esposo, y ella se dió cuenta de que había sido descubierta, lo cual le ocasionó extraordinaria confusión. El rostro de Huberto tenía una expresión

altanera, como si hubiese observado que una persona de otra clase se mostraba poco respetuosa con alguien que pertenecía a su propio mundo. Vanessa comprendió que se había situado en una posición falsa. ¿Qué pensaría él? ¿Que estaba celosa? Experimentó la sensación de estar sola y sumida en la mayor aflicción. Había allí otras tres o cuatro fotografías de señoras, una de ellas, anciana, evidentemente la madre de Huberto, y otra, también, de lady Hurlshire, con un traje de ceremonia y revestida de sus atributos de nobleza. Sin duda, el hecho de que allí estuviese el retrato de la duquesa no tenía significado alguno, porque también había otra fotografía de una mujer joven. Pero si aquél llegaba a ser su hogar, ¿tendría que soportar los rostros de personas a quienes no conocía? En aquel momento, Huberto habló, diciendo:

— Podrá usted elegir las habitaciones que más le gusten, así como también, cuáles de estos salones querrá usar con preferencia. Dispóngalo todo a su gusto, y en caso necesario yo haré trasladar mis cosas.

No pudo contener la arrogancia en su tono. El hecho de que la hija de un prestamista, que le habían impuesto, empezase por demostrar su desagrado con respecto a sus propios amigos, era una impertinencia que le hería en lo vivo. Vanessa se dió cuenta de su tono desdeñoso y de que estaba disgustado. Sintió tentaciones de llorar, pero se lo impidió la educación que recibiera.

— Por mi causa no hay necesidad alguna de hacer aquí la menor alteración — dijo. Levantó la cabeza con alguna altivez y añadió: — Pero me gustaría escoger algunas habitaciones en el primer piso, pues prefiero recibir la luz del sol. Además, estas habitaciones de honor, en realidad, me oprimen.

Huberto sugirió que inmediatamente fuese a visitar aquellas habitaciones, pues había tiempo más que sobrado antes de salir para Hampwick.

Tiró del cordón de la campanilla, y en cuanto apareció el lacayo, le ordenó llamar a la señora Hopkins para que acompañara a Vanessa.

— Señora Hopkins, haga el favor de enseñar la casa a Su Señoría, pues desea escoger sus propias habitaciones.

Dicho esto se volvió y se encaminó hacia la terraza.

Aumentó la confusión en que estaba sumida Vanessa. ¿Era posible que aquel hombre frío y reservado hubiese sido su marido en la noche anterior? No podía compararlo a ningún otro hombre, porque le pareció el amante más perfecto del mundo, a pesar de que no le dirigió la palabra ni ningún nombre cariñoso. Ahora la helada indiferencia parecía haberse apoderado nuevamente de Huberto. En realidad, la vida, el amor y el matrimonio eran misterios colosales.

Se esforzó en recobrar el ánimo y salió en seguimiento del ama de llaves. El pasmo y la admiración que sintió aumentaban a cada momento, a medida que iba visitando aquella hermosa mansión, pero su porte altanero no disminuyó en un ápice ante el ama de llaves. La larga sucesión de nobles antepasados italianos, de la familia de su madre, habían estado acostumbrados a las viviendas espléndidas, y mientras ella recorría aquellas grandes estancias, comprendió que por sí misma constituía el mejor adorno de la casa. Mostróse amable y majestuosa, y la señora Hopkins pronunció un veredicto favorable acerca de su nueva ama, ante el señor Fodder. La señora Hopkins no creía en la familiaridad moderna, pues, a su juicio, las señoras debían estar en su sitio, como ella en el que le correspondía, y cualquiera que hubiese sido la esposa elegida por su adorado amo, no habría dejado de tratarla con el mayor respeto. Vanessa se decidió por las habitaciones que daban al Sur, inmediatas a las que pertenecieron a la madre de Huberto y situadas en el lado opuesto del corredor que conducía a las habitaciones de honor. Aquellas habitaciones estaban tapizadas con un bonito papel de estilo chino, del siglo XVII, y el hecho de que ya no estuviera nuevo le añadía cierto encanto.

La señora Hopkins se preguntó dónde se alojaría su amo, pero no dijo nada. Y mientras Vanesa se vestía para ir en automóvil hacia Hampwick, Madeleine recibió la orden de trasladar todos los efectos de su señora, quien no se sintió con fuerzas para pasar otra noche

en el gran lecho dorado, que le daba miedo, aún en el caso de que no estuviera sola.

Mientras tanto, Huberto había reflexionado acerca de la situación. Decidióse a esforzarse en ser más amable, a pesar de estar decidido en que era preciso terminar de un modo u otro la realidad de aquel matrimonio. Por esto, cuando su esposa le encontró en el salón, pocos momentos antes de emprender la marcha, su aspecto era más agradable, y así, atravesaron los dos el hall en dirección al automóvil que esperaba. Durante el trayecto, él se esforzó en señalar a su compañera las cosas notables del paisaje, replicándole Vanessa de un modo inteligente. Todo aquello le resultaba maravilloso: las casas de beneficencia en el pueblo, dotadas por la madre de Huberto; los hospitales que había fundado, así como también la sociedad recreativa. Huberto hablaba con grave reverencia cuando nombraba estas instituciones, pero siempre con la mayor frialdad. No se sentía con fuerzas para demostrar sus sentimientos referentes a las cosas de la familia ante una persona extraña. Estaba ya convencido de que Vanessa sería siempre extraña para él. Benjamín Levy le obligó a casarse con su hija, mas no podía regular sus emociones con respecto a ella, ni obligarle a que sus relaciones fuesen familiares o amistosas. Y después de la conclusión a que llegó en la aurora de aquel mismo día, se hallaba decidido a mantener con firmeza la barrera de rígida cortesía establecida entre ambos.

A pesar de todo, Huberto, octavo conde de St. Austel, era un cortés y refinado ciudadano del mundo, y por esta razón, el paseo por aquel hermoso paisaje, el lunch y la visita al castillo transcurrieron sin la menor violencia, y cuando al atardecer regresaron hacia su casa, la situación parecía no ser tan violenta como antes.

— Mejor sería que se fuese usted a descansar — dijo a Vanessa.
— No cenaremos hasta las nueve.

En cada momento de aquel día, la pobrecilla se sintió más profundamente enamorada de su marido. La asustó la helada cortesía de éste, pero, sin embargo, contribuyó a atraerla más aún.

Tal vez se portaban así los aristócratas ingleses. Quizás fuese ordinario tomarle la mano o besarla en plena luz del día. Aquel beso, que le pareció tan maravilloso y que recibió en la terraza, tuvo lugar a la luz de las estrellas... Y en cuanto a lo demás... Sí, sin duda era eso. Las personas distinguidas no exteriorizaban sus emociones en los momentos inoportunos.

Habíase esforzado en contestar con inteligencia y en comprender lo que significaba la comarca, para Huberto. Y ahora... Mientras miraba a través de la ventana y hacia el hermoso jardín, teñido de un color opalino por el sol brillante, pronunció el voto de esforzarse en ser, en todo, el ideal de lo que la madre de él había sido. Cumpliría con el mayor celo los deberes de su posición. Él estaría orgulloso de su esposa, aunque ésta fuese, en cierto modo, extranjera. Y jamás se le ocurrió, ni por soñación, que la despreciase, no por ser extranjera, sino por ser medio judía e hija de un prestamista.

Su puro y juvenil rostro estaba iluminado por la belleza del amor, de la devoción y de las nobles ideas cuando bajó aquella noche la gran escalera para ir nuevamente al encuentro de su esposo, a fin de cenar juntos.

CAPÍTULO VIII

La pareja volvió a Londres después del tercer día. La rigidez y la indiferencia de Huberto no habían sufrido gran cambio; continuaba mostrándose cortés, deferente y tan frío como el hielo. El asombro doloroso de Vanessa se acentuaba cada vez más. Sin duda alguna, aquello que se llamaba matrimonio era una fase de corta duración

en los deberes de la vida; veíase con su marido a las horas de comer, y hablaban con grave reserva ante los criados. Entre las horas de las comidas iban a pasear en automóvil para visitar algunos lugares interesantes de la vecindad, o bien Huberto desaparecía en el ala occidental del edificio y en la cual Vanessa no había penetrado aún. Pero sabía ya que allí se hallaban las habitaciones particulares de su marido. Le había visto a través de la ventana abierta, escribiendo sentado a una mesa cargada de papeles, en una ocasión en que se aventuró a ir más allá del prado de césped. Y dió la vuelta por aquel lado de la casa; él levantó los ojos en aquel momento, y antes de que le fuese posible evitarlo, frunció el ceño.

A partir de entonces, Vanessa ya no fué más por allá. Cada hora que transcurría parecía aumentar el amor que sentía por él. Recordó que Lanzarote no se había mostrado muy cariñoso con Elaine. Pero existía también la reina Ginebra. ¿No sería la duquesa de Lincolnwood la reina Ginebra de Huberto?

Lord St. Austel ya no estaba violento ni nervioso a su lado. Aquella muchacha era una insignificancia que no debía causarle la menor preocupación. Muy pocas veces la miraba, y nunca manifestaba el más pequeño interés por lo que ella le dijera; y cuando recordaba lo ocurrido en la noche de su boda, se sentía penetrado del mayor desprecio hacia sí mismo por la degradación en que había caído. Ni siquiera una sirena habría tenido el atractivo suficiente para arrastrar a un hombre en semejantes circunstancias.

Cuando llegaren a su casa de Londres, Vanessa era una mujer desgraciadísima. Tenía la evidencia de que el matrimonio no significaba nada, por lo menos entre la nobleza, nada más que un recuerdo pasajero y fugaz.

Ella jamás había leído novelas, porque su padre se las prohibió con la mayor severidad, y en su educación no olvidó un solo detalle para tener la seguridad plena de que la joven obedecería de un modo absoluto, y eso a partir del momento en que la niña cumplió cinco años. Todo es posible obtenerlo de un ser humano, si se tiene el dinero suficiente para gastarlo en la obtención de las personas

adecuadas que han de infundir determinadas ideas durante el período en que la mente subconsciente no es más que una esponja.

El señor Benjamín Levy había calculado mal aplicando sus ideas generales a una naturaleza particular, cuando se decidió a obtener que fuese su yerno un hombre como lord St. Austel. Estaba convencido de que no existía hombre capaz de poseer a una mujer joven y tan exquisitamente hermosa como Vanessa y no sucumbir a su fascinación durante la luna de miel.

Vanessa era demasiado orgullosa y sensitiva para confiar en nadie, de manera que cuando se vió ante su padre, antes de tomar el lunch, el día de su llegada a Londres, se mostró con él más cariñosa que nunca y nada más. Con la mayor gracia cumplió sus deberes de ama de casa. El profundo respeto y la deferencia que los criados le testimoniaron en St. Austel, le habían dado el equilibrio necesario. Benjamín Levy quedó satisfecho de su obra. Su yerno le trataba con la perfecta cortesía que siempre demostró desde que empezaron sus relaciones. El hecho de que sus maneras fuesen diferentes con respecto a su primo, el coronel Dangerfield, que había regresado de París, era un caso particular y tal vez estuviese en sus costumbres. El señor Levy era hombre muy inteligente y comprendió que él mismo no habría sido capaz de obrar mejor si se hubiese visto acorralado como su yerno.

“Habrá de pasar algún tiempo”, se dijo cuando poco después subía por la calle de St. James, en dirección a su oficina.

Durante la comida, Ralph Dangerfield se dedicó a observar cuidadosamente a Vanessa. Se fijó en la orgullosa sensibilidad de la joven y en su magnífica belleza. Sin duda alguna Huberto debía de ser de piedra. Por esto se propuso observar con el mayor cuidado los acontecimientos, y ser útil en cuanto la ocasión se lo permitiese.

La anciana marquesa de Hurlshire había quedado encargada de presentar a Vanessa a la Corte, en la recepción que tendría lugar a la noche siguiente, pero como ya había pasado la luna de miel, Huberto no se creyó muy obligado a ver frecuentemente a su mujer.

Y cada vez que se acordaba de su propia debilidad, sentíase en extremo descontento de si mismo.

Tía Constanca y los demás parientes estaban dispuestos a acoger a Vanessa. Les hicieron innumerables invitaciones y ellos aceptaron varias. Algunos momentos de conversación por la mañana, para tratar de estas invitaciones, y los inevitables momentos que habían de pasar juntos en el automóvil, bastaban seguramente en las relaciones que sostenían. A él no se le ocurrió nunca que Vanessa tuviese derechos sentimentales en aquel asunto. Para él, su mujer no era más que una muchacha que se había prestado al convenio que le ofreció su padre a fin de ser condesa, y por lo tanto, ella no tenía derecho a recibir otra cosa que las manifestaciones exteriores del cumplimiento de aquel contrato. Pero como llevaba su nombre, era natural que fuese tratada con el mayor respeto.

No sentía el más pequeño interés por ver si estaba hermosa antes de presentarse en la Corte. La amable aristócrata que eligió su trousseau, sin duda habría tomado las disposiciones convenientes para que la joven se vistiera debidamente. Todas las joyas de St. Austel estaban en la caja de caudales y Vanessa poseía la llave; por consiguiente supuso que las llevaría.

En White, hacia las nueve de la noche, hallábase sentado, cuando un tal Carlos Langley lo indujo a dar una vuelta por el Malí. La hermana de Langley, muchacha muy linda, iba a ser presentada aquella misma noche, y su hermano deseaba verla para darle ánimos.

A Huberto le dejó por completo indiferente la posibilidad de ver a su esposa espléndidamente ataviada. Los dos jóvenes circulaban por entre la multitud de curiosos que siempre se reúnen en el Malí, en las noches de recepción de la Corte. Pasaron más allá de los automóviles en que se hallaban los ocupantes habituales en semejantes ocasiones; se detuvieron para saludar a los amigos, y, por último, llegaron a donde estaba Alicia, duquesa de Lincolnwood, resplandeciente de esmeraldas y adornada por sus plumas y por su velo, que acompañaba a una sobrina poco atractiva.

—¡Huberto! — dijo Su Gracia. — ¿Ya de regreso de la luna de miel?

— Así es, querida mía.

— ¿Supongo que tu esposa será presentada esta noche?

— La acompaña tía Constanca.

—Ya la encontraremos más tarde. Kitty y yo iremos después allá. Kitty desea enseñar su traje a Bárbara y a Lily.

Huberto la miró con sus agradables y azules ojos, en los que siempre se advertía cierta tristeza e ironía. Deseaba, en gran manera, encontrarla hermosa otra vez y recrearse en la contemplación de su rubio cabello, porque el negro le resultaba desagradable. Y sonrió.

El automóvil, un magnífico Rolls-Royce con majestuosos criados y propiedad de la marquesa de Hurlshire, estaba en tercer lugar a contar de la limousine de la Duquesa; y Vanessa, que se sentaba en la izquierda en la parte inmediata a la acera, pudo ver a su marido de perfil cuando se asomaba por la ventanilla del automóvil de algún amigo. ¡Cuán distinto era su aspecto de familiar alegría, con la puntillosa cortesía a que estaba acostumbrada! Repentinamente se encendieron sus mejillas y luego palidieron otra vez. Hallábase muy excitada y dolorida por el hecho de que Huberto no hubiese ido a verla al salir.

Entonces empezó a latir su corazón con apresuramiento. ¿Se acercaría a ella y la vería? ¿Quién estaría en el automóvil para que mostrase tanto interés y atención?

Carlos Langley, que se hallaba más atrás que Huberto, descubrió aquel rostro pálido y exquisito, animado por grandes y suaves ojos, y cogiendo del brazo a su amigo le obligó a acercarse.

—¡Mira a qué preciosidad nos estamos acercando! — dijo. —¡Dios mío, qué cutis! Te aseguro que si lo que vemos es tan blanco... ¡cómo será lo demás!

Lord St. Austel miró a la ventanilla del coche ante el cual se hallaban entonces, y de pronto, con renovada cólera, contestó secamente:

— Es mi mujer.

Carlos Langley le dió toda suerte de excusas y solicitó ser presentado. Huberto le complació y al mismo tiempo saludó a su tía. Entonces tuvo ocasión de darse cuenta de que Vanessa llevaba una corona de brillantes que él no conocía, y un collar mucho más espléndido que los de la familia. No la adornaba ninguna de las joyas de su marido y, sin embargo, las que ostentaba demostraban su gusto perfecto. En sus ojos brilló por un momento una luz sardónica.

“El señor Levy le ha dado los medios necesarios para que represente a la perfección su papel de condesa”, se dijo amargamente. Luego observó la admiración de su amigo Carlos, cuya actitud, al asomarse por la ventanilla, expresaba su profundo homenaje ante el encanto femenino. Huberto temblaba de ira, y con gusto habría destrozado a su amigo.

Entonces, de pronto, vió a Vanessa con nuevos ojos. Sí, estaba hermosísima y tenía el aspecto de proceder de excelente cuna. Era, sin duda, mucho más distinguida que cualquiera de las mujeres a quienes había visto en aquella larga hilera de automóviles. No pudo negárselo. Y su memoria retrocedió hasta recordar ciertas cosas que casi concluyó por olvidar.

Tal vez la convicción de que estaba muy bien vestida había dado valor a Vanessa; quizás fuese la mirada que sorprendió en los ojos de Carlos Langley, pero el caso es que cuando Huberto separó a su amigo para ocupar su lugar, ella miró a su marido sin el menor temor y por vez primera en su vida.

— Está usted hermosísima — dijo.

Estas palabras, que pronunció sin intención, molestaron a Vanessa. Se había puesto todos los brillantes para complacer a su padre. ¿Acaso su marido la encontraría demasiado adornada? Y se ruborizó.

Como Carlos Langley dió la vuelta al automóvil para hablar por el otro lado con lady Hurlshirc, prácticamente, los dos esposos estaban solos.

— ¿Le parece a usted que llevo demasiadas joyas? — preguntó algo apurada. — Creí que para mi presentación en la Corte...

— No hay nada que objetar con respecto a las joyas — dijo, sonriendo con cierta ironía, — pero las condesas de St. Austel han llevado siempre las de la familia.

— No me atreví a tocarlas. Usted no me dijo nada.

— Confieso que la culpa es mía. Mas supuse que puesto que tenía usted la llave de la caja...;

sin embargo, su padre ha resuelto magníficamente este pequeño apuro.

Vanessa se preguntó si hablaba con sarcasmo y sintió que de repente la abandonaban su valor y su excitación. Pero, algo resentida, fue capaz de replicar:

-Sí, fue una intervención afortunada, ¿no es verdad?

Huberto se quedó sorprendido, porque hasta entonces Vanessa no le había mostrado nunca el menor asomo de espiritualidad. Se quedó mirándola, y advirtió que sus ojos eran bastante elocuentes, pues parecían expresar el desdén y la comprensión. ¿Qué significaría aquello?

Vanessa no tenía la menor idea de que su marido y sus parientes pudieran creer una alianza indigna el matrimonio con la hija de un prestamista judío. Habíanla educado siempre en la creencia de que era noble, hija de una orgullosa dama perteneciente a la casa de los Montaniani. Nunca le preocupó la familia de su padre en aquella unión, pero aunque ello hubiese ocurrido, indudablemente la habría considerado ilustre. Benjamín Levy podía identificar sus ascendientes, durante muchos siglos, en Portugal, de donde procedía lo mejor de su raza, y la joven no conocía nada en absoluto con respecto a la usura que solían ejercer los judíos. Todos

respetaban a papá. Era el hombre más inteligente y el más bueno de cuantos vivían. Por consiguiente, ¿por qué habría en los ojos de Huberto aquella mirada desdeñosa?

En aquel momento, la procesión de automóviles empezó a moverse en dirección al Palacio, y lord St. Austel, después de descubrirse, dijo adiós a su esposa y, tras de hacer una observación jocosa a su tía, fué a reunirse con Carlos Langley.

Pero mientras se vestía para cenar, y también después, se sintió muy conturbado por sus pensamientos; luego, al encaminarse a la casa de sus tíos, en la plaza de Belgrave, para esperar a los que llegarían de la recepción, no se atrevía a confesarse que sentía curiosidad de ver a Vanessa sin su manto de armiño, a una luz más intensa que la de la calle.

En la multitud nadie se fijó en Oscar Isaacson, quien había estado mirando, con ojos llenos de odio y de deseo, a la hija de su principal, vestida con aquel espléndido traje.

Huberto, su tío, el anciano marqués, Ralph Dangerfield y Carlos Langley estaban hablando en el salón de baile de la Mansion de Hurlshire, cuando anunciaron al señor Levy.

Aquella era la primera vez que entraba en la casa. Indudablemente habría resultado agradable ser tan inteligente como Benjamín Levy, pero mejor aún tener su carácter humorístico. Con la mayor serenidad contemplaba el mundo en general y consideraba a las personas como simples peones. A su juicio eran muy fáciles de manejar si, de un modo invariable, se procedía con rectitud y con justicia, e indudablemente el negocio de prestar dinero resultaba muy apropiado para el uso de estos principios comerciales. Había salvado a muchas grandes familias caídas en la pobreza, y también puesto en pie a muchos jóvenes herederos, de modo que quienes le conocían con alguna intimidad, le respetaban en extremo. Su actitud parecía la del filósofo benévolo y cínico. Si había locos capaces de jugar y de hipotecar sus posesiones, mejor sería que acudiesen a un hombre honrado y no a un ladrón; por lo demás, su propia vida la

pasaba entre libros, y su casa de París era el lugar de reunión de los hombres más sabios y de los altos financieros; y no se hacía cambio alguno en la política europea del que no estuviese enterado.

Personalmente, lord St. Austel no pudo resolverse a sentir antipatía ni desagrado por el hombre que le acorralara. Entre ellos había un lazo de ironía, según cada uno pudo ver en los ojos del otro. Por otra parte, Benjamín Levy no decía nunca ninguna tontería, como solían hacer muchos de sus aristocráticos amigos.

El asunto estaba listo. No había tenido más remedio que casarse con la hija, y ahora era mejor que viviesen en paz.

Por esta razón, saludó con agrado a su suegro, aunque sin entusiasmo, y luego empezaron a hablar.

La píldora del prestamista fué muy amarga para que el anciano marqués de Hurlshire se la tragase, pero Vanessa le había producido la mejor impresión y también él se mostró fríamente cortés hacia su padre.

“Día llegaré”, se dijo Benjamín Levy, “en que en sus modales no habrá este tono arrogante que ahora se advierte. Cuando se tienen millones, todo es cuestión de tiempo.”

Las dos nietas de la familia de Hurlshire, todavía colegialas, esperaban muy excitadas la ocasión de poder contemplar a su compañera con su traje de ceremonia, de manera que cuando entró la duquesa de Lincolnwood con su sobrina, acudieron entusiasmadas.

Su Gracia estuvo muy amable y afectuosa cuando las colegialas extendieron la cola de su traje, de terciopelo verde pálido, y Huberto, dirigiéndose a ella, le dijo:

— Esta noche estás sencillamente divina.

Cuando le decía esto, inclinado ante ella, se abrió la puerta y llegó su tía en compañía de Vanessa.

La Duquesa era la favorita de lady Hurlshire, de manera que las dos empezaron a hablar. Vanessa se quedó sola por unos momentos en un extremo de la espaciosa estancia.

El esplendor de la Corte la había excitado y no se sintió fuera de lugar, sino en un sitio extraño, como si hubiese vuelto a su propio ambiente. Parecía una joven reina de un cuento de hadas, adornada con su traje magnífico de plata, de modo que su padre le sonrió al ver que se había realizado su deseo. Sus joyas brillaban mucho más que las de cualquiera otra mujer. Pero se le cayó el alma a los pies al fijarse en la actitud de Huberto, sintiéndose penetrada de horribles celos... Un momento después se vió rodeada por el anciano marqués y por las admiradas colegialas; su padre se acercó a ella y le besó la mejilla, mientras Carlos Langley, con la mayor galantería, le extendía la cola del traje. Tan sólo Huberto no se movió hasta que hubo terminado su conversación con la Duquesa, a cierta distancia de donde estaba su mujer. Entonces lady Hurlshire hizo avanzar a Alicia y presentó a las dos mujeres. Se encontraron sus ojos, y cada una de ellas estuvo segura de que odiaba a la otra.

Vanessa había perdido su timidez; hablaba con ceremoniosa cortesía y con los ojos fijos en el rostro de Alicia.

—Vanessa, será preciso que me ayudes a persuadir a la Duquesa de que nos acompañe en el concurso hípico que tendrá lugar en la última semana de agosto.

Huberto pronunció estas palabras con acento imperativo.

Vanessa sintió el mayor deseo de replicar que no estaba dispuesta a ello, pero como su padre la miraba y su propio orgullo instintivo la obligó a contenerse, contestó que sin duda alguna celebraría mucho poder dar la bienvenida a Su Gracia.

Huberto volvió los ojos de una a otra. No pudo menos que advertir la magnífica belleza de su mujer y su exquisita cortesía. Alicia palidecía, en cambio, hasta llegar a ser insignificante. De pronto le pareció que se había marchitado y envejecido. Advertíanse con la

mayor claridad sus afeites, en tanto que el cutis blanco y perfecto de Vanessa brillaba lozano y puro.

A Huberto se le ocurrió un extraño e irónico pensamiento. Si estuvieran cambiados sus lugares, ¿cuál de las dos mujeres lo atraería? Luego, encolerizado consigo mismo por haberse interesado por la joven que tomó por esposa mal de su grado, volvió el rostro para encontrar los inteligentes ojos de su suegro.

CAPÍTULO IX

Había una expresión en el rostro de Benjamín Levy, que daba a entender a su yerno, con la mayor claridad, que sabía con exactitud lo que pasaba en su mente; esto desagradó mucho a Huberto, pues era absurdo que se comprendiesen uno a otro de un modo tan perfecto y abominable a la vez. El joven se revistió de su armadura mental y siguió hablando con Alicia y, al mismo tiempo, fingió algo más de interés del que en verdad sentía, porque, en realidad, estaba preocupado.

Luego, algo le hizo decir con autoritario tono: — Me parece que estás cansada, Vanessa. Voy a llevarte a casa.

La joven se sintió deliciosamente sorprendida.

Era aquella la primera vez que su marido usó con ella el tono de ser su dueño. Deseó obedecerle inmediatamente, pero el disimulo femenino propio de todas las mujeres la obligó a fingir. En apariencia no oyó tal indicación, pues hablaba con el mayor interés con el anciano tío, y eso molestó tanto a Huberto, que repitió sus palabras en tono más autoritario todavía.

Vanessa no era una buena actriz, y como no le fué posible fingir indiferencia por más tiempo, se volvió y empezó a despedirse de todos con sus modales graciosos y reservados que tanto admiraba en ella lady Hurlshire.

La Duquesa se quedó mirando a la pareja cuando salió del salón, y Ralph Dangerfield se decidió a impedir toda complicación en la medida que le fuese posible, pues temía que no tardarían en presentarse. En la puerta principal, el lacayo desplegó la alfombra roja para que Vanessa llegase al automóvil sin pisar el suelo, pues había empezado a llover, y Huberto la ayudó a entrar en el vehículo. Cuando éste echó a andar, Vanessa sorprendió los sombríos ojos llenos de apasionado deseo de Oscar Isaacson, que estaba confundido entre los curiosos congregados al advertir que en la casa había visitas. La joven se estremeció un poco, y de un modo instintivo se acercó a Huberto. Éste se volvió entonces, y también, a su vez, vió el desagradable rostro del empleado.

— ¿No es ese el dependiente de su padre? — preguntó. — Vaya un tipo raro.

— Me da mucho miedo — murmuró tímidamente Vanessa. — Parece como si estuviera loco..., pero papá dice que es muy fiel y que está en su juicio.

Huberto comprendió que la mirada de aquel hombre era de rabiosa admiración, y así lo dijo con algún desdén.

Vanessa se irguió, animada por el orgullo y por los prejuicios de clase de los Montaniani.

— ¡Un criado! ¿Cree usted que un criado me admira? — Luego recordó la caridad cristiana y la humildad, así como otros sentimientos honda dosos que le habían enseñado.

Huberto se echó a reír con suavidad. Su esposa era soberbiamente hermosa y tenía mucho más carácter del que él sospechara. Entonces se sintió interesado acerca de las posibilidades de su mujer. Empezó a influirle su proximidad con respecto a ella, y eso por primera vez en su vida.

Además, sintió un débil perfume de rosas encarnadas, a pesar de que el ramillete de Vanessa estaba constituido por rosas blancas. Eso hizo que Huberto recordase...

— Lleva usted un perfume maravilloso — dijo.

— Es de rosas. Papá lo compró en Bulgaria. Viene en unos frasquitos de metal, muy raros, que están sellados. Uno solo dura muchos años.

Pensó que aquel perfume le sentaba muy bien, ya que ella tenía la pureza de la rosa. Luego se enojó consigo mismo al comprender que empezaba a interesarse por una joven hacia la cual tenía toda clase de motivos para sentir el mayor desdén y que le hacía pensar despectivamente acerca de sí mismo. Todo aquello le había sido impuesto, y por consiguiente no permitiría que nadie se diese cuenta de sus emociones. Pero antes de que llegasen a la puerta de su casa de St. James, notó que estaba resistiendo al deseo de estrechar a su mujer entre sus brazos.

Cuando Vanessa se vió en su frío y lujoso lecho, no pudo dormir. En su vida había algo nuevo, aunque no sabía qué. Huberto se despidió de ella en el hall, deseándole, con acento muy frío, que pasara buena noche, y como es natural, ella debía de haberse sentido deprimida, pero no fue así. Tan sólo estaba excitada. En la obscuridad extendió los brazos y exclamó en voz alta:

—¡Te amo!

Luego hundió el rostro en la almohada, avergonzada de sí misma, porque, naturalmente, el matrimonio no era más que una ceremonia y las personas nobles habían de contener todas sus emociones.

Huberto se había dirigido al Turf Club, pues no quería estar solo con sus pensamientos.

Solamente se vieron a las horas de las comidas durante los dos días siguientes. Luego Huberto fue llamado otra vez a Gales para celebrar una conferencia acerca de unos asuntos relacionados con sus minas; estuvo ausente una semana, y, durante este tiempo,

Ralph Hangerheld pudo conocer mucho mejor a la recién casada. Vanessa se sintió conquistada en seguida por aquel hombre, gracias a su carácter tranquilo y paciente y a sus bondadosos ojos pardos. Era la única persona que pertenecía a su nuevo mundo que parecía simpatizar con ella y comprenderla, y también el único hombre con el cual la joven no tenía necesidad de estar en guardia. Una tarde se sentaron en el parque, lejos de la multitud que paseaba, y sin que ella se diera cuenta, Ralph le hizo referir toda su vida de soltera, rodeada como estuvo por altos muros e incapaz de expresar su propia opinión en nada.

— ¿Cuándo viste a Huberto por vez primera? — preguntó Ralph.
— Él es un tipo de los que suelen llamar la atención de las muchachas.

Vanessa se ruborizó de un modo delicioso.

— En la Ópera. Representaban “Madame Butterfly”, y al día siguiente papá me dijo que él le había pedido mi mano.

Ralph se quedó asombradísimo por un instante. Resultaba, pues, que sus sospechas eran ciertas. Ella no tenía ninguna intervención en el convenio que hizo su padre. Y, sin duda alguna, abrigaba sentimientos románticos con respecto a Huberto, puesto que se ruborizaba de aquel modo que ya no se estilaba.

— Es muy duro esto de que las hijas tengan que obedecer a sus padres — continuó él, como si eso fuese una costumbre general y no una cosa rara en el mundo. — Pero me parece que no debe ser tan desagradable el haberse casado con Huberto — terminó, sonriendo al mismo tiempo.

Vanessa no era tonta. Le dirigió una rápida mirada, porque los quince días que había pasado en sociedad le abrieron mucho los ojos. Empezaba ya a sospechar que su casamiento no había sido como los demás. Por esto desvió la conversación con la mayor habilidad, y Ralph, por su parte, era demasiado astuto para insistir en el particular. Hablaron de música, de libros y de la adorada Florencia. A Ralph le pareció hallarse en el eínquecento y que

Vanessa era una noble dama florentina a quien él adorara en otro tiempo. Evidentemente la joven no había vivido aún en los tiempos presentes. Entonces fue cuando las vulgaridades y los fingimientos de todos sus conocidos le resultaron más evidentes. Poco importaba que ella fuese hija de un prestamista, porque a pesar de eso parecía la más refinada aristócrata que encontrara en su vida entera. Por último hablaron de los Montaniani. Era una noble familia florentina que, por fin, se estableció en Roma.

— No quisieren recibir más a mi madre a causa de su casamiento con papá. Creo que en eso hicieron muy mal, porque papá es un gran hombre — añadió Vanessa con la mayor ingenuidad.

Aquel era, pues, el origen de su orgullo patricio. La joven era una maravilla, y Huberto, sin duda, tonto y ciego. Pero Ralph conocía demasiado a su primo para esperar que le dijera en cualquiera ocasión algo relacionado con su esposa, así es que el asunto debía dejarse en manos de Dios. Sin embargo, haría lo que le fuese posible.

Ralph no estaba seguro de la importancia que pudo llegar a tener el asunto de Huberto con Alicia de Lincolnwood, porque el Primero jamás hablaba de mujeres. Tenía, sin embargo, la sensación desagradable de que fue una cosa seria, y en tal caso, ¿consideraría Huberto que un matrimonio obligado y detestado representaba un inconveniente para continuar con Alicia? En realidad, la situación no prometía mucho.

“Si ella le ama y él la hace sufrir con la Duquesa, es indudable que la pobrecilla no lo soportará mucho tiempo”, se dijo. “Es tan orgullosa como Lucifer, y tan apasionada como puede ser una mujer.”

CAPÍTULO X

No espera mucho el amor para desarrollarse en naturalezas como las de Vanessa. Antes de que llegase la mitad de julio, su amor hacia Huberto llegó a declinar en pasión absorbente, y a no ser por la severa educación que recibiera, ni aun ayudada por su orgullo natural podría haberlo disimulado y contenido. Huberto, por su parte, esforzándose en dominarse desde la noche de la recepción en la Corte, y procurando no mirarla ni dejarse conquistar por las emociones que ella le causaba, consiguió que sus sentimientos íntimos no fuesen advertidos por su esposa. Entonces ocurrió un incidente.

Huberto tenía un tío obispo, casado con la hermana de su madre. Lady Adelisa Carstairs no creía que los matrimonios necesitasen dos dormitorios. No admitía ninguno de los caprichos modernos. Huberto y su mujer eran esperados en la visita que debían hacer al palacio del obispo en el recinto de la Catedral, en Praxminster, y se les había preparado el gran dormitorio de estilo isabelino, destinado a los huéspedes.

Desde el jardín en donde habían tomado el té, Vanessa subió la escalera a fin de vestirse para la cena, y tía Adelisa le mostró su habitación con helada dignidad.

— El tocador de Huberto está allí, querida mía — dijo, señalando una puertecilla en el arrimadero de roble. Y cuando abandonaba la estancia, añadió: — En el lado opuesto se ha instalado un cuartito de baño.

Vanessa se quedó atónita. Luego miró el rostro de Madeleine, que podía ver en el espejo de la mesa del tocador, donde ésta estaba arreglando algunas cosas. Aquel rostro tenía una mirada

indescriptible, pero que despertó ciertas sospechas en su ama, obligándola a abrir de repente la puertecilla de roble.

Vió un armario de cajones, de estilo Chippendale, en aquel espacio de seis pies cuadrados, una mesa de tocador, un lavabo y una silla recta de la misma época. Nada más.

Vanessa se preguntó entonces dónde dormiría Huberto aquella noche. Hallábase tan excitada, convulsa y temblorosa, que apenas podía permanecer en pie. Todas las emociones contenidas de las seis semanas anteriores parecían surgir de nuevo. Y sintiéndose aturdida se sentó en aquella incómoda silla.

En la morada del obispo, todo se hacía con el mayor decoro, y la cena se servía a las ocho en punto. ¡A las ocho y en verano! ¡Todavía con luz del sol!

— Estáis instalados en la gran habitación para los huéspedes, Huberto — le dijo su tía cuando él se disponía a subir la escalera. Y con la mente ocupada en otras cosas abrió la puerta, sin llamar antes.

De pronto retrocedió un paso, porque los ojos de Vanessa lo miraron asombrados por su intrusión. Estaba sentada y llevaba una bata diáfana, en tanto que Madeleine le abrochaba sus zapatitos plateados.

— ¡Oh...! ¡Perdone!

Comprendió entonces instantáneamente. ¡Claro! Aquellos encantadores y anticuados parientes suyos lo habían dispuesto todo de aquel modo tan estúpido y fastidioso.

Él conocía muy bien la casa. Y esforzándose en no mirar a Vanessa, fue a refugiarse en el diminuto tocador inmediato, en donde ya le esperaba Harding, quien llegó allí por una escalera de caracol. El astuto rostro del criado estaba tan inexpresivo como el de Madeleine. Huberto empezó a sentir una excitación extraña y cierta incomodidad, pero gracias a su fuerte voluntad se dominó por completo.

Luego, en cuanto ya estuvo vestido y al salir del pequeño tocador, gracias a la misma escalera de caracol que utilizara Harding, Huberto se echó a reír. ¿Dónde demonios irían a pasar la noche?

Durante la cena observó que en las mejillas de Vanessa había dos manchas de color de rosa. Huberto apenas podía divisar a su mujer por entre los grandes ramos de flores. La sangre parecía arderle en las venas, y cuanto más intranquilo se ponía, más se afirmaba el imperio de su voluntad.

Estaba resuelto a no dejarse dominar por la debilidad. Un recuerdo vergonzoso era ya más que suficiente.

La rígida atmósfera eclesiástica afectó a Vanessa, quien exteriormente se portó con tan fría reserva como todos los demás, pero en su interior sentíase en extremo excitada.

Así transcurrió la velada, y a la respetable y conveniente hora de las once de la noche, la hermosa joven se vió temblorosa en el enorme lecho de columnas y de colchones de pluma.

Huberto, que estaba hablando con su tío y con otros huéspedes distinguidos, se reía a carcajadas de la más ligera chanza clerical que se hiciera. La situación resultaba sardónicamente humorística. ¿Lograría la victoria su voluntad, o...?

De pronto pensó en que si fuese a decir a los clérigos que le escuchaban las ideas que en aquel momento había en su cerebro, quizás les causaría el mismo efecto que el estallido de 'una bomba. Rióse al imaginarlo, y el obispo observó con satisfacción el buen humor de su sobrino.

Vanessa no se había dormido aún, cuando inesperadamente oyó que alguien entraba en el tocador.

Sí su corazón latió apresurado la noche de su boda, no hay que decir que ahora parecía haberse desbocado.

Huberto se sentó en la dura silla y se rió de nuevo..., aunque un instante más tarde lanzó una maldición en voz alta. Nada había que decir con respecto a pasar malas noches en la guerra o en una

cacería, pero en tiempos de paz él era muy amigo del lujo y de las comodidades, y la silla Chippendale resultaba muy incómoda.

Por espacio de una hora se volvió y se revolvió en todos los sentidos imaginables, fumando innumerables cigarrillos al mismo tiempo, hasta que el reloj dió la una de la madrugada.

A Vanessa le dolía mucho la cabeza y tenía las manos y los pies fríos como el hielo. Todos los extraños y leves ruidos de una cálida noche de verano parecían penetrar a través de las abiertas ventanas, y de pronto le pareció oír el suave rumor de la lluvia.

Huberto estaba dolorido de pies a cabeza. No había que pensar siquiera en tenderse en el suelo, a causa de los muebles, pues el lugar más despejado de que podía disponer mediría menos de cinco pies, y él tenía seis de altura. Casi en voz alta profirió una irrespetuosa maldición. Luego se puso una bata de noche y bajó la escalera de caracol, pues sabía por dónde se salía al jardín. Pero cuando llegó a la puerta inferior y hubo logrado abrir la antigua y poco suave cerradura, miró al exterior y vió que estaba lloviendo.

Se apoderó de él extraordinaria irritación. Aquella situación era grotesca e incómoda de un modo insoportable. ¿Por qué había de someterse a todo aquello? De puntillas, como si fuese un ladrón, anduvo a lo largo de un corredor de piedra, en su deseo de llegar al hall del piso superior y tomar de una librería un libro que ya conocía. Era una edición antigua y muy interesante de un tratado acerca de la pesca de las truchas. Se le ocurrió que podría tenderse en uno de los sofás del salón, pero fatigado como estaba, comprendió que se dormiría en seguida, y tan profundamente, que le sorprenderían allí las criadas cuando entrasen por la mañana a descorrer las cortinas. Eso sería motivo de infinita charla y numerosos chismes ¡Qué atrozmente anticuadas resultaban las costumbres y qué poco civilizada demostró ser su tía al crearle aquella posición imbécil!

No sabía dónde estaban los conmutadores de la luz, y así, a oscuras, atravesó el hall y subió la escalera, pero no se apuró por eso, porque conocía la situación de la librería, junto a la puerta de la

habitación de los huéspedes, y también dónde se hallaba el libro que le interesaba.

Sin embargo, el ruido que hizo, despertó al obispo, quien con la cabeza cubierta por el gorro de dormir y empuñando una bujía, salió valerosamente de su habitación matrimonial, para averiguar si algún ladrón trataba de turbar la tranquilidad de la noche.

Huberto había llegado al lado de la librería, cuando se le presentó su tío.

—¡Dios mío! ¿Espero que no le ocurre nada malo a Vanessa? — exclamó el anciano, mientras en su bondadoso rostro se pintaba una inmensa ansiedad.

—¡Oh, no, tío! Nada..., nada más..., estaba... estaba buscando... un libro.

La sorpresa que expresó el rostro del obispo irritó aún más a su sobrino. Era evidente que ya no podría regresar al tocador por la escalera de caracol, pues el anciano encontraría muy raro que no entrase en la habitación de su mujer del modo corriente, es decir, por la puerta.

El anciano esperó hasta que Huberto hubo hallado el libro, pues no le gustaba mucho que anduviera nadie con ellos, y pareció disgustarse por haber sido despertado por una causa trivial ¡Vaya una idea la de leer a semejantes horas de la noche! Las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos de su juventud.

Huberto estaba desesperado. Tal vez si abriese muy despacio la puerta de Vanessa, ésta no le oiría y podría llegar a su tocador sin ser observado.

— Buenas noches, tío. Lamento mucho haberle despertado...

Luego abrió la puerta con la mayor precaución y desapareció en el interior de la estancia.

Notábase allí un intenso aroma de madreselvas, procedente de la rama que se hallaba en la parte exterior de la ventana. Huberto

estaba muy fatigado.

¡Qué bien si pudiese tenderse en un enorme canapé que había visto en la habitación cuando entró en ella antes de cenar, y dormirse en aquel lugar ventilado, aunque no fuese más que por una hora! El tocador no tenía ventilación alguna y hacia en él un calor horroroso. Dió unos pasos hacia adelante, pero no pudo distinguir nada en la obscuridad.

Vanessa estaba temblando como un tordo enjaulado. ¡Tal vez era algún ladrón! Llegó a sus oídos un murmullo de voces en el hall. Quizás había ido a refugiarse en su cuarto. Mas en seguida adivinó que era Huberto. ¿Para qué habría entrado? La pobre Vanessa temió que él llegase a oír los violentos latidos de su corazón.

De pronto, Huberto tropezó con el costurero, que era orgullo de su tía, y Vanessa se incorporó, sobresaltada.

— No sabe cuánto lamento haberla despertado — dijo él. —
¿Quiere usted hacer el favor de encender la luz?

A pesar de la lluvia hacía mucho calor, y el ambiente resultaba molesto.

Huberto se fijó en el bello espectáculo que le ofrecía Vanessa; en sus ojos, sobresaltados y velados, rodeados de débiles ojeras azuladas; en el rostro, blanco como una gardenia, y en sus hermosos labios, rojos como un clavel lleno de rocío. Podía distinguir sus formas exquisitas y juveniles a través de la camisa transparente que llevaba. De pronto, la pasión enloquecedora se apoderó de él y se dijo que aquella encantadora mujer era su esposa...

Pero el ridículo y heredado orgullo le conquistó otra vez, y sin decir una palabra se volvió hacia el tocador, cerrando la puerta con firmeza.

Vanessa se cayó hacia atrás, sobre la almohada, y se echó a llorar apasionadamente.

CAPÍTULO XI

Todos los huéspedes del palacio asistieron a la iglesia el domingo, de manera que, atravesando los verdes prados de césped, penetraron en el claustro y luego en la Catedral, yendo a sentarse en los bancos del presbiterio. Como el segundo era más largo que el Primero, se torcía en ángulo recto, y así, Huberto, que se retrasó, tuvo que sentarse en esta prolongación y contemplar a su esposa durante todo el servicio. Era la primera vez que le ocurría tal cosa, pues por espacio de hora y media no tuvo más remedio que mirar a su mujer. Ésta llevaba un traje suave, de verano, de color limón pálido, y un sombrero que le oscurecía los ojos, que a veces quedaban ocultos; pero siempre que ella levantaba la cabeza, él observaba que los párpados tenían un tono violáceo. ¿Habría llorado? En caso afirmativo, ¿por qué? Su propia mente no gozaba de calma. Por su parte no pudo cerrar los ojos siquiera y se encontraba descentrado y resentido. La contemplación de la belleza de Vanessa en la noche anterior y el recuerdo de sus propias emociones, le perseguían sin cesar y no se atrevía a confesarse que cada vez estaba más seducido por los atractivos de ella. Habíase decidido con tal firmeza a alejar de su mente todo lo que se relacionara con ella, que ni siquiera examinó la eventualidad de que a su esposa le importase o no el conquistarlo por entero. Hasta entonces se había limitado a aceptar la idea de que ella conocía perfectamente los planes de su padre, que se prestó a ponerlos en práctica y que ya no se ocupó de más. Así era cómo resistía amargamente la certeza de que a cada momento se sentía más interesado por ella.

Mientras tanto, proseguían las salmodias del servicio religioso, y Huberto empezó a sentir el deseo de que los ojos de ella se encontrasen con los suyos. ¡Qué maravilloso y blanco cutis!

Entonces recordó las observaciones que le hiciera Carlos Langley, en el Mail, y ello le encolerizó.

¿Cuál sería el color verdadero de sus ojos? Suponía que negro intenso, mas, sin embargo, a veces veía en ellos una sombra azulada. En cuanto a las pestañas, quizás alcanzarían el largo de media pulgada. Debajo de ellas había una sombra que recordaba las turquesas y que no tuvo antes de la semana anterior. ¿Por qué? ¿Sería desgraciada? Y en este caso, ¿por qué? No tenía ninguna razón para serlo. En todas partes la recibían con los brazos abiertos ¡A ella, a la hija de un prestamista judío! Sí, pero también era la condesa de St. Austel, ¡"su esposa"!

Mientras pensaba eso, experimentó una sensación desagradable. Sí, ciertamente era "su esposa".

Entonces tuvo que esforzarse mucho para no recordar ciertas cosas. A su mente acudió otra idea. Tal vez, a causa de su juventud, fué más o menos influida por su padre, y en este caso, no se le podría reprochar... ¿Y qué más? Indudablemente, las líneas de su cuerpo eran muy nobles (imposible negarlo), y pura e inocente la expresión de su orgulloso y pequeño rostro patricio. ¡Qué posibilidades de pasión había en aquellos labios tan plenos, rojos y hermosos! Pero una vez más rechazó las ideas molestas.

¿Por qué no le miraría ella? Parecía estar serena e ignorar en absoluto su presencia. Tal vez rezaba sus oraciones con la mayor devoción. ¡Qué comedia! ¡Una judía rezando en una Catedral!

En la familia de los Culverdale existía una leyenda acerca de un Cruzado que regresó de Tierra Santa, con una esclava sarracena que condujo a St. Austel, y se refería en ella el absoluto dominio que sobre el caballero ejerció para siempre la cautiva.

¿No sería Vanesa una reencarnación de aquella Illtaia? ¿Acaso él, Huberto, el último de su linaje, se hallaría bajo el encanto de aquella mujer, tal vez para pagar alguna deuda kármica?

De pronto, sus azules ojos se encontraron con las negras profundidades de los de Vanesa, y la pasión se apoderó

nuevamente de él.

No le importaba ya estar en la Catedral, ni el que su mujer pudiera ser una intrigante. Tampoco pensaba entonces en que fuese la hija de un prestamista. Lo que sí sabía era que estaba dispuesto a matar a cualquiera que se atreviera a poner los ojos en ella.

Vanessa percibía muy bien la tensión del ambiente. No podía rezar con tranquilidad. Huberto, en aquellos momentos, tenía en su rostro la expresión que ella pudiera desear.

¿Por qué sería tan raro? ¿Por qué se mostró amable en la noche de bodas..., y luego, tan frío como el hielo?

No cabía duda de que obedecería a que ella le llegó a disgustar. Pero, ¿cómo? ¿Qué había hecho? No encontraba más que una explicación posible: la duquesa de Lincolnwood. Sin duda él la amaba. Aquella rival era rubia, hermosa y de alta estatura. En cambio, ella, Vanessa, no tenía más que cinco pies y cinco pulgadas.

Seguramente se habían querido. EN el mundo habíase enterado ya de esas semejantes. ¿Serían amantes todavía? Sí, no podía ser otra cosa. Su "marido" era el amante de otra mujer.

Huberto volvió a mirarla, y casi se sobresaltó al advertir la furiosa mirada de aquellos ojos sombríos.

"Tiene mucho carácter, me parece", se dijo. Pero tuvo necesidad de asegurarse a si mismo que no pasaría otra noche semejante, lleno de tentaciones. Fingiría haber recibido un telegrama importante, y antes de cenar se volvería a Londres. Vanessa le seguiría al día siguiente.

Por fin terminó la ceremonia religiosa y emprendieron el regreso al palacio. A pesar de todas sus resoluciones contrarias, Huberto se sorprendió a si mismo mientras se disponía a situarse al lado de su esposa.

Ella, por su parte, parecía no hacer caso de él y manteníase muy seria. Dirigía todas sus palabras al deán, que iba a su lado.

Huberto se dió cuenta de que su esposa demostraba su erudición acerca de los pintores florentinos, pero no le sorprendió, pues siempre había oído decir que las muchachas judías estaban bien educadas.

¡Qué suave era su voz y qué perfectamente pronunciaba el inglés, sin asomos de moderno slang [\[4\]](#)! . Resultaba, en verdad, un encanto para el oído.

El deán, ya solterón, parecía estar embelesado.

¡Qué necio!

Cuando fueron a tomar el lunch, le pareció mejor anunciar en seguida que aquella misma noche había de regresar a Londres, porque le constaba que de permanecer allí durante toda la soporífera tarde, en el jardín lleno de rosales, no tendría fuerza suficiente para marcharse, y no quería que la situación hiciera flaquear su voluntad.

Luego, mientras su tía hablaba de vulgaridades clericales, entremezcladas con algunos consejos prácticos dirigidos a él, empezó a preguntarse que si se quedaba, ¿le ofrecería Vanessa alguna resistencia? No había duda de que debía de ser ahora algo más experimentada, después de un mes de vida de sociedad en Londres y en plena season. Tal vez no fuese ya el sumiso corderillo que él recordaba. ¿Se acordaba, en efecto? No; su memoria debía perder semejante recuerdo. Por otra parte, no creía que ella lo amase. ¿Por qué lo había de amar? Era una mujer hermosísima, digna, serena y reservada.

Cuando Vanessa oyó aquella evidente mentira acerca de su obligada marcha, empezaron a temblar las finas aletas de su nariz. Él se dió cuenta y se preguntó cuál sería la emoción causante de aquella demostración. ¿Le importaría acaso? No. Con toda seguridad debía de alegrarse de su marcha.

Deseó que hubiera demostrado algún sentimiento. Se acercó a ella entre el grupo de personas que estaban junto a la puerta, en su

camino hacia la rosaleta rodeada de altas hayas, y que se despedían de él.

— Mañana por la mañana te mandaré el Rolls para tu regreso — le dijo. — Temo que deberás esforzarte en llegar con la oportunidad suficiente para asistir al lunch de la Embajada italiana.

El orgullo de los Montaniani, según él pudo observar, hizo que la joven le contestase:

— Muchas gracias. No hay necesidad de molestarse. Madeleine ha telefoneado ya para que mi automóvil esté aquí a las nueve.

Él se descubrió con cierta ironía y se alejó.

Entonces Vanessa perdió todo su valor. ¿Cómo pasaría la tarde entre aquellos parientes, por los que no tenía la más pequeña simpatía? Todos ellos eran extremadamente desagradables.

En cuanto a Huberto, no tenía la menor duda de que aquella noche cenaría a solas con... Alicia. ¡Cuánto la odiaba! De haber podido destrozar a Su Gracia, no habría vacilado un momento en hacerlo. Pero en vez de eso, pasó como pudo aquellas insufribles horas, hasta que de nuevo se metió en la cama provista de cuatro columnas, a las once de la noche, exteriormente muy tranquila y apacible, gracias a lo cual consiguió que los demás formasen la mejor opinión de ella.

Una vez hubo emprendido el regreso hacia

Londres, a la mañana siguiente, lady Adelisa dijo a su esposo con la mayor condescendencia:

— La esposa de Huberto es una muchacha encantadora. En ella no hay nada moderno.

Y el solterón deán, que era un hombre en alto grado burlón, observó:

— Lo que ocurre es que en ella la sangre de los Montaniani lucha con la de los Levy. He de añadir, sin embargo, que personalmente siento el mayor respeto por Israel.

[4] Jerga del populacho ingles

CAPÍTULO XII

Indudablemente a Huberto le había ocurrido algo. Estaba muy inquieto y jugaba con frecuencia al polo, para tranquilizarse.

Se esforzaba en no mirar nunca a su mujer cuando los dos juntos asistían a alguna festividad. A cada momento aumentaba su tortura y su inquietud. La evitaba siempre que le era posible, cuidaba mucho de no quedarse a solas con ella y cuando no le era posible evitarlo permanecía silencioso.

Siempre que asistían a un baile y notaba que Carlos Langley o cualquiera de sus amigos bailaba con ella, se ponía furioso.

Ralph Dangerfield estaba ausente otra vez y, por lo tanto, no podía calmarle ni aconsejarle. Alicia de Lincolnwood parecía ser su único refugio. La veía con mucha más frecuencia de lo que habría sido conveniente, aunque nunca dijo ni hizo nada que hubiera podido desagradar a Vanessa, pero ésta estaba enterada de todo.

Bailó con la duquesa, aunque nunca bailaba con su mujer. Sus atractivos y azules ojos, cuando miraban a cualquier mujer, despertaban siempre la envidia en el pecho de las demás.

Mientras tanto, había pasado el mes de julio. Vanessa se sentía muy desgraciada y apenas podía dominarse. Luego, algunas

palabras de Madeleine, un día en que sintió un ligero desmayo, la dejaron muda de espanto.

—¡Qué cosa tan terrible y maravillosa! ¿Sería verdad?

Aquella tarde tenía que dirigir algunas palabras al público en la inauguración de un enorme Bazar del Imperio. Y esta nueva y admirable idea parecía darle más ánimos. Habló con una facilidad y con tan perfecta expresión, que asombró al Comité que la rodeaba. Benjamín Levy encontró a su yerno cuando tomaba el lunch en casa de Lucullus, con un amigo, y le persuadió a que asistiera a aquella ceremonia.

Huberto no necesitaba que insistiese mucho, pues tenía el deseo de asistir para desilusionarse de una vez, ya que se figuraba oír a Vanessa balbucear palabras inconexas. En su tiempo, su madre había dirigido graciosas arengas, en ocasiones semejantes, pero al oír a su esposa, se quedó emocionado y admirado, tan grande era el sentido común que expresaba con la mayor facilidad, y la dignidad de las palabras que dirigía al público.

En cuanto a Benjamín Levy, resplandecía de satisfacción.

— Le he dado a usted una hermosa condesa, Milord — murmuró al oído de Huberto, mientras sonreía irónicamente.

Huberto hizo una señal de asentimiento.

Vanessa ignoraba la presencia de su padre y de su marido y no se enteró de ella hasta la salida, cuando los vió entre la multitud y a alguna distancia; pero en cambio había observado el siniestro rostro de Oscar Isaacson, que la estuvo mirando sin cesar, con brillantes ojos y alterada expresión.

¿Aprobaría Huberto su discurso? ¡Cuánto daría por saberlo!

Huberto, por su parte, se apresuró a dirigirse a la biblioteca de su casa, cuyas ventanas miraban al parque. Vibraba de emoción. Ninguno de los individuos de su familia habría podido hablar tan bien como Vanessa. ¡Y qué hermosa estaba con su traje de crêpe blanco, con un ramillete de lirios del valle en su cintura! Entonces se

arrepintió de haber prometido a Alicia acompañarla para cenar con ella en Hurlingham.

Cuando Benjamín Levy fue a su oficina, a la mañana siguiente, se encontró con que había llegado una caja llena de objetos de Oriente, que encargara el año anterior.

Oscar Isaacson la tenía ya abierta y todos los objetos que contenía estaban diseminados por las sillas. Había jades, piezas de magnífica porcelana, telas chinas y, además, un hermoso chal de crêpe blanco, con bordados de color escarlata, bermellón y carmesí, que producían un magnífico conjunto.

El señor Levy dió órdenes acerca del destino de cada cosa, y especialmente mandó que se enviase en seguida el chal a su hija.

— Procure que Su Señoría lo reciba esta misma tarde, Oscar — dijo.

Siempre que usaba esta denominación para designar a su hija, se despertaban tan violentas ideas en el respetuoso empleado, que con la mayor prudencia dirigía los ojos al suelo para que nadie lo advirtiese.

“Llamas, amor y sangre”, murmuró para sí, mientras tocaba aquellas flores maravillosamente bordadas.

Luego, doblando el chal, casi con reverencia, lo entregó a un subordinado para que lo empaquetase, mientras él escribía las señas en una etiqueta, en su hermoso carácter de letra. Y al escribir la palabra “Condesa”, sus negros ojos brillaron de un modo siniestro. Con solicitud silenciosa y respetuosa, en mayor grado que de costumbre, cumplió aquel día las órdenes de su jefe, y al final le pidió que le concediera sus vacaciones de un mes, a partir del quince de agosto y no desde septiembre, como se acostumbraba cada año.

CAPÍTULO XIII

Huberto y su esposa no habían vuelto a St. Austel a partir de su luna de miel. A Vanessa no le gustaba ir allá, para no tener que ver juntos a su marido y a la duquesa de Lincolnwood. ¿Cuáles habrían sido sus relaciones anteriores? ¿Cómo eran en la actualidad? Cada vez se sentía más desgraciada. La vida era un engaño terrible. ¿Por qué se habría casado Huberto con ella? ¿Qué razones tuvo para eso? Algunas veces se decidía a preguntárselo sin ambages, pero luego le faltaba el valor; y a medida que pasaban los días, su hermoso rostro adquiría una expresión de refinada y trágica belleza. Su aspecto era infinitamente triste. Sus perfectas y negrísimas cejas, en la blanca y pura frente, sugerían el tipo tan celebrado en la época de la reina Victoria y que tan raras veces se ve ahora. Sus manos, muy pequeñas y blancas, no las había hecho bastas la práctica de los deportes al aire libre. El porte de su cabeza era imperial, y en las noches en que llevaba su diadema de espléndidos brillantes y rubíes, todos se decían que jamás se vió en Londres a una criatura más hermosa. Todo el mundo estaba conforme acerca de eso, pero en ella no se advertía la menor frivolidad, y su aire majestuoso parecía adornar muy bien su tierna juventud. En una palabra, resultaba muy diferente de todas las demás mujeres de su edad.

Algunos la tachaban de fría; otros, de desdeñosa. En cuanto a los parientes de Huberto, les molestaba ver que era tan perfecta que ni aun buscándola podían encontrarle una tacha.

Pasaron los días y las noches dedicados a interminables fiestas. Algunos finales de semana, a partir de la época del casamiento, los pasaron en diferentes y grandes casas, en donde se conocían las costumbres del mundo moderno y, por lo tanto, no se encontraron en situaciones semejantes a cuando fueron a visitar al digno tío obispo. Huberto estuvo en Gales un par de domingos, y otro lo

pasaron los dos juntos en Londres. Pero ahora no tenían más remedio que ir otra vez a St. Austel, pues en la siguiente semana tendrían muchos invitados para la fiesta hípica, y entre ellos era indudable que se contaría también la duquesa de Lincolnwood.

Huberto miraba frecuentemente con celosos ojos a su mujer cuando ella no se daba cuenta, y aquella noche, en un baile que se dió en Kingsbury House, el último de la season, Carlos Langley bailó un one-step con ella, dirigiéndole, al mismo tiempo, las más ardientes miradas.

Huberto empezó a preguntarse si le parecía bien el baile moderno en que las parejas se estrechaban con tal fuerza. Desde luego aquello no era más que un baile, todo el mundo hacía lo mismo y no tenía ningún significado. Mas, sin embargo, ¿no debería él bailar con su mujer? Casi se rindió a la tentación, y estaba a punto de invitarla, cuando la duquesa de Lincolnwood dejó a su pareja y se quedó en pie a su lado.

También ella se sentía desgraciada en aquellos días. Notábase más enamorada que nunca de Huberto, y con el instinto infalible que el amor da hasta a las mujeres más tontas empezó a temer que Huberto se sintiera atraído por su mujer. Al principio, cuando se encontraron después de la noche de la recepción de la Corte, ella estuvo muy satisfecha. Adivinó que Huberto estaba verdaderamente indiferente con respecto a Vanessa; por consiguiente, hizo uso de todas sus artes, que no eran pocas, para encadenar otra vez. Se glorió acerca del modo con que él pareció volver a su lado, aunque no pudo lisonjearse a sí misma de que en su actitud hubiese el más pequeño sentimiento. No obstante, el tenerlo cerca con alguna frecuencia comprendía que valía bastante. Pero en los últimos días pudo observar un cambio, y aquella noche, en el baile de Kingsbury House, observó que en los ojos de él había un centelleo de cólera cuando los fijaba en Vanessa.

A pesar del éxito alcanzado, Vanessa tuvo varios disgustos, y en aquel mismo baile oyó que alguien la mencionaba como "la hija del prestamista judío". Le pareció como si la hubiesen abofeteado.

Volvióse y miró con majestuoso desdén al que acababa de hablar, en tanto que sus mejillas se teñían de rojo, y sus ojos centelleaban resentidos. Esta fue la causa de que no diese una repulsa a Carlos Langley por su temeridad, como habría hecho en otra ocasión cualquiera. Los homenajes del joven la consolaban en cierto modo, aunque no se había propuesto en manera alguna utilizarlo para dar celos a Huberto.

— Tu esposa está hermosísima esta noche, Huberto — murmuró Alicia a su oído. — No parece inglesa. Estoy segura de que su padre debe estar orgulloso de ella.

Esta fue la primera vez en que se permitió decir algo malicioso, pero se sintió llena de celos al darse cuenta de la expresión de Huberto.

Éste la miró con ironía, pues comprendió perfectamente la causa de tales observaciones. Huberto era un hombre que con respecto a las mujeres conocía todo lo que a un hombre le es dado conocer.

En sociedad hay una idea vaga de que el matrimonio es un asunto que tiene dos aspectos. Las relaciones familiares acaban por divulgarse, y estas son muy interesantes para numerosas mentes femeninas.

La duquesa de Lincolmvood se enteró de los rumores que circulaban, y hasta entonces la habían consolado bastante. Pero, ¿qué importancia podían tener los rumores del pasado, cuando un hombre mira a una mujer como Huberto contemplaba a la suya?

Carlos Langley y Vanessa pasaron entonces muy cerca; precisamente en aquel momento se interrumpió la música, y Huberto, muy agitado, dio unos pasos sin tener en cuenta para nada a la Duquesa, y dirigiéndose a Vanessa, con rudo acento le dijo:

— Quiero bailar con usted el próximo baile.

Carlos Langley levantó irónicamente las cejas, hizo una reverencia y se volvió hacia Alicia, quien lo recibió con los ojos brillantes; después se alejaron, dejando solos a los esposos.

Vanessa estaba muy excitada, pero, sin embargo, sentía rencor hacia Huberto por su tono de insolente autoridad. Se quedaron mirándose, y entonces la música empezó a tocar de nuevo.

Huberto le rodeó el talle con el brazo y empezaron a bailar. Aquella era la primera vez, desde la noche de novios, en que la tocaba. Su cuerpo, suave y exquisitamente esbelto, parecía fundirse en su abrazo; la joven bailaba muy bien y con un sentido del ritmo que tan sólo conocen algunas personas.

Ambos experimentaban una extraña emoción al verse tan juntos. A Vanessa le pareció que se anulaba su propia personalidad y que incluso su espíritu se había fundido en el de Huberto. Apoderóse de ella una sensación de intenso asombro, tal vez demasiado sagrado para ser advertido. Si él supiera lo que pasaba por ella, ¿qué diría? ¿Le agradaría? Y allí se hallaban los dos, bailando de un modo convencional, en una sala de baile de Londres, por completo extrajeros uno a otro, y ambos guardando celosamente su secreto en el corazón y recordando, también, los dos el extraño suceso. Los brazos de él la estrechaban casi con ferocidad, y su corazón latía tumultuoso sobre el pecho de ella.

En cuanto a Huberto, estaba tan apasionado y la apretaba con tanta fuerza, que llegó un momento en que ella temió no poder respirar; y cuando la banda dio las últimas notas del baile, se separaron mientras los azules ojos de él centelleaban, y el rostro de ella veíase mortalmente pálido.

— ¿Está... está usted cansada? — preguntó. — Tal vez he bailado demasiado aprisa.

— Sí, eso es — le contestó Vanessa con tanta compostura como le fué posible.

La llevó a un asiento y, por su parte, se esforzó en serenarse. Cada vez que se dejaba arrastrar por sus emociones con respecto a ella, se irritaba consigo mismo y también con Vanessa, como si ello fuese culpa de la pobrecilla.

— Está usted muy pálida — continuó diciendo algo resentido al sentarse a su vez. — Aunque por regla general tiene usted la tez blanca, ¿no es verdad?

— Así lo creo.

— ¿Puedo hacer algo en su obsequio?

—No. Pero me gustaría marcharme, si es posible, porque ya es tarde.

— La llevaré a usted hasta el automóvil. Creo que ya estará aquí.

Salieron en dirección a la gran escalera, y mientras ella se ponía la capa, Huberto logró dominarse algo. ¡Qué tonto había sido al bailar con ella! Estaba furioso consigo mismo al pensar que, con la mayor frecuencia, se dejaba dominar por sus emociones.

La llevó al automóvil, le hizo una cortés reverencia y con la mayor frialdad le dio las buenas noches. Luego, lentamente, volvió a entrar en la sala de baile.

Vanessa se estremeció de celos al notar que se alejaba. Con toda seguridad iba a reunirse con Alicia, Tal vez los dos se reirían juntos de la "hija del prestamista judío". ¿La nombrarían así también, como las demás personas de aquel mundo odioso?

Madeleine no esperaba a su ama, de modo que cuando ésta llegó a su linda habitación, situada en el segundo piso, y que también daba al parque, empezaba a apuntar la aurora. Los árboles parecían estar llenos de hojas verdes..., algunos obreros se dirigían a su trabajo, y otros regresaban a sus casas, después de pasar la noche en diversiones.

Todo aquello resultaba una ficción indigna y no se hallaba dispuesta a soportarla por más tiempo. En cuanto hubiera terminado aquel odiado concurso hípico, volvería a casa de su padre, diciéndole que deseaba quedarse allí. No continuaría viviendo más tiempo bajo el techo de Huberto. Estaba completamente segura de que en aquella situación existía algún misterio, y ella los odiaba, sin contar con que su orgullo había recibido profundas heridas.

No creía posible que Huberto se hubiera casado con ella por su dinero, porque ya era bastante rico.

Por lo que pudo oír en la vida de sociedad que llevó en los últimos tiempos, su marido había sido siempre muy rico. Además, ya le constaba ahora que él nunca pudo tener ningún interés en buscar una alianza con la familia de su padre. Y esta convicción era una espina clavada que aún le dolía. Si en su esfera se consideraba como un estigma el ser prestamista, ¿por qué se había casado Huberto St. Austel con ella? Incluso llegó a desearse la muerte.

Luego tuvo en cuenta lo que el porvenir podría proporcionarle, y se echó a temblar.

¿Sería verdad? ¿Debía decírselo a Huberto? ¿Convendría consultar a alguien?

¿Qué significaba todo aquello? ¿Cuál era la razón de la vida? Y si por su medio había de llegar a la tierra una almita nueva, ¿de dónde procedería?

En todo advertía un misterio asqueroso. Y ahora, en aquel mismo instante, mientras contemplaba cómo la aurora se derramaba por la tierra, su esposo, que debería estar a su lado, se hallaba en compañía de otra mujer de su propio mundo, y ella, en cambio, era una extranjera a quien nadie amaba, una intrusa.

Cayó de rodillas junto a la ventana, y lentamente las lágrimas resbalaron por sus blancas mejillas.

CAPÍTULO XIV

Ralph Dangerfield sería el Primero en llegar a St. Austel en aquella mañana de agosto; era lunes y los restantes invitados llegarían en automóvil por la tarde, porque la fiesta se celebraba al día siguiente.

Aquella noche se daría un baile para celebrar la mayoría de edad de un rico y huérfano baronet que vivía en la vecindad, y el miércoles próximo, en la mansión de Huberto y de Vanessa, se celebraría otro baile en honor de sus amigos.

No tuvieron más remedio que conferenciar acerca de estos planes de diversión. Huberto se contentó en manifestar la mayor rigidez e indiferencia. Evitó mirarla, habló fríamente y se mostró severo. Vanessa, por consiguiente, imitándole en cuanto pudo, redujo sus respuestas a monosílabos.

— Espero que se esforzará usted en interesarse por sus invitados — dijo al fin Huberto con alguna irritación. — Están acostumbrados a venir a St. Austel y encontrarlo todo bien dispuesto, así como un trato excelente.

— Naturalmente seré amable con ellos — contestó Vanessa con altanería. — Pero apenas conozco los nombres de algunos; lo mejor sería que me diese usted cuenta de las particularidades de cada uno.

Como le pareciese que ella se mostraba sarcástica, Huberto se disgustó más aún.

— No tienen particularidades de ninguna clases — contestó. — Son gente muy agradable, que se sentirán aquí igual que en su casa.

— De modo que tan sólo la dueña de la casa será la forastera — contestó Vanessa, con los ojos centelleantes.

Huberto se quedó mirándola, muy sorprendido, porque jamás le había hablado en aquel tono. También se sentía desconcertado al recordar claramente que él mismo le confió aquel papel durante la luna de miel. ¿Desearía ella ser una forastera, ahora que él, después de luchar con sus sentimientos, habría querido estrecharla sobre su corazón? Se dirigió hacia la ventana, y precisamente en aquel instante llegó Ralph Dangerfield, de modo que su entrada fue acogida por ambos con gran alegría, como un alivio de la situación.

Iluminóse el rostro de Vanessa en cuanto le vió, pues aquel hombre sería su aliado. Podía hacerle preguntas acerca de los invitados, toda vez que estaba demasiado enojada con su marido para interrogarle acerca del particular.

Ralph comprendió en seguida que allí había habido una tormenta, así es que, gracias a su tacto y a su habilidad, hizo que las cosas transcurriesen con alguna suavidad a la hora del lunch. Inmediatamente después, Huberto los dejó solos.

Los apurados ojos de Vanessa conmovieron a Ralph, quien notó que la joven había cambiado mucho en los últimos quince días, durante los cuales él estuvo ausente otra vez y, por consiguiente, no se habían visto. Su belleza era más delicada, y con toda probabilidad debía de ser muy desgraciada.

— Cuéntamelo todo, querida primita — le dijo cuando estuvieron sentados en la rotonda griega, en el extremo de la terraza, cerca del grupo de magníficas hayas.

— ¿Qué es todo? — se limitó a preguntar ella.

— Todo eres tú. Tu rostro está muy alterado; tus ojos tienen una expresión trágica y se hallan rodeados de ojeras. Además, estás muy pálida, y yo quisiera verte muy feliz.

—Primo Ralph, ¿acaso hemos venido a este mundo para ser felices? Cuando yo era jovencita, todavía una niña, y vivía en el extranjero, estudié varias religiones. Papá no deseaba que adoptase ninguna secta en particular, pero, a juzgar por lo que pude

comprender, todas estas religiones enseñaban que en la tierra no existe la dicha, sino tan sólo el sufrimiento y el sacrificio.

— No hay duda de que existe la felicidad. No debes hablar de esta manera. Y muchas veces ocurre que llegamos a ser felices gracias al sufrimiento y al sacrificio.

Ella se quedó mirando a la azulada distancia, y Ralph se dijo que jamás había visto nada tan hermoso como su perfil y el perfecto y clásico equilibrio de su cabeza y de su esbelto cuello. Nuevamente se extrañó al pensar en Huberto. No cabía duda de que era llegada la ocasión de infundir algunas nuevas ideas en la cabeza de su primo Huberto.

— Perdóname, Vanessa, si te parezco impertinente, pero quisiera saber si en realidad te desagrada Huberto. Cuando entré, los dos parecíais estar muy encolerizados. Él es mi más próximo pariente y temo que tú no hayas conseguido comprenderle.

Vanessa adivinó por instinto que no debía discutir acerca de su marido con nadie absolutamente, ni siquiera con Ralph, y por esta razón replicó:

— Ya sabes que nuestro matrimonio fue de conveniencia y, por consiguiente, los dos hacemos cuanto nos es posible por comprendernos, aunque sin conseguirlo.

— Pues tú deberías estar locamente enamorada.

— El amor es cosa que me asusta y, por lo tanto, valdrá más que no hablemos de él. En cambio, podrías decirme algo acerca de los invitados que esperamos, con objeto de que no cometa ninguna equivocación.

Ralph comprendió que no quería hablar de aquel asunto, y por esta razón se limitó a auxiliarla en cuanto le fue posible, hasta que empezaron a llegar los Primeros invitados. Entre ellos estaba Alicia de Lincolnwood, muy hermosa y divinamente vestida.

Era demasiado bien educada para no mostrarse amable con Vanessa. Ralph observó la neutralidad armada de aquellas dos

mujeres jóvenes. Y no hay duda de que eso le habría divertido, de no estar en juego la felicidad de Vanessa. Huberto también las observaba. ¿Cómo era posible haber tolerado a Alicia o a otra mujer cualquiera? Ninguna de cuantas había visto hasta entonces podía compararse con su esposa, tan hermosa y tan delicadamente pálida.

Pero todavía no estaba vencido su propio resentimiento, y tampoco Vanessa le dió el más ligero indicio de que sintiera por él algún atractivo. Aun suponiendo que él hiciese algún avance, era posible que ello no sirviese más que para humillarle, y, desde luego, no sentíase dispuesto a exponerse a tal cosa. Esperaba que las relaciones con su mujer se arreglarían por sí mismas. No quería llegar a ninguna decisión, pero sí se daba cuenta de que se hallaba muy deprimido.

Alicia se sentó a su derecha a la hora de la cena, y él encontrábase tan abstraído que su compañera llegó a sentirse molesta.

En cuanto a Vanessa, se esforzaba en no mirarlos, y a ello le ayudaba el hecho de que las flores muchas veces le impedían ver a su marido, pero en cambio podía contemplar fácilmente el rostro interesado de la Duquesa, y hasta en una o dos ocasiones sorprendió una mirada tan significativa que los celos volvieron a apoderarse de ella.

Por suerte su educación había sido muy severa, porque pocas muchachas de su edad habrían podido resistir aquella situación con la apacibilidad exterior y el perfecto equilibrio que demostró tener.

Tan sólo Ralph se dió cuenta de lo que estaba sufriendo.

— No solamente es demasiado hermosa — dijo a la dama que tenía a su lado, — sino que también tiene un aspecto misterioso. Parece como si su vida fuese trágica, y esto la hace más interesante, porque itenemos tan pocas emociones en esta época vulgar!

Durante la cena, se despejó la parte central del salón; y los músicos, que habían tocado cosas suaves y ligeras mientras los

comensales permanecían sentados a la mesa, empezaron entonces un jazz de moda; y Huberto y la Duquesa inauguraron el baile.

Alicia, a pesar del aire de dignidad que había asumido, se arregló para ser en extremo atractiva. Conocía perfectamente el arte de vestir bien, y además contaba con el ambiente fascinador que rodea a una duquesa hermosa, rica y viuda. Durante toda su vida acostumbró a los homenajes de los hombres.

Las mejillas de Vanessa estaban encendidas, pues la agitaba su apasionamiento. En aquel instante se le acercó Carlos Langley, y por primera vez en su vida ella le sonrió intencionadamente. Hasta entonces había recibido con la mayor indiferencia la expresión de su ardiente admiración.

El joven creyó hallarse en el séptimo cielo de delicias, y mientras pasaban junto a la otra pareja murmuró su apreciación.

Huberto lo observó todo y, sin darse cuenta, imprimió tal sacudida a su pareja, que la Duquesa exclamó extrañada:

—¡Huberto!

Luego, él preguntó:

— ¿Acaso bailo mal, o no te fijas en el compás?

—Nada de eso, pero hoy estás inaguantable.

— Ya que es así, váraos a sentarnos.

Y saliendo hacia la terraza, se sentaron en un banco.

Vanessa se sintió incapaz de dar un paso más. En aquel momento, Carlos Langley le decía que era demasiado hermosa para que nadie la hiciese caso y que él, por su parte, ¿la adoraba?

— ¿Por qué me dice usted eso? — preguntó, sin darse cuenta de sus palabras, pues toda su atención estaba fija en Huberto.

El tono de la joven molestó a su pareja.

— Porque la amo, y su

los demás, están ciegos.

—¿Cómo se atreve a gley?

¿De modo que todo el
cuenta del trato de Huberto?

Carlos Langley se limitó a oprimirla más contra él, y Vanessa se sintió humillada.

Mientras bailaban, guardó altivo silencio; tenía toda su atención fija en la terraza, pues desde donde se hallaba podía ver una parte del traje de la Duquesa.

Tal vez en aquel instante Huberto murmuraba al oído de Alicia las mismas cosas que ella acababa de oír, pero con enorme diferencia en su significado, ya que aquellas palabras serían pronunciadas en voz baja y escuchadas con alar. Entonces oyó que Carlos Langley murmuraba:

—¿Por qué, si Huberto es tan tonto, no me deja usted que la haga feliz?

Sin duda valía más considerar estas palabras como una broma y no dar lugar a un escándalo. Por esto, ella se echó a reír desdeñosamente y contuvo sus altaneras palabras.

— ¿Qué simplezas está usted diciendo? ¿Cómo podría nacerme feliz?

—Con la mayor facilidad, si usted no fuese tan esquiva.

Vanessa se rió de nuevo, pero en sus ojos advertíase una expresión de dolor.

—¿Qué haría usted?

Carlos Langley la miró por un momento apasionadamente. Mientras tanto, Huberto había cambiado de posición y podía ver a través de la ventana, y eso le enfureció.

— Ya parece que tu mujer no te echa de menos —le dijo Alicia en tono burlón.

Ésta había cambiado también de posición. Huberto le dirigió una mirada de cólera, y llevándola de nuevo al salón, la dejó al lado de Ralph. Luego se dirigió a la pareja y les detuvo cuando pasaban ante él.

— Estoy seguro de que aquí hace demasiado calor para ti, Vanessa. Parece que estés cansada. Ven.

Carlos Langley le dió unas palmadas en el hombro, con cínica familiaridad.

— ¡Qué solícito estás, amigo Huberto!

Dicho esto, fué a reunirse con la Duquesa y con Ralph.

Vanessa llevó al salón el magnífico chal que su padre le trajo de China. Estaba en un sofá y lo tomó para ponérselo. Inmediatamente después, Huberto le cogió la mano, la puso en su propio brazo, con alguna violencia, y la condujo hacia la terraza.

Como por allí paseaban algunas otras parejas, llevó a su mujer a la rotonda, más allá de un grupo de laureles, y deteniéndose la miró cara a cara.

— ¿Cómo se atreve usted a mirar a Carlos de ese modo y permite que él la mire así? Esto es de malísimo gusto. — Su voz era muy desdeñosa, como suelen ser las voces llenas de celos, y despertó en Vanessa el orgullo de raza de los Mcntaniani.

— ¿Cómo se atreve usted a criticarme? — preguntó a su vez Vanessa.

— Porque, por desgracia, el mundo la conoce a usted como esposa mía.

Ella profirió un grito que no era sollozo, sino la expresión de un ser que sufre agudo dolor.

Esto sobresaltó a Huberto, pero se hallaba demasiado enojado para importarle gran cosa el haberla hecho sufrir. Por el contrario, casi le gustó observar que podía lograrlo.

Un hombre que estaba acurrucado entre los laureles oyó aquel grito, aunque no se encontraba lo bastante cerca para distinguir las palabras con claridad. Huberto y Vanessa seguían en pie y alumbrados por la luz de la luna, de modo que el desconocido pudo distinguir los brillantes colores del chal de Vanessa.

— ¿Qué le ha dicho Carlos? — preguntó, irritado, Huberto. — Insisto en saberlo.

—¿Y si me niego a decírselo?

— Usted debe obedecerme — contestó, cogiéndola con rudeza por las muñecas.—Tengo el derecho de saberlo.

Vanessa se rió con desdén. ¿De modo que no había derechos más que para uno de los dos?

— También podría yo empeñarme en saber lo que ha dicho usted a la Duquesa.

Vióse confundido. Entonces comprendió que, a su vez, no le gustaba que nadie le dirigiese preguntas, pero eso no le dió a comprender tampoco los derechos de Vanessa.

— En mi familia, las condesas de St. Austel no han tenido nunca por costumbre permitir que los hombres les hicieran el amor ante todo el mundo..., dos meses después de su casamiento.

Vanessa estaba indignada.

—Pues entonces, si cumplo tan mal mis deberes, ¿por qué se casó conmigo?

Él se echó a reír amargamente.

—iComo si usted no supiera el motivo de haberme casado!

—Lo ignoro, aunque muchas veces me lo he preguntado.

Se quedó mirándola, y por un momento la extrañeza aplacó su cólera; pero, luego, el recuerdo del rostro de Carlos Langley, inclinado hacia su mujer, le enfureció otra vez.

—Le ordeno que me dé cuenta de lo que Car-

los le ha dicho. Supongo que le declaró su amor.

Vanessa guardó silencio, y como Huberto la sostenía aún por las muñecas, las apretó con tal fuerza que la joven exclamó:

—Me hace usted daño.

Entonces la soltó.

— ¿Le dijo él que la amaba?

Ella se encogió de hombros y no contestó.

— ¿Y usted le permitió que se lo dijera? ¿Cómo se atrevió a eso?

Vanessa se echó a reír, aunque sin ninguna alegría.

— También me dijo que soy una mujer exquisita y desdeñada.

Su acento era retador.

Subió de punto la cólera de Huberto al advertir que ella llevaba la mejor parte en la discusión. ¿De modo que todo el mundo había notado que la desdeñaba y ésta era la causa de lo que entonces le sucedía a él?

— No quiero permitir que un hombre le diga que la ama, ¿lo oye? Aunque Carlos no se habría atrevido a eso si usted no le hubiese alentado. La culpa es de usted únicamente.

— Desde luego.

—Y usted qué contestó a eso? ¿Se quejó de mí?

Ella le miró con el mayor desden: Huberto observó a la luz de la luna que el rostro de Vanessa estaba muy pálido.

— Difícilmente la humillación de su actitud justificaría mi simpatía.

Seguían mirándose uno a otro, y la cólera apasionada que ambos sentían ahondaba más a cada momento el abismo que existía ya.

Vanessa continuó:

— La otra noche, sus amigos me llamaron “la hija del prestamista”. Usted me desdeña y me humilla, y ahora hace

comparaciones insultantes entre mí misma y su familia. Soy yo la que no quiero soportar por más tiempo esta enojosa situación.

Se volvió, y con la cabeza erguida regresó a la casa, entrando por el balcón del comedor. Subió la escalera y así se encaminó a su cuarto. Allí se dejó caer en un sillón y unió las manos.

Era indudable que él la despreciaba y que ni siquiera la creía capaz de sostener la dignidad de su familia. ¿Por qué no habría aniquilado a Carlos Langley en vez de quedarse callada? Sin duda, algún demonio enredador parecía seguirla y ponerla en situaciones difíciles.

¿Por qué Huberto se habría casado con ella? ¿Lo sabía su padre? En todo aquello debía de haber algo desagradable, y ella era la desgraciada víctima en el asunto. La invadió una gran desesperación y se sintió incapaz de pensar siquiera.

Huberto se quedó inmóvil cuando Vanessa se alejó. Embargábanle toda suerte de emociones, y la principal consistía en que ella ignoraba la causa de su matrimonio. Indudablemente no era la intrigante judía que se propuso llegar a condesa, sino una niña inocente, que no fue más que un instrumento en manos de su padre. Resultaba, pues, que él, Huberto, había sido muy injusto. No le extrañaba que le odiase y que, en cambio, escuchara a Carlos. Regresó a la casa y se atenuó su cólera, pero subsistió una sensación de inquietud y de extrañeza. Trataba de ajustar su punto de vista, y al entrar en la estancia fué a reunirse con Ralph.

—¿Dónde está Vanessa? ¿La has visto, Ralph?

—No. Y yo mismo me preguntaba qué ha sido de ella. Esta noche está muy pálida, Huberto. Espero que no se hallará indispuesta.

Ralph discurría como una vieja estúpida. Vanessa estaba pálida porque le odiaba a él, a Huberto, y lo más terrible de todo es que ahora comprendía que la amaba con toda su alma. Y, sin embargo, la había tratado de un modo abominable, sin tener en cuenta que no era cómplice de su padre, sino tan sólo una inocente víctima.

Con ojos inexpresivos miró a Ralph mientras se alejaba. En fin, el caso es que estaban unidos y tal vez llegaría un tiempo en que podría conseguir que Vanessa pensase de un modo distinto acerca de él. Esta idea le produjo algún consuelo. Ella le pertenecía y no podía alejarse.

Entonces le habló la Duquesa, diciéndole:

— ¿Qué estás mirando a lo lejos, Huberto? Pareces encantado. Vamos a bailar y despiértate.

Como un autómatas, la cogió por el talle y dieron algunas vueltas, precisamente cuando Vanessa, que había hecho acopio de valor, bajaba de nuevo la escalera para atender a sus invitados.

CAPÍTULO XV

Vanessa hizo una pausa en el último escalón, sintiéndose todavía ultrajada; y al ver \j que Huberto volvía a bailar con la Duquesa, se irritó de nuevo. Ralph llegó a alarmarse al observar la expresión de sus ojos. Acudió a su encuentro y la calmó con sus bondadosas palabras, proponiéndose no alejarse mucho de la joven hasta que se despidiesen todos.

El siguiente día fué uno de los más calurosos del año. En el espacio en donde se iba a celebrar el concurso hípico resultaba verdaderamente sofocante, y a la hora de tomar el lunch, en la gran tienda que habían armado para este objeto, el aire parecía tan caliente como si saliera de un horno. Vanessa apenas podía soportarlo. Ante sus ojos, los rostros de los invitados eran cada vez más imprecisos. Huberto no le había dirigido la palabra. Se

encontraron por casualidad, cuando se reunían antes de ir al lugar de la fiesta, pero se miraron con la mayor frialdad. Entonces Vanessa hallábase sentada al lado del principal magnate del Condado, y Huberto tenía a una anciana noble, a un lado, y a Alicia de Lincolnwood, al otro. Cuando se inclinaba hacia adelante, podía ver el bello perfil de Vanessa, quien deliberadamente no miraba nunca hacia él. Huberto estaba muy inquieto y enojado con todo y con todos. Molestábale, en particular, que Alicia hubiese tomado posesión de él, y el no poder protestar de que siempre estuviese a su lado, porque su rango le daba el derecho de sentarse a la derecha del anfitrión. También le irritaba la complicación a que parecían haber llegado las cosas, y, por otra parte, sus relaciones con Vanessa llegaron a ser tan tirantes, que hasta el cambiar algunas palabras corrientes acerca de cualquier asunto sin ninguna importancia, parecía ser cosa en absoluto imposible. ¿Qué resultaría de todo aquello?

¿Por qué se mostró tan celoso y brutal la noche anterior? Conocía a las personas de su clase y también el verdadero alcance de las atenciones de Langley. Muchas veces le vio hacer lo mismo con veinte mujeres distintas, y siempre se rió al observarlo. ¿Por qué se puso tan furioso y por qué concedió tanta importancia a aquello al notar que iba con su esposa? Y se decía que al principio ni siquiera se habría fijado, cuando Vanessa no significaba nada para él.

Alicia se iba haciendo molesta con su charla incesante y baladí, que en otros tiempos le complacía tanto.

Pasó la tarde de un modo u otro, y al anochecer se encaminaron todos a Lilliesfield, para asistir al baile que se daba en celebración de haber llegado a su mayor edad el baronet huérfano.

Vanessa llevaba un traje de tul escarlata y la corona de brillantes que le regalara su padre. Su resplandeciente y exótica belleza sobrepujaba a la de todas las demás mujeres, y el altanero porte con que se expresaban sus sentimientos heridos le daba la apariencia de una joven reina de un cuento de hadas.

Huberto se estremecía de admiración, con la que se mezclaba cierto pesar. ¿Por qué no llevaría nunca las joyas de la familia de St. Austel?

Transcurrió la noche, y Huberto no dejó de observar los más ligeros movimientos de su esposa, así como también se fijó en los hombres con quienes bailaba y en dónde se sentaba. Ella, por su parte, estaba persuadida de que cada vez que desaparecía su marido era para reunirse con la Duquesa.

Por fin se vieron frente a frente. Vanessa bailaba una vez más con Carlos Langley, y Huberto, con Alicia.

Éste último había prometido ahogar sus celos con respecto a su antiguo amigo, pero al verlo otra vez en compañía de Vanessa, se sintió dominado por ellos.

— Vamos a cambiar de pareja, Carlos — dijo en son de broma. — Su Gracia está cansada de mi, y...

Al mismo tiempo ofreció su brazo a Vanessa.

— Venga usted, señor Langley — dijo la Duquesa burlescamente. — Huberto tiene mucha razón.

A Carlos no le pareció bien dejar a Vanessa, pero no tuvo más remedio que acceder.

Cuando los esposos se vieron solos, Vanessa miró con frialdad a la sala de baile. Le molestaba

mucho el ser un muñeco en las combinaciones y en las pasiones ajenas.

— Quiero bailar — dijo Huberto.

— Pues yo no.

— ¿Por qué no? ¿Para no bailar conmigo?

— Es probable.

— Pues entonces bailará usted — exclamó encolerizado.

Y al mismo tiempo le rodeó el talle con el brazo, y como no podía dar una escena ante todo el mundo, Vanessa no tuvo más remedio que acceder, pero antes de llegar al extremo de la sala, la sobrecogió un mortal desmayo, y Huberto sintió de pronto que el cuerpo de su mujer se quedaba inanimado en sus brazos.

— ¿Qué le pasa? — exclamó.

E inmediatamente, llevando y sosteniendo a su mujer, la condujo a un sofá próximo a una ventana abierta. Ella no se dió cuenta de que perdía el sentido; tan sólo notó una sensación extraña debajo de su corazón, algo que no era ella misma, sino una cosa aparte. Por un momento se sintió aterrada, y luego tuvo una alegría inexplicable. Sus grandes ojos negros, tan profundos como la noche, insondables y misteriosos, parecieron contemplar una visión que no tenía nada de terrestre, y su rostro se quedó tan blanco como las flores que llevaba en la cintura.

Entonces oyó la voz de Huberto que le preguntaba débilmente:

— ¡Dios mío!, Vanessa, ¿qué es eso?

Hizo un esfuerzo por dominarse, pero en su rostro asomó una mirada de extrañeza.

Huberto se sintió repentinamente transportado lejos de la realidad, a un nuevo mundo que se ofrecía a sus miradas. El pasado, el presente y el futuro parecían haberse confundido en un palpitante silencio. Se sintió embelesado, como sujeto a un encantamiento.

Y ninguno de ellos supo que se debía todo al primer movimiento que en la tierra hacía el hijo de ambos, que se esforzaba en unirlos. Sólo percibieron una especie de corriente magnética que les atraía uno a otro.

Un segundo después, Huberto habría estrechado a su mujer entre sus brazos y ya no sería necesario escribir el final de esta historia, pero, como ocurre con frecuencia, una circunstancia trivial desvió el camino del Hado.

Por la puerta inmediata penetró un propietario rural, alegre y amigo de cazar zorros, en persecución de una viuda rica, y casi tropezó con los piecitos de Vanessa. Pidió numerosas disculpas..., pero el hechizo quedó roto... y ambos volvieron a sentirse sujetos por sus prevenciones respectivas.

— No ha sido nada..., gracias — dijo Vanessa. — Estoy fatigada y no deseo bailar más. ¿Quiere usted hacer el favor de llevarme junto a lady Back word? Todavía no he podido saludarla esta noche.

Huberto volvió a frialdad.

— Ciertamente — contestó, ofreciéndole el brazo.

Ya no volvieron a hablar más que para darse las buenas noche llenaba el salón, cuando estuvieron de regreso en St. Austel.

Pero al quedarse solo en su saloncito del ala occidental del edificio, Huberto se sumió en profundas reflexiones. ¿A qué obedecería aquel repentino malestar de Vanessa?

Se apoyó en el antepecho de la abierta ventana y miró a la luna, que se ponía por el Oeste. La aurora estaba cercana. Salió a pasear por el camino enlosado, junto al cual crecía una gran diversidad de plantas, y miró a lo lejos, en dirección al parque. Su ser vibraba de deseo. Si pudiesen... quererse... Si...

Percibía el fino aroma de los heliotropos, cuando, de pronto, un pajarillo lanzó un gorjeo inesperado.

Pero entre los matorrales no fue ningún pajarillo el que produjo un ligero ruido. Huberto se sobresaltó, y con la mayor atención miró y escuchó por entre los laureles. No pudo ver ni oír cosa alguna, pues ya no volvió a alterarse el silencio.

Huberto se dijo que el ruido era más fuerte que el que pudiera causar un conejo. Propúsose hablar del caso con el guarda a la mañana siguiente. Últimamente corrieron rumores de que había una partida de cazadores furtivos en las posesiones de Lilliesfield, contiguas a las de St. Austel. Pero, ¿qué haría un cazador furtivo tan cerca de la casa?

Sin duda se había equivocado y quizás fue una comadreja o un armiño. Entonces dejó que su imaginación volviera a ocuparse en Vanessa y en lo deseable que era aquel ser hermoso, apasionado y blanco como el alabastro.

Su matrimonio fué una enorme equivocación desde el primer momento. ¿Por qué no habría acogido a su esposa, como es corriente, sin dejarse influir por los prejuicios? ¡Ay! Aquella mujer constituía su ideal. Bastante lo comprendía ahora... ¡Y se trataba de su esposa! Tenían ambos muchos años por delante, y él le enseñaría a amarle. No era demasiado tarde. Luego pensó en lo glorioso que sería el día en que ella le confesara su amor. Y así, la aurora le encontró en el jardín, con una rara expresión en su semblante.

* * *

Cuando Vanessa llegó a su dormitorio, de estilo chino, debido al arte de Chippendale, se dejó caer en un sillón, temblando una vez más, porque sentía de nuevo el extraño temblor debajo de su corazón. Pero aquella vez una luz repentina inundó su mente, y comprendió la verdad. Hasta entonces nunca había pensado en tal posibilidad, pues si en alguna ocasión se le ocurrió la idea, la desechó por inverosímil, como cosa demasiado rara para pensar siquiera en ella.

Entonces se sintió presa de profunda emoción.

—¡Huberto! — exclamó con suavidad. —¡Huberto!

Pero nadie le contestó.

CAPÍTULO XVI

A mayor parte de los invitados acudió a la tarde siguiente al concurso hípico, pero Vanessa se quedó retrasada, y Ralph hizo lo mismo a fin de acompañarla. Era preciso ocuparse en disponer lo necesario para el baile que había de darse, o por lo menos ésta fue la excusa que dieron. Vanessa vió con gusto la oportunidad de pasar unas horas tranquila. Ralph, apoyado en su muleta, se acercó a la silla de la joven, quien se había sentado con cierta rigidez. Comprendió que no debía entregarse a ninguna languidez o debilidad, pues si se dejaba vencer por estos sentimientos, no tendría fuerza para representar su papel durante la permanencia de los invitados en la casa.

Ralph la estaba observando con ojos llenos de simpatía.

¿Cómo era posible que un hombre diese tanta importancia a que el nacimiento hubiese tenido lugar en una u otra cuna, para que este despreciable detalle pesara tanto que no le permitiese entregarse a una mujer tan hermosa como Vanessa? ¿Qué significaba el hecho de que fuese hija de un judío, y que su padre practicase la usura? Cada uno de los rasgos de la joven expresaban la fortaleza de su carácter. A pesar de su sensibilidad, la boca era firme; sus cejas, de dibujo puro y noble, y los ojos, sencillamente maravillosos.

Pero en ellos se advertía la tragedia.

— ¿No te parece, primo Ralph, que en el ambiente hay algo extraño? — preguntó Vanessa, estremeciéndose ligeramente. — Aunque no hay una sola nube en el cielo, el aire parece opresivo.

Ralph levantó la cabeza al oír que ella le llamaba "primo Ralph". Le había rogado que le llamase de esa forma desde la primera vez que se vieron. Y para la pobrecilla eso le sirvió de un gran consuelo.

— Es posible que haya algo en nosotros que sienta la influencia de fuerzas invisibles de la atmósfera — replicó. — Tal vez llegue el día en que la ciencia lo descubra.

— Entonces ya no quedará ningún misterio. Y en el misterio siempre hay algo fascinador.

— Tus ojos, por ejemplo, son muy misteriosos, Vanessa.

Ella se volvió para mirarle. Y, efectivamente, parecían expresar las penas de su alma.

— ¿No podrías decirme, querida prima, cuáles son tus penas?

— Mira, Ralph, odio a la duquesa de Lincolnwood. ¿Por qué habrá de estar siempre al lado de mi marido?

A Ralph le pareció muy difícil la respuesta. Él mismo no podía asegurar cuáles eran, en realidad, las relaciones de Huberto con ella. Si se esforzaba en alejar de la mente de Vanessa todo cuidado acerca del particular, ello equivaldría a darle un poco de jarabe calmante. ¿Qué sería más conveniente?

— En tu propia vida hay muchas cosas maravillosas, Vanessa, y que no tienen nada que ver con tu marido ni con sus antiguos amigos. Convendría que te interesaras en las hermosas cosas que puedes hacer, dada la gran posición que ocupas.

—Mucho me agradecería, pero en tu mundo no me quieren. Soy una intrusa.

—¡Tonterías! Todo el que te conoce te admira.

— He oído que algunos de ellos me llamaban “la hija del prestamista judío”, en Kingsbury House.

Ralph aspiró el humo de su cigarrillo.

— Aunque sea así — dijo, — podrás acallar todos los prejuicios mostrándote tal como eres, es decir, exquisita. Las cosas fáciles no merecen la pena de ocuparse en ellas.

Vanessa dió un suspiro, y sus pensamientos empezaron a divagar. Nada le importaba en realidad, a excepción del amor de Huberto. Este era el principio y fin de todas las cosas. De haber tenido que pasar sola y hambrienta de amor toda su vida, viéndole indiferente, en el mejor de los casos, o, en el peor, enamorado de otra mujer, ¿para qué vivir?

Entonces pensó en el secreto que conocía, que su timidez, como resultado de la severa educación de Madame de Jamón, no le permitía descubrirlo a Ralph, o sea, a la única persona en el mundo que podía haberle expresado su simpatía. Papá, naturalmente, sentiría interés por aquello, y hasta, tal vez, los parientes de Huberto. Pero, ¿y éste mismo? ¿Cómo podía sentir interés por el hijo de la mujer a quien despreciaba? Tal vez, incluso se disgustase. ¿Qué podía significar todo aquello? ¿Por qué se habría casado con ella? ¿Por qué, después de haberlo hecho, la dejó sola y abandonada a partir del día de la boda? Y, ¿por qué Huberto habíase mostrado tan brutal con ella durante los últimos días?

Desconocía demasiado las costumbres del mundo, para poder sacar deducciones correctas o para darse cuenta de que los celos violentos no significan, en manera alguna, indiferencia. Para ella, el carácter de Huberto no indicaba que la amase, sino sencillamente el orgullo de su nombre y de su posición social. Recordaba, y cada vez con nuevo dolor, que, según él le dijo, sus actos eran de "análisis", y que "desgraciadamente ella era su esposa".

Como es natural, lamentó el lazo que los unía.. No, era imposible decirle nada. Se hacia preciso dejar que el Destino cuidara de todo aquello, pues ella estaba ya demasiado cansada y agobiada para luchar por más tiempo. Tan sólo esperaba que el Dios que adoraba, el tierno y abstracto Dios que nada tiene que ver con las diferentes sectas, le permitiera conservar la fortaleza de su alma y ser fiel consigo misma, y que le diera valor para seguir adelante, aunque no la amasen ni la honrasen, a fin de vivir por el hijo de su amor.

— ¿En qué estás pensando, querida primita?

Casi se sobresaltó al oír la voz de Ralph; tan lejos se hallaba mentalmente de aquel lugar.

— Tal vez estaba orando, primo Ralph. Pero ahora hablemos del nuevo libro acerca de la civilización griega, que llegó con la remesa de ayer, ¿procedente de Londres?

— ¿De manera que no quieres permitir que nadie atraviese la muralla de tus pensamientos?

— Seria inútil. Quizás te sonrías creyendo que soy demasiado joven, mas me consta que cuando se quiere triunfar es preciso decidir uno mismo, sin ayuda ajena, y soportar las penas... completamente solo.

¡Si hubiese sabido que Huberto estaba dominado por la cólera!

Gracias a un hábil ardid, la Duquesa le había obligado, mal de su grado, a hacer lo que no quería. Díjole que era preciso desquitarse de Carlos Langley y de una prima de Huberto, quienes les habían derrotado el día anterior. Él no deseaba más sino ir al lado de Vanessa y esforzarse en cambiar el tono de sus relaciones. No sospechaba ni remotamente que su esposa estuviera celosa de Alicia, pues Vanessa jamás le había demostrado otra cosa que una frialdad de hielo con respecto a él.

—¡Qué bochornoso está el ambiente! — exclamó la duquesa, quitándose la bonita chaqueta de punto que usaba para la práctica de los deportes. — No parece sino que vaya a estallar una tormenta.

— Y sin una nube siquiera en el cielo — exclamó, riendo, la prima, al mismo tiempo que mandaba una pelota casi directamente a la cabeza de Huberto.

Vanessa, que se hallaba junto a las hayas, bajo las cuales estaban reunidas aquellas cuatro personas, sentía que vibraban todos los nervios de su cuerpo, agitados por crueles emociones. ¿Por qué ella, la dueña de la casa, había de ser siempre desdeñada y abandonada? La Duquesa no se dignó consultarla acerca de si convenía o no jugar entonces, sino que sencillamente salió decidida a ello y tomó

posesión de Huberto, como de algo que le perteneciese, ignorando por completo la existencia de Vanessa.

Sus alegres risas llegaron a oídas de ésta. Se mostraban todos muy alegres y parecía reinar entre ellos la mayor amistad y buena armonía, sin que se advirtiese ni rastro de la ceremoniosa cortesía con que la trataban a ella la mayor parte de los hombres.

“Obran así porque les consta que él me desprecia”, se dijo la pobre y desgraciada criatura. “No hacen más que seguir la conducta que les indica Huberto. Si me amase, ellos se darían cuenta y se portarían de otra manera.”

Conocía que no podía quejarse de nada tangible, pues todos le testimoniaban la mayor deferencia, a excepción de Alicia, pero había una sombra, algo indescriptible en sus maneras para con ella.

Ralph comprendió que sufría, mas no podía hacer nada para evitarlo.

Cuando terminó el partido de tenis, los cuatro jugadores se reunieron con los demás invitados, bajo los árboles, para tomar helados, y todos charlaban y reían. Carlos Langley refirió que uno de los que concurrieron al concurso hípico le había contado que la noche anterior hubo una persecución accidentada de un cazador furtivo en Lilliesfield, el cual se dedicaba a poner trampas para los perdigones.

Huberto escuchó el relato y se acordó del ruido que oyera entre los laureles. Vanessa lo observaba con la mayor atención. Nunca estaba más guapo que con el traje de franela propio para jugar al tenis. La gracia de movimientos que tan sólo dan la práctica de los deportes atléticos y la buena cuna, le hacía un hombre deseable para cualquier mujer que en él pusiera su vista. Además, sus azules ojos, que brillaban entre el sano color de su rostro curtido, impresionaban a todas las mujeres..., pero lo que más las atraía era su indiferencia.

Mientras Vanessa le observaba con disimulo y a cubierto de las miradas de todos, se estremecía de apasionado deseo. Era

legalmente suyo... y no de la Duquesa. La situación resultaba en realidad vergonzosa. No podía soportarla más, y acompañada de algunos invitados, entró en la casa y, luego, se encaminó a sus habitaciones.

Una vez allí, se sentó junto a las cortinas de la ventana, observando el campo de tenis. Huberto se había tendido a los pies de la Duquesa, sobre la hierba, y perezosa y alegremente se distraía tirando de las orejas de su airedale.

Vanessa se sintió presa de furioso apasionamiento.

—¡Si pudiese te mataría! — murmuraron sus temblorosos labios.
—¡Es mío y no tuyo!

CAPÍTULO XVII

Aquella noche, tenía más aspecto de reina que nunca. Llevaba un traje de tisú de plata y oro, el magnífico cabello adornado con perlas, y colgado del brazo veíase el chal regalado por su padre.

Transcurrió la cena tranquilamente, por lo menos en apariencia, y luego, por espacio de una hora, Vanessa y Huberto se dedicaron a la tarea de recibir a sus invitados, que acudían al baile. No se hablaron siquiera, pues el porte frío de Vanessa parecía paralizar las palabras en los labios de Huberto.

Empezó el baile con la mayor animación, de manera que ambos pudieron abandonar sus puestos, y, dando un suspiro de alivio, Huberto se dirigió hacia el salón, aunque sentía el mayor aborrecimiento por aquella fiesta. Al día siguiente, cuando se

hubiesen marchado todos sus amigos, estaría solo con Vanessa, y entonces la induciría a hablar con él, y poco a poco empezaría a derribar el muro que se interpuso entre ambos.

Hallábase resuelto a dar a entender a Alicia que ya estaba cansado de ella y que no tenía la menor intención de continuar sus insidiosos avances. Había sido demasiado débil permitiéndole que se mostrara tontamente sentimental, como la Duquesa hizo durante aquellos últimos días.

Animado por estas intenciones se dirigió hacia ella. También llevaba un traje de tisú de plata, y no pudo dejar de advertir cuánto más hermosa estaba su mujer.

La pequeñez de alma de la Duquesa le indujo a cometer la leve insolencia de ponerse el chal bordado de Vanessa; se envolvió en él, y cuando la esposa de Huberto volvió del salón azul, en donde había estado saludando a los invitados a su llegada, divisó a su marido y a la Duquesa en el momento en que desaparecían hacia la terraza.

Su apasionada sangre italiana parecía apoderarse de ella y la dominaron los celos. Resolvióse a seguirlos, pues ya no podía aguantar más, a fin de averiguar cuales eran en realidad, sus relaciones.

Desesperada, y al mismo tiempo con la mayor astucia, retrocedió hasta en Hill lateral, y tomando una manta de automóvil, de color azul oscuro, envolvió en ella su esbelto cuerpo, de modo que quedó oculto por completo su magnífico traje; después se deslizó a través de una puertecilla del corredor, y así Megó a la terraza. Dando la vuelta a un caminito que había entre los setos de laurel, se acercaría bastante a la rotonda, en donde sin duda estaban la Duquesa y Huberto. Lo hizo así, y entonces vió su chal, que envolvía el traje de tisú de plata de la Duquesa, una parte del cual brillaba a la luz de la luna.

Estremecióse de rabia y castañetearon sus dientes. Tenía las manos frías y húmedas, y se detuvo en el estrecho sendero para

acurrucarse detrás del tronco de un cedro. Así pudo ver que los dos entraban en la rotonda y se apoyaban en la balaustrada.

Le latía el corazón con tanta ansia, que apenas podía respirar. En aquel momento vió que la Duquesa se arrojaba en brazos de Huberto y lo estrechaba por el cuello. Ella se sintió agitada por sus furiosos celos, pero mientras lo observaba, vió que Huberto se soltaba, airado, de las manos de su compañera y la alejaba de sí, casi con desdén. Súbitamente aliviada, sintió que renacía su tranquilidad, aunque al mismo tiempo se avergonzó de haberlos seguido y se recriminó por haber descendido a tanto.

Cuando se volvía para regresar corriendo a la casa, resonó un tiro, y entonces recordó vagamente lo que Carlos Langley dijera acerca de los cazadores furtivos.

En aquel lugar, el camino describía una curva pronunciada, y antes de que ella llegase al ángulo del sendero, pasó un hombre a través de los laureles, corriendo despavorido, y dejó caer la pistola en el camino, desapareciendo inmediatamente entre los laureles del lado opuesto.

Ella, sin embargo, no le vió ni le oyó, porque estaba muy apurada por su propia conducta.

Se detuvo un momento en el mismo lugar en que fue a parar la pistola, y entonces observó que Huberto se acercaba rápidamente a ella, desde la rotonda.

Sin duda se daría cuenta de que les había seguido. ¡Qué vergüenza sentía! Se dispuso a correr, pero apenas hubo dado cinco o seis pasos cuando él la alcanzó, y con rudeza la cogió por los brazos.

—¡Maldita celosa! — exclamó con voz ronca y horrorizada. — ¿Cómo has sido capaz de hacer eso?

A alguna distancia, ella oyó el ruido de voces.

—¡Vete! ¡Vete en automóvil antes de que se enteren los demás y antes de que sospechen de ti! Diré que tu padre está enfermo y que

te ha hecho llamar. ¡Vete! ¡Has deshonrado mi nombre y mi casa!
¡Fuera de aquí!

Sus palabras parecían otros tantos latigazos, como si, en realidad, Vanessa se hubiese deshonrado. Pero ya que había desaparecido toda esperanza, estalló en ella la pasión, sin freno de ninguna clase. Y con voz que expresaba su agonía, exclamó:

—¡Ya sé que está mal lo que he hecho..., pero estoy furiosa de celos! ¡Te amo! ¡Te amo! Y me has torturado de tal modo, que casi me he vuelto loca. ¡Y ahora me echas y me mandas a mi casa, a mí, tu esposa, a la madre de tu hijo que aún no ha nacido!

Huberto dió un paso hacia atrás y la soltó, gimiendo al mismo tiempo:

—¡Oh, Dios mío!

Pero Vanessa no aguardó, sino que se alejó de él y entró en la casa sin ser vista. En el hall dejó caer la manta que la envolvía, y en menos de un cuarto de hora, después de telefonar al garage diciendo que su padre estaba enfermo y que tenía que ir inmediatamente a su lado, emprendió el camino hacia Londres en su propio automóvil.

CAPÍTULO XVIII

Cuando Huberto y la Duquesa hubieron llegado a la rotonda, ninguno de ellos sospechaba que los vigilasen los ojos de un hombre, presa de la locura y a menos de veinte metros de distancia. Alicia estaba casi desesperada, pues al día siguiente debía

marcharse hacia Escocia, y cuando volviese al Sur, temía encontrar a Huberto decidido a terminar sus relaciones con ella. En realidad, lo amaba con toda la pasión de que era capaz su naturaleza.

Huberto hallábase resuelto a darle a entender la indiferencia que sentía por ella, y que la dueña de su corazón era Vanessa. Decíase que hasta entonces había sido demasiado débil, y que aquella situación tenía que terminar.

— Contéstame a una sola pregunta, Huberto — le rogó Su Gracia cuando ambos estaban asomados a la balaustrada de la rotonda, con la espalda vuelta a los frondosos laureles que daban al parque.

— ¿Qué pregunta?

— ¿Amas a tu esposa ahora, a pesar de que al principio no la querías?

— Si, la amo, Alicia. La amo mucho más de lo que he amado a ninguna mujer en toda mi vida.

La Duquesa profirió un leve sollozo y se echó en sus brazos.

Oscar Isaacson había pasado sus vacaciones en una aldea situada a poca distancia de St. Austel. De vez en cuando, y en compañía del posadero, iba a pescar truchas, y éste era el pretexto de su estancia en aquel lugar. Pero en realidad no tenía otro deseo que el de ver a Vanessa, la hija de su jefe. La idea de que entonces fuese una condesa y de que se hallase muy por encima de él, actuaba de un modo muy raro en su desordenada imaginación. Sentíase penetrado de odio y del deseo de vengarse. Quería matarla, a fin de que no gozase de su rango ni de su envidiable esposo.

Cada día estaba más loco, y sus sentimientos eran más amargos.

Había hecho una o dos visitas a St. Austel y trabó relaciones con el guarda de la pesca, y de esta forma pudo informarse de todo cuanto hacían los invitados.

La noche en que Huberto oyó aquel ruido, estuvo agazapado entre los matorrales, y así, el Primero pudo creer que se trataba de alguna

comadreja.

Oscar deseaba no dar un golpe en falso, y cuando vió que Vanessa y su marido disputaban a la luz de la luna, observó con disgusto que en aquel momento no llevaba ningún arma consigo.

En su extraña mentalidad había algo dramático, pues deseaba destruir a la dueña de la casa la misma noche en que se celebrara el baile. Esto le daba una alegría infernal. Se ocultó entre los laureles, cerca de la rotonda, aquella vez perfectamente armado, y con gran satisfacción vió que la pareja se acercaba a él. Reconoció en seguida el chal de Vanessa, pues él mismo lo había empaquetado para mandárselo, de modo que, a pesar de la distancia, lo identificó inmediatamente. Se deleitó al observar la entrada de las dos personas en la rotonda y se fijó en la brillantez del traje de tisú de plata, así como en los adornos rojos del chal; luego vió que ella, aquella mujer que, según creía, era Vanessa, se echaba en brazos de su marido, y también vió que éste se desprendía de su mujer con el mayor desdén. Entonces soltó una carcajada y disparó.

Al ver que caía la mujer y que dos personas que se hallaban en la terraza acudían corriendo a la rotonda, el miedo paralizó un instante sus acciones. Acababa de matar a la mujer a quien había amado, y si le cogían acabaría su vida en la horca. El terror se apoderó de él, y ciegamente echó a correr atravesando los setos, dejando caer la pistola en el momento de hallarse en el sendero. Pero ¿dónde encontraría la seguridad que necesitaba? No conocía bastante bien el lugar, para lograr su objeto. En caso de que le fuera posible regresar a su posada, nadie sospecharía de él. Por esto echó a correr otra vez por los jardines, más allá de los recortados tejos, y llegó a la zanja que los separaba del parque. Dió un salto, y a la luz de la luna descubrió a dos guardas que se acercaban a la casa deseosos de contemplar la fiesta.

En un instante lo cogieron y lo sujetaron. Entonces su desequilibrada mente le traicionó, y pronto los dos hombres comprendieron que se las habían con un loco.

—¡La he amado! ¡Me fijé en ella gracias al chal! ¡He matado a la Condesa! ¡Ya no me despreciará más! ¡Ja, ja, ja...!

Una y otra vez repetía estas palabras, y al mismo tiempo luchaba como un condenado, con la boca llena de espuma. Por fin, los guardas consiguieron atarlo y lo llevaron al establo, en donde ya se conocía la noticia de que la duquesa de Lincoln Wood había sido herida por un cazador furtivo, y según se creía, de mucha gravedad. También se decía que la joven condesa de St. Austel fué llamada repentinamente a Londres a causa de la enfermedad de su padre.

En la enorme morada reinaba gran confusión, y todos estaban excitados. Los invitados se despedían, y los criados iban de un lado a otro.

En el momento de resonar el disparo y de caer la Duquesa, Huberto, en extremo emocionado, la tendió en el mismo diván en que aquella tarde se sentara Ralph Dangerfield. Luego, cuando llegaron al lugar del suceso algunos invitados, dejó a la herida a su cuidado y salió en persecución del asesino, quien sin duda debía de hallarse en el sendero que corría por entre los laureles.

Al ver a Vanessa que echaba a correr, no la reconoció de pronto, pero cuando se volvió, pudo ver su traje plateado que asomaba por debajo de la manta y que quedaba iluminado por la luz de la luna. Más tarde, cuando recordó aquel terrible momento de agonía, supo que su primer cuidado había sido en beneficio de su mujer, para que pudiese ponerse en salvo; y esta consideración dominó, incluso, al horror que le causara el crimen. Luego, recordaba también sus palabras: "¡Te amo! ¡Te amo!"

Le inmovilizó el dolor que sentía, y mientras tanto, ella se alejó.

Cuando se volvió para regresar junto al grupo que había en la rotonda, observó, de pronto, que nada le importaba el que su mujer fuese un asesino o no, pues de cualquier cosa que hubiese hecho, él solo tenía la culpa. La había torturado sin darse cuenta. Ella era su esposa, la mujer que amaba, y, además, la madre de su propio hijo. Estaba dispuesto a defenderla aun a costa de su vida.

Con el mayor cuidado, llevaron a la pobre herida a la casa y pronto llegó el médico. Por fortuna no se trataba más que de una herida en el costado, que no interesó ningún hueso, y como la bala atravesó la carne con limpieza, de no sobrevenir complicaciones, Alicia se restablecería en muy poco tiempo.

Pero la situación había sido muy angustiosa hasta que recibieron esta noticia tranquilizadora.

Huberto, que exteriormente estaba tranquilo y que dio las órdenes necesarias, en realidad era presa de gran inquietud y del mayor dolor. ¿Se había marchado Vanessa? ¿Existiría alguna prueba de que ella fue la autora del crimen?

¿Se darían cuenta los criados de que no se recibió ningún aviso de Londres acerca de la enfermedad de su padre? ¿Denunciarían el hecho a la policía? Hizo muy mal aconsejándole que se marchara, pues más conveniente habría sido que se quedase para representar su papel.

Pero nadie podía sospechar de ella. Él cuidó de recoger la pistola, una Colt automática, nueva, y la arrojó a gran distancia, entre los setos. Aun en caso de que la encontraran, no se podría averiguar de dónde procedía, y, ¿quién podía sospechar, por otra parte, que hubiese estado en posesión de Vanessa?

Su esposa había cometido el crimen por amor hacia él. Lo amaba. Y esta idea le dió una gran felicidad, a pesar de la inquietud que sentía.

Cuando los médicos aseguraron que la herida no era grave. Huberto se dirigió a Ralph Dangerfield, quien le llevó a un sofá que había en el salón vacío.

— ¿Dónde está Vanessa, Huberto? Es muy raro que no esté aquí.

Aquellos dos hombres jamás se mintieron en toda su vida, pero ahora Huberto no podía soportar la mirada de Ralph, y por eso volvió su desencajado rostro.

—Es culpa mía, Ralph. Soy el único culpable en todo eso. Es preciso que nos auxiliés en estos momentos horribles. Vanessa se ha marchado a Londres, al lado de su padre.

—¡Dios mío, Huberto! ¿Quieres decirme, acaso, que Vanessa ha disparado el tiro? — exclamó Ralph, petrificado de horror. — Es imposible... No la conoces, Huberto. Es el ser más noble que existe, y por completo incapaz de hacer semejante cosa. Nadie podrá hacérmelo creer.

Huberto, sin ánimo para nada, le estrechó las manos.

— Te digo, Ralph, que yo tengo toda la culpa, pues hice que Vanessa se volviese loca de celos.

— Sí, está bien — contestó Ralph, — pero, ¿qué razón tienes para sospechar de ella?

Ralph Hangerheld se quedó por un momento anonadado, mas ahora su fe en Vanessa surgía vigorosa, a pesar de todas las pruebas.

— Sin duda no he entendido tus palabras, Huberto. Nadie será capaz de lograr que crea que ella ha cometido este crimen.

— Por mi parte, te aseguro que, tanto si es culpable como no — exclamó Huberto con fervor, — la amo y la adoro. Y emplearé mi vida entera en conseguir que me perdone y me ame.

Precisamente entonces, el majestuoso Podder les informó de que se había encontrado al presunto asesino, un loco que se propuso matar, no a la Duquesa, sino a Su Señoría la Condesa.

El señor Podder creía que, además de haberse cometido un crimen vulgar, el asesino dió pruebas de muy mal gusto al querer matar a una hermosa y joven condesa la misma noche en que se celebraba un baile en su honor.

Pero para los dos hombres a quienes una sola mujer importaba más que el cielo o que la tierra entera, tales noticias fueron en extremo alegres.

Esto ocurrió en el primer momento. Luego, cuando Huberto recordó las palabras que dirigiera a Vanessa, se sintió penetrado de humillación y de remordimiento.

CAPÍTULO XIX

Vanessa llegó a su casa de Hampstead cerca de las dos de la madrugada. Su padre dormía profundamente y también los criados, de modo que tuvo que esperar diez minutos antes de que el chauffeur pudiera hacerse oír.

El señor Levey, envuelto en una bata de gruesa seda, bajó rápidamente la escalera. Estaba muy alarmado, y al ver a su luja palideció mucho. Su prudencia instintiva no le abandonó, sin embargo. Llevó a la joven a su saloncito, situado a la derecha del hall, y antes de empezar a hablar, cerró la puerta.

—¡Por Dios, hija mía! ¡Explícame! ¿Qué ha ocurrido?

Vanessa se había dejado caer en un sillón y miraba ante ella con sus ojos fijos y melancólicos, de los que parecía haber desaparecido la vida. Su rostro estaba pálido y ceniciento; su actitud, indiferente; parecía rodearla la tragedia.

No se alteró su mirada, y al contestar, lo hizo con voz monótona.

— Lord St. Austel me ha echado de su casa; dice que he deshonrado su nombre.

El señor Levy se desplomó en un sillón que estaba a su lado.

— Dime en seguida la causa de todo eso. ¿Qué has hecho?

Pareció como si ella no hubiese entendido la pregunta, porque con igual monotonía repitió sus palabras.

— Lord St. Austel me ha echado de su casa. Por esto he venido aquí, papá.

— ¡Pero, Vanessa, querida hija, explícate!

Ella se levantó despacio.

— Estoy fatigada. Deseo ir a mi antigua habitación.

Su voz tenía un tono muy extraño, como si fuese la de un cadáver que por un milagro pudiera hablar. Benjamín Levy se aterró.

— Tendrás que esperar un poco hasta que lo preparen, querida hija; mientras tanto, descansa aquí.

Rápidamente, el señor Levy llamó a los criados y dió algunas órdenes.

Luego, por sí mismo, sirvió una copa de champaña y quiso obligar a su hija a pero ella se negó.

— No tengo sed, papá.

Y a pesar de cuanto dijo, no pudo obligarla a que bebiese. Cada vez que trataba de persuadirla, ella, se limitaba a repetir las mismas palabras, como si fuese una niña.

— No tengo sed, papá.

Cuando la doncella anunció que la habitación estaba dispuesta, Vanessa se levantó otra vez. Su padre, muy apurado, la sostuvo al subir la escalera, y así la llevó a su habitación, tapizada de flores. En la puerta ella se volvió y miró a su padre, quien se fijó en el sentimiento acusador que había en los ojos de su hija.

— No dudo, papá, de que te animaron buenas intenciones cuando hiciste que me casara con Huberto..., pero en realidad has jugado con el alma de dos personas.

Permaneció en pie, llevando aún el espléndido traje de tisú de plata, y el cabello adornado de perlas; había dejado caer su manto

de marta, y a pesar del dolor que la embargaba, su padre se dijo que parecía una espléndida reina.

—¡Oh, hija mía, hija mía! — exclamó emo clonado. — ¿Qué ha sucedido, Vanessa? ¿Qué puedo hacer por ti?

— Déjame dormir, papá. Estoy muy cansada. Es ya muy tarde para todo.

Él trató de insistir para que una de las doncellas la ayudase a desnudarse, pero Vanessa se negó con helada expresión, hasta que, por fin, él se vió obligado a dejarla. Oyó cómo giraba la llave en la cerradura, y lleno de miedo, exclamó:

—¡Oh, hija mía!

— Estoy muy bien, papá. Déjame dormir — contestó ella con su voz monótona.

Viendo que ya no podía conseguir nada hasta el día siguiente, Benjamín Levy se metió en su propio cuarto, para reflexionar. Pronto amanecería. ¿Debería telefonar a St. Austel?

Mientras estaba así, indeciso y agitado por sus pensamientos, oyó una distante llamada.

Era la voz de St. Austel que llegaba hasta él por el aparato telefónico, enronquecida por la emoción: “¿Estaba allí Vanessa?” Y al contestarle que sí, anunció que se ponía en camino inmediatamente.

El señor Levy no tuvo tiempo de decir nada más, porque se interrumpió la comunicación. Lo único que podía hacerse era esperar los acontecimientos.

El pobre padre se vistió, y estaba ya dispuesto en su saloncito, cuando, hacia las cinco de la mañana, llegó el automóvil de Huberto. Éste ayudó a bajar a su primo Ralph y llamó a la puerta de la casa.

Benjamín Levy recibió a los dos hombres con la misma dignidad que solía emplear con respecto a sus clientes, es decir, que lo hizo con la mayor frialdad, en cuanto la doncella les introdujo ceremoniosamente en la estancia.

— Quiero ver a mi mujer — anunció Huberto. — Señor Levy, ha ocurrido un error espantoso.

— Lady St. Austel no desea ser molestada hasta que esté la mañana más avanzada, Milord. ¿Tendrá usted la bondad de decirme qué ha ocurrido?

Entonces habló Ralph Dangerfield.

— Una equivocación horrible...

El padre de Vanessa le interrumpió, diciéndole:

— Toda equivocación requiere una explicación completa. Por boca de mi hija me he enterado de que su marido la echó de su casa.

Entonces habló Huberto, diciendo que, equivocadamente, sospechó de su mujer, confundido por las pruebas evidentes, aunque erróneas. No trató de justificarse, sino que, con altivo acento, dijo la verdad con tan pocas palabras como le fue posible.

En cuanto hubo cesado de hablar, Benjamín Levy se levantó y contestó con cólera y desdén a la vez:

— ¿De modo que usted, Milord, sospechó que mi hija era un asesino y la arrojó de su casa? En ese caso me niego a permitirle que la vea. Todo eso ha ido demasiado lejos.

— Pues yo quiero verla. Usted me obligó a casarme con ella, pero ahora la amo y es mi esposa.

Huberto irguió su alta estatura y centellearon sus azules ojos, de modo que quienes le juzgaban indiferente se habrían sorprendido sobremanera al verle.

—Lléveme usted en el acto a su habitación.

Los dos hombres se miraron cara a cara. Luego, la costumbre que tenía Benjamín Levy de considerar los asuntos desde su punto de vista abstracto, le hizo recobrar el dominio sobre sí mismo, y su cerebro empezó a razonar. Ciertamente, él fué el autor de aquella boda, y también era cierto que un hombre tan honorable, reservado y arrogante como su yerno, no era capaz de mentir ni de esforzarse

en justificarse a pesar de todo. Es probable que Vanessa hubiese estado celosa aunque lord St. Austel se hubiera declarado culpable de no haberla comprendido. ¿Qué podría hacer para terminar felizmente aquel drama? Había de tener en cuenta la realidad y ninguno de los sentimientos personales de cada uno.

Lo más prudente era, pues, que se uniesen los dos hombres para hacer desaparecer las diferencias entre los esposos.

— Iré a preguntarle si quiere verle a usted, lord St. Austel — le dijo. — Pero si se niega a ello, no habrá más remedio que esperar.

Huberto no se fijó siquiera en las últimas palabras, sino que siguió a su suegro, por la escalera, hasta la puerta de la habitación que ocupaba Vanessa.

Benjamín llamó con suavidad.

— ¡Vanessa! — dijo en voz baja.

Llegó la respuesta con la misma voz monótona que antes.

— ¿Qué hay, papá?

— Vanessa, acaba de llegar tu marido y quiere verte.

— No tengo nada que decirle. Déjame tranquila, papá.

— Querida Vanessa, te imploro que me permitas verte aunque sólo sea por un momento — exclamó Huberto, desesperado y lleno de pena y de ansiedad.

— Todo ha acabado ya. Me arrojaste de tu casa..., a mí y a tu hijo.

Su voz monótona atravesaba la cerrada puerta. De pronto llegó a los oídos de los tres hombres un leve y angustiado grito — porque también Ralph Dangerfield se había reunido con ellos, apoyado en su muleta — y los tres se asustaron extraordinariamente.

— ¡Vanessa! ¡Vanessa! ¡Háblame! — exclamó Huberto. Pero en vista de que no le contestaba, añadió: — ¡No puedo esperar más!

Y dando un fuerte empujón a la puerta, rompió la cerradura y penetró en la estancia.

Entonces, horrorizados, vieron que Vanessa estaba sin sentido en el suelo.

CAPÍTULO XX

¿Viviría o se moriría? Los especialistas, a quienes llamaron en seguida, no podían decirlo aún. La pequeña vida que tan débilmente anunciara su llegada a la tierra, había ido a reunirse con los ángeles que se ocupan en estas cosas; y Vanessa yació en el lecho durante muchos días, con las mejillas enrojecidas y los ojos delirantes, hablando sin cesar de su marido, de sus celos, de la Duquesa y de otras cosas dolorosas, en tanto que los tres hombres la cuidaban, esperaban y rezaban. En el castaño cabello de Huberto aparecieron numerosos hilos de plata.

¿Acaso Dios le castigaría de un modo tan tremendo?

No era posible decirlo.

El hecho de que Alicia Lincolnwood se restablecía rápidamente y de que fuese una interesante y romántica convaleciente, que Oscar Isaacson fue internado en un manicomio de incurables, que la sociedad se hubiese interesado y conmovido por lo ocurrido, nada de eso importaba a aquellos hombres; los tres acompañaban constantemente a Vanessa, y lo único que les interesaba era el preguntarse si viviría o si se moriría.

Por fin los médicos dijeron que se la podía considerar ya fuera de peligro, pero que necesitaba absoluta tranquilidad. Nada que pudiese conmoverla debía interrumpir el curso favorable de su curación.

Durante aquel período doloroso, los tres hombres se hicieron íntimos amigos. Había desaparecido ya entre ellos toda tontería relacionada con la diferencia de clases y con los prejuicios. Huberto conocía ya a su suegro en su aspecto verdadero, es decir, como un caballero inteligente y honrado, y Benjamín Levy había logrado atravesar la envoltura de diez siglos de heredado orgullo y vió que su yerno era un hombre de buenos sentimientos.

En cuanto a Ralph Dangerfield, era el deus ex machina, tranquilizando a uno, reanimando a otro y olvidándose a sí mismo y también sus propios dolores físicos en obsequio de los demás.

Pero ninguno de ellos tenía confianza ni era feliz todavía. ¿Cómo estaría Vanessa cuando se restableciese lo suficiente para reanudar la vida? ¿Sería muy profunda su herida? ¿Perdonaría a Huberto y volvería a quererlo?

Todo llega para quienes esperan con paciencia. Y por fin, cuando ya estaba avanzado octubre y las hojas de los árboles empezaban a dorarse y las heladas de la aurora tendían grises nieblas por el mundo, una pálida y frágil Vanessa hallábase sentada cómodamente junto a la chimenea de su bonita habitación; y entonces la saludó Ralph Dangerfield.

Los bondadosos ojos de éste se llenaron de lágrimas al contemplar aquellas manos transparentes y el blanco y ojeroso rostro de la Condesa.

—¡Vanessa, querida primita!

—¡Querido Ralph!

Él le besó afectuosamente sus deditos.

—¡No sabes cuál ha sido nuestra agonía!

— He atravesado casi el valle de la muerte.

—Vanessa, ahora que estás restablecida he de decirte que Huberto te espera con toda su alma.

Ella encogió sus débiles hombros, con expresión paciente.

— Nada me importa ya, Ralph.

— No debes decir eso, Vanessa. Huberto ha sido muy desgraciado. Tan sólo desea decirte que te adora y...

— Y yo no tengo nada que decirle. ¿Por qué se casó conmigo, para destruir todas mis creencias y mi corazón?

— Pero él te ama — exclamó Ralph defendiendo la causa de su primo y con el corazón dolorido. Mas el valor que permite a un hombre conquistar la Cruz Victoria, no le abandona tan fácilmente. Por esto añadió: — Es preciso que le veas, Vanessa, y que le permitas defender su causa.

— Si él lo desea, le veré, pero ya nada me importa.

CAPÍTULO XXI

Al día siguiente, y a hora avanzada de la tarde, Huberto recibió el permiso de visitar a su esposa. Tan sólo estaba encendida una lámpara de la habitación, provista de una pantalla de suave color rojo, y, además, la estancia quedaba alumbrada por el fuego del hogar.

Él llegó sin hacer ruido y acercó una silla baja junto al sofá en que la joven estaba tendida.

—¡Vanessa! — murmuró con voz insegura.

Luego, las lágrimas surgieron de sus azules ojos y los cubrieron como si fuesen una niebla.

Ella lo miró con la mayor indiferencia y sin la menor emoción. A su lado veíanse, en un enorme jarrón, las rosas encarnadas que él le enviaba todos los días. Y la abundancia de tales flores, que se hallaban en toda su lozanía, como propias de invernadero, parecía casi ridícula en octubre. Pero Vanessa era una rosa blanca, fría e indiferente.

— Muchas gracias por las flores — dijo. — Huelen deliciosamente.

— Te amo, Vanessa—dijo él con voz entrecortada. — Durante estos días me parece haber vivido en el infierno. Todo era espantoso, especialmente mi gravísimo error y el dolor que he sufrido luego. Quiero hacer desaparecer todo eso. Dentro de una semana te llevaré al Sur y me esforzaré en lograr que olvides al hombre brutal que has conocido.

Ella encogió sus enlaciados hombros una vez más, del modo que le era habitual.

A poco entró la enfermera, y frunció el ceño al ver a Huberto, pues descubrió en la convaleciente algunas señales de excitación. No dijo nada, sin embargo, aunque antes de marcharse indicó a Huberto que no podía permanecer allí durante mucho rato.

— No sabes, Vanessa, lo avergonzado que estoy de mí mismo por lo que te dije. ¿Cómo pude creer, por un momento, que eras capaz de matar a Alicia? Ignoro como fué, pero me indujo a creerlo el hecho de que el revólver estuviese a tus pies. ¿Podrás perdonarme? Por mi parte no me perdonaré nunca.

— Se perdona y se olvida; ésta es la tragedia de las cosas — contestó Vanessa. — Ni tú ni tus contriciones me afectan en lo más mínimo. ¿Qué importa ya todo eso? — añadió, reclinándose, fatigada.

Huberto había sufrido tanto que no quería decir una sola palabra ni hacer nada que pudiese agitarla. Por esto no se atrevió a hacer lo que deseaba, es decir, estrecharla en sus brazos y convencerla de su amor y de su arrepentimiento, con la cabeza de ella apoyada en su

pecho y con los labios unidos. Y retrocedió desesperado, comprendiendo que todo había concluido.

¿Qué podía hacer si nada le importaba ya?

Vanessa se rió suavemente, con risa que él no oyera nunca, porque en ella no había alegría alguna.

— El Sur será muy agradable, y, así, podremos gozar en tu mundo mientras tengamos que estar allí. — Luego, con mayor pasión, continuó: — Me tomaste cuando era joven y me animaba la vida, cuando te amaba con toda el alma, y luego te arrepentiste de tu error. Te avergonzaste de que la hija del prestamista te hubiese atraído... por una sola noche.

Volvió a reírse sin alegría, como pudiera hacerlo un resucitado al pensar en sus últimas locuras en la tierra.

— ¡Me despreciabas! Y tú, que te casaste conmigo, ¿qué razón vergonzosa te indujo a ello?

Huberto irguió orgullosamente la cabeza por un momento, pero no contestó.

— En fin, todo ha terminado. Ya no hay más humillación, deseo, amor o pena. Podremos ser buenos amigos, porque nada de lo demás tiene ninguna importancia.

Él se disponía a replicar, cuando la enfermera entró de nuevo; se levantó, se despidió en pocas palabras y se encaminó a la puerta.

— No tengo nada más que decirte, Vanessa, sino que te amo. Es todo lo que puede decir un hombre.

Luego cerró la puerta sin hacer ruido.

Los demás comprendieron en seguida lo ocurrido por la actitud de Huberto, quien no tuvo necesidad de decir nada.

Entonces, Benjamín Levy comprendió que había llegado la ocasión de decir a su hija la verdad, en vista de que se mostraba irreductible.

Le resultaba muy amargo tener que desnudar su alma ante su hija, pero si convenía hacerlo, era preciso no perder tiempo.

Pasaron dos días, durante los cuales ella no vió más que a Ralph hablaban de cosas abstractas, cuando su padre se presentó ante ella.

-Tengo que confesar una cosa a Vanessa.

La joven levantó la cabeza, extrañada.

— Sin duda te has figurado algo raro, como razón de que tu marido se casara contigo. Yo le acorralé, de manera que él no tuvo otro remedio.

Entonces le refirió detalladamente la transacción, y después del primer momento de orgullo herido, se apoderó de él de tal manera lo dramático de la situación, que, entusiasmado, advirtió la emoción intensa que sentían su hija y él mismo.

— Si él te amaba o no, hija mía — terminó diciendo, — es cosa que ignoramos. Ahora reflexiona sobre eso, analiza la situación y decide lo que más te convenga. Si amas a lord St. Austel, con quien me propuse casarte, no dejes que un tonto orgullo femenino o un amor propio mal entendido pueda separaros. Ahora elige, hija mía.

Vanessa permaneció muda e inmóvil después que su padre la dejó, porque ante ella se ofrecía una nueva perspectiva.

¿Qué hubiese hecho ella misma en iguales circunstancias? Su sentido de la justicia le dijo que tal vez no se habría portado siquiera tan bien como Huberto.

Y la gran emoción que le causó la comprensión de todo, derritió el muro de hielo que le rodeaba el corazón.

—¡Huberto! — exclamó en su solitaria estancia, como había hecho en otra ocasión; pero ahora el Hado le contestó.

Porque Huberto entró silenciosamente, llevando en su mano unas rosas encarnadas.

—¡Huberto! — repitió ella.

Él se acercó y se arrodilló a su lado. Algo contuvo las palabras de Vanessa, que se sintió incapaz de hablar.

— Voy a dejarte, querida mía — dijo él con la mayor tristeza. — Cuando estés completamente bien, volveré a verte para sujetarme a tus deseos.

—¡Huberto!—exclamó ella, mientras su alma, que acababa de despertar, centelleaba en el fondo de sus insondables ojos negros. —¡Huberto! ¡Yo no lo sabía! No pude adivinarlo nunca... ¿Es verdad que todavía puedes amarme?

Se interrumpió, de pronto, al ver que sus azules ojos estaban llenos de apasionadas emociones; intensa felicidad se apoderó de ella derritiendo su torpor y llevándose, de paso, todos los muros que las ilusiones engañosas habían erigido entre ambos.

—¡Qué tontos hemos sido, Huberto! Si yo tengo algo que perdonar, lo perdono; si tú tienes algo que olvidar, olvídalo, porque ya han desaparecido de nuestros ojos todos los vendajes de nuestra ceguera de amor. Yo te amo... y tú me amas.

Y diciendo esto, cayó entre sus brazos.

Hay besos que valen por el pasado, el presente y lo venidero.

Pero tan sólo los conocen quienes han pasado por el fuego purificación y éstos son bendecidos por Dios mismo.

FIN DE "CEGUERA DE AMOR"

EL CONTRASTE

CAPÍTULO PRIMERO

Te adoro como siempre, ya lo sabes — dijo él en francés, su idioma, y se sentó con nervioso fervor junto a la pálida y esbelta mujer que lo miraba con sus grandes ojos de color azul oscuro, desde el sofá en que estaba sentada.

Su sencillo saloncito, en uno de los nuevos hoteles de París, era una estancia muy linda, donde ella imprimiera su buen gusto personal en los varios y pequeños objetos que la rodeaban. Veíase un gran piano abierto, y una hoja de música caída en el suelo. La joven estuvo cantando para sí misma, hasta el momento en que llegó su compañero.

—¡Eres tan espiritual y tan encantadora, Paulina querida! — continuó diciendo él. — Estoy seguro de que no hallaré nunca otra mujer que me atraiga como tú. Ahora mírame y dime que me amas igual que siempre. Pero, ¿estás todavía enojada porque no pude venir ayer, como esperaba? ¡Qué cruel eres!

— No he estado enojada en manera alguna — contestó la joven, con voz cariñosa y mientras se humedecían sus irlandeses ojos. — Lo que ocurre, Andrés, es que empiezo a extrañarme, eso es todo. Mucho han cambiado las cosas entre nosotros. Antes, nada habría sido bastante para alejarte de mí, cuando, por caso raro, el Destino

nos concedía la ocasión de vernos, pero ahora, desde mi regreso a París, es decir, desde agosto último...

E hizo una pausa, en tanto que su interlocutor le besaba apasionadamente la mano.

Era muy guapo y poseía aquella innominada cualidad que atrae y que desafía toda clasificación. Imposible habría sido el averiguar la razón de que le hubiesen amado tantas mujeres, y por qué aquella mujer, precisamente, entre todas las demás, le había dedicado la profunda devoción de su corazón.

— ¿De manera que empiezas a extrañarte? — dijo él mientras se encendía en sus oscuros ojos un resplandor irónico y seguía acariciando su delicada mano. — Cuando se empieza a reflexionar se mata el amor. Tal vez quieras hacerme reproches, porque habiendo muerto mi padre y no existiendo ya su oposición a que yo me casara con una extranjera...

— Jamás he tenido que dirigirte reproche alguno, Andrés.

— No. Siempre has sido encantadora, divina; pero he de pensar en mi madre. La señora Marquesa tiene opiniones religiosas muy rígidas, y el que su nuera fuese protestante le destrozaría el corazón.

— ¿Y de mi corazón no hay que hacer caso? — preguntó Paulina con cariñosa entonación. — ¿No cuenta nada mi corazón, Andrés?

— Naturalmente que sí, chérie — contestó en tono en que se advertía cierta impaciencia, bajo el fervor de sus palabras afables. — ¿No sigo queriéndote como antes?

Ella levantó las cejas, se puso en pie, y decididamente se acercó al fuego.

— Siempre ocurre lo mismo — dijo extendiendo las manos hacia la brillante llama. — Una mujer no es capaz de comprender la situación de un hombre... o las dificultades con que tiene que luchar éste.

Su rostro, de correctas facciones, palideció aún más, y sus bellos ojos adquirieron dolorida expresión.

— Y no es así, moa ami — continuó diciendo. — Te he excusado y he hecho por ti cuantas concesiones me ha sido posible. No te reconvengo. Cada uno debe reconvenirse a sí mismo cuando los demás cambian. Por más que hagas no puedes evitarlo. Eres un hombre y has de seguir tus instintos.

— Puesto que hemos sido tan felices, ¿para qué estropear así nuestra dicha? — suplicó, volviendo al sofá en donde ella se había acurrucado entre almohadones.

Y se disponía a estrecharla entre sus brazos, pero la joven se alejó a fin de evitarlo.

— ¿Para qué sirven las caricias, querido Andrés?— preguntó ella. — Nada significan ya, en cuanto ha muerto el sentimiento que las inspiraba. Para mí, jamás fueron otra cosa que la exteriorización del sentimiento delicado de nuestras almas. No me toques ahora, porque eso me causaría un dolor moral.

El joven se encogió de hombros, como leve movimiento de exasperación, y luego, sojuzgado por los encantos de ella, apasionadamente se arrojó al suelo, de rodillas, y hundió su rostro en el regazo de la joven.

—¡Oh, te amo, te amo mucho! ¿No has tenido toda clase de pruebas de ello desde el momento en que te oí cantar en casa de mi tía la princesa de Renvillier? ¿No puse a tus pies mi vida entera? Grand Dieu! ¡Cuántas horas de desesperación pasé hasta que logré convencerte de que lo abandonarás todo y correspondieses a mi amor! ¡Y cuál no fué nuestra dicha! ¡Y ahora me niegas tu simpatía, cuando me veo obligado a pensar un poco en mi familia, es decir, cuando la situación es difícil para mí! ¡Las opiniones religiosas de mi madre!... ¡Oh, si me quisieras de verdad, no te acordarías de nada más que de mí!

La suave criatura se arregló su negro y ondeado cabello, y sus tristes ojos expresaron la ternura de un ángel.

— Nunca he pensado en otra persona que en ti, Andrés. ¿Te figuras que no me ha costado nada ...a mí, que jamás he tenido a

nadie en mi vida..., el estar obligada a verte siempre en secreto, como ahora, y el tener que ser desconocida en todo momento, cuando tú y yo somos libres? Mientras vivió tu padre comprendí la razón, pero ahora... Sin embargo, no digo nada. Y no quisiera retenerte más que por los lazos del amor. Y si éstos no te sujetan ya, en tal caso puedes alejarte con entera libertad. Estoy completamente persuadida de que ya lo sabes.

— Siempre llega el momento en que todos tenemos que pensar en nosotros mismos — dijo el joven, abandonando su postura de rodillas y empezando a pasear, con inquietud, por la estancia. — Mi madre me propone la mano de Mademoiselle de Boisgelin, y mi negativa a tomar tan sólo en consideración esta idea, es causa de grandes disgustos. Seguramente te das cuenta de cuál es mi situación, ¿no es verdad, querida mía? ¿Por qué me miras de ese modo, Paulina? Si me amaras, en realidad, como tantas otras veces me has asegurado, estarías dispuesta a hacer cualquier sacrificio por mí.

— ¡Si te amara! ¡Ah! — dijo, mientras en su voz temblaba toda la emoción que tanto conmovía a su público cuando cantaba sus baladas. — ¿Qué quieres? Dímelo, amado Andrés, y verás como lo hago en seguida.

Pero él no fué capaz de traducir en palabras lo que quería, pues sus impulsos eran demasiado contradictorios. ¡La joven resultaba tan seductora y delicada, con su figura esbelta y atractiva y su cabecita morena! En aquel momento, no tuvo más remedio que obedecer al magnetismo de sus extraños ojos, que parecían contener el misterio del Oriente, a pesar de su tono azulado, propio de los países del Norte. Y el joven fué a sentarse de nuevo en el sofá, a su lado.

— ¡Te adoro! — exclamó, apasionado. — Pero, ¿qué puedo hacer?

— Ante todo tener valor, Andrés — dijo ella, — y confesarme la verdad. Te dejaré inmediatamente, si eso es lo que deseas.

— No es eso; de verdad que no, Paulina — protestó él. — Me gustaría verte siempre, aunque tuviera que casarme con

Mademoiselle de Boisgelin. Hay momentos en que nadie más que tú es capaz de consolarme. Pero, como podrás comprender, antes que mis pensamientos egoístas he de tener presente mi deber para con mi madre; es preciso no herir sus escrúpulos religiosos. Estoy seguro de que con la delicadeza de tu alma te habrás dado cuenta de todo eso, ¿no es cierto?

— Lo comprendo todo, Andrés — contestó ella sin la menor sombra de amargura en la voz. — Los que como yo hemos de trabajar en el mundo y estamos solos, no tenemos más remedio que aceptar lo que nos manda el Destino, hasta que seamos bastante fuertes para vencerlo; pero dame un poco de tiempo para reflexionar. Los seis meses durante los cuales nos hemos amado, parecen haber absorbido por entero mi vida y todas mis facultades. Cuando te hayas marchado me sentiré demasiado sola.

Al oír estas palabras, él estalló en frases apasionadas. Era imposible. No podría abandonarla... por completo. Necesitaba que ella siguiera pensando en él, consolarle y simpatizar con su dolor, al verse obligado por el Destino a casarse con otra mujer.

— No debemos engañarnos a nosotros mismos, Andrés — dijo, mientras en sus ojos brillaba un destello de humorismo melancólico. — Estas razones que ahora te esfuerzas en explicarme, también existían antes, al principio de nuestras relaciones; pero entonces parecían no pesar nada en ti. Algo había que importaba más que eso, y ni tú ni yo éramos dueños de dominar otra cosa...: la emoción. Eso es como la suerte de la guerra. Tú has sido el Primero en sufrir la desilusión; y eso podría haberme sucedido a mí Primero que a ti.

Él levantó la cabeza, sorprendido. La sospecha de que en cualquier circunstancia ella pudiera dejar de amarle, le parecía demasiado imposible para creerla. Pero Paulina continuó, sin hacer caso de la mirada de Andrés:

-Y, por consiguiente, puedes seguir tu camino. Yo iré por el mío.

Tales palabras dieron un nuevo aspecto al asunto y él empezó a protestar. Habría sido mucho más fácil que ella le hiciera una escena, más de una o dos había sorteado, en el curso de su vida, con sus propias compatriotas. Éstas fueron más o menos lo que podía esperarse que fuesen, mientras transcurría el episodio amoroso, y la apreciación del elemento dramático de aquellas mujeres fué siempre, para él, cierta compensación de las dificultades que llegaron a oponerle. Mas ahora tenía delante a una mujer, quien, según le constaba, sentía verdadera adoración por él y que, sin embargo, se manifestaba dispuesta a dejarle en libertad sin hacerle el más pequeño reproche y expresando, incluso, la posibilidad de reconstruir su vida sin el auxilio de él. Era más de lo que podía soportar.

Hundió el rostro entre las manos, con gesto de desesperación, y por entre los dedos dijo en tono quejumbroso:

— Jamás me has amado de verdad, Paulina, pues, de lo contrario, no podrías hablar de esta manera. Poco puede importar a nuestra felicidad el hecho de que deba casarme o no. ¿Por qué no habremos de seguir de la misma manera que ahora y dejar a un lado toda idea de separación? Grand Dieu! No tienes la menor concepción de lo que es amor, porque de tenerla comprenderías perfectamente.

Levantóse Paulina, se encaminó hacia la chimenea y miró las llamas; toda ilusión quedaba aniquilada por completo. Mientras miraba hacia los ardientes leños, vió clara la situación. Ciertamente, Andrés la amó con pasión seis meses antes; entonces no pensó siquiera en que ella ocupase un segundo lugar. No existía más que la dificultad de las leyes matrimoniales francesas y la imposibilidad de alcanzar el consentimiento de su padre, el anciano Marqués; esto fue lo que impidió su matrimonio. Andrés estaba loco por ella, y ninguna prueba de su adoración le pareció exagerada, por lo menos durante tres meses. Entonces la enfermedad de su hermanita, en julio, en la tranquila escuela inglesa en donde vivía, obligó a Paulina a pensar en otras cosas y a ausentarse de París. La hermanita para

quien trabajaba, y que fué todo lo que amaba en el mundo, hasta que se interpuso en su vida aquel hombre con su apasionado amor.

Durante el mes de su ausencia, ocurrieron grandes cambios. Murió el anciano Marqués, y ella regresó a París, ya tranquila acerca de su hermanita, que se hallaba convaleciente; su corazón estaba lleno de alegre esperanza al pensar que, por fin, acababan de desaparecer las últimas barreras que le impedían alcanzar la felicidad, y que no era ya necesario el disimulo que tanto lastimara su orgullo.

Entonces, mientras contemplaba las llamas, sus pensamientos pasaron revista a los pequeños cambios que observaba. La angustia gradual y creciente que empezó a experimentar todos los días, a pesar de no tener ninguna prueba verdadera que la convenciese de que Andrés ya no la amaba. El joven se extendía en protestas locamente apasionadas, luego le ofrecía excusas por pasarse una semana sin verla, y cada vez que volvía a su lado parecía cambiado de un modo u otro.

Al mirar hacia atrás, observó que se había habituado a confiar en sus palabras, a fijarse en su humor y a reprimir su justo resentimiento a medida que pasaba el tiempo y persistía la misma vaguedad acerca del futuro. Sus sufrimientos fueron prolongados y, sin cesar, crecían en intensidad, pero había llegado el momento crítico; Andrés quería casarse con otra mujer, y a pesar de ello deseaba continuar siendo su amante. Tan horrible propósito le daba la impresión de que sus propios ojos ardían, y un desconsuelo absoluto invadió su alma. Eso sólo significó el amor para él, aunque ella, por su parte, le dió algo que valía mucho más. De pronto extendió sus manos al calor, aquellas manos refinadas y transparentes que Andrés siempre había admirado. Y aquel sencillo gesto atrajo al joven de un modo sutil, pues de un salto se halló a su lado.

— Cuando estoy junto a ti, Paulina mía — dijo, —olvido todo lo demás.

“Y en cuando estás ausente, vuelves a acordarte de todo”, pensó la joven. Pero no habló, aunque sus ojos expresaron tanto, que él empezó a sentir cierta incomodidad.

Guardaron silencio unos momentos; luego, ella habló, haciendo uso de todo su dominio sobre sí misma, para hacerlo con calma, tranquilamente:

— Vete ahora, mon ami, y no vuelvas más hasta que te hayas dado cuenta de que yo tengo para ti más importancia que otra cosa alguna en el mundo. Toma uno o dos días para pensar en eso, y luego comunícame tu resolución.

Y hablando así, le tendió la mano.

Él la tomó, la besó con pasión, y murmurando muchas cosas acerca de su amor y de que ella no comprendía sus necesidades, abandonó, por fin, la estancia, muy agitado y prometiendo volver al cabo de tres días.

La joven, una vez sola, continuó mirando al fuego y sintiendo su corazón inundado de amarga desesperanza. Luego, dominó su emoción y fue a vestirse para cenar en la casa en donde debía cantar. Aquellos ricos norteamericanos eran tan bondadosos, que el importante cheque que recibiría a la mañana siguiente permitiría a la artista llevar a su hermanita al sur de Francia para pasar cómoda y tranquilamente las Navidades. No tenía, pues, tiempo para pensar en su propio dolor, porque la esperaba su trabajo.

CAPÍTULO II

Tres días más tarde, Paulina hallábase sentada a su escritorio, pero la pluma permanecía ociosa, y su morena y refinada cabeza se había inclinado con expresión de dolor y de fatiga. En la mano tenía arrugada una carta de su amante. Era evasiva, estaba llena de frases amorosas, mas no daba indicación alguna acerca de lo que se proponía hacer.

Pasados eran ya los tres días que le diera de plazo. En aquel instante sonó el timbre del teléfono, y la joven, con apresuramiento febril, se acercó al aparato. Mientras escuchaba la voz masculina que presentaba sus volubles excusas en su agradable francés, palideció el rostro de Paulina y en sus azules y grandes ojos pareció perlificarse la mirada. El Destino era mucho más fuerte que él. Salía aquella misma noche para Montecarlo, pero se apresuró a decir que seguía amándola como siempre. Ella le contestó con voz tranquila y en apariencia indiferente, mas al mismo tiempo se tambaleó, temblando de pies a cabeza. La novela de amor había terminado, cerrándose aquel Capítulo de su vida y, por lo tanto, no debía permitirse a sí misma llorar ni apenarse, pues no tenía tiempo para ello. El llanto le estropearía la voz, y ésta era la única cosa con que ella y su hermanita podrían contar para el porvenir.

— Bon soir, André! Bon voyage! — dijo, antes de colgar el receptor del aparato.

En el momento en que lo hizo, alguien llamó con fuerza a la puerta, y, tras un instante de indecisión, un hombre de elevada estatura entró en la estancia.

Se hallaba pálido, y parecía estar fatigado y arrecido. Se acercó al encendido fuego, e inclinando la cabeza en sus manos, permaneció

un momento sin hablar. Luego, con voz grave, que dejaba adivinar su acento norteamericano, dijo:

— Me embarco mañana. ¿Quiere usted hacerme un favor? Estoy verdaderamente derrengado. ¿Quiere usted servirme una taza de té?

Ella oprimió en seguida el botón del timbre. Luego, miró a su interlocutor como si con mirada nueva examinara toda su persona. Aquel hombre iba muy bien vestido; todos los detalles de su persona eran distinguidos, desde su castaño cabello hasta sus grises ojos.

Cuando llegó el camarero, Paulina le encargó una sopa, sandwiches y una botella de Oporto. Después que el recién llegado se hubo calentado las manos ante el fuego, se acercó al sofá y se sentó. Entre ambos había un gran almohadón de color azul pálido; él se reclinó en el respaldo y cerró los ojos. Antes de que trajeran la sopa y los sandwiches apenas habló, pues se limitó a decir que había estado ocupadísimo todo el día, para terminar sus quehaceres, pero que no pudo resolverse a marcharse sin antes verla.

— Tengo que decirle algo interesante, mi querida señora — anunció.

Su voz era tan grave como solía ser la de sir Charles Wyndham ^[5] en los días en que representaba obras de David Garrick ^[6], y apenas usaba ningún americanismo, aunque su acento revelaba su nacionalidad, cosa que resultaba atractiva. Y, ante todo, lo que se advertía al verle era que estaba dotado de una fuerza tranquila y contenida.

Apareció el mozo con una bandeja en que se veía lo pedido, y el recién llegado comió y bebió en silencio, mientras lo observaba aquella mujer morena y esbelta, con los párpados bajos. Por último, él se levantó, después de terminar la refacción, y llevando la bandeja a una mesa distante, volvió a sentarse, fijando sus grises ojos en el rostro de la joven.

— ¿Qué disgusto tuvo usted por teléfono? — preguntó. — Cuando entré, sus misteriosos ojos parecían los de un gamo herido. Dígame,

¿he descubierto, sin querer, algo relacionado con usted que todavía ignore?

Ella unió apresuradamente las manos.

Nada ni nadie la disgustó, dijo. Habíase encontrado un poco indispuesta y nerviosa, y por esta razón contestó algo desagradable a la persona con quien había estado hablando.

— Pues, en tal caso, esa persona debe de importarle mucho — repuso su apacible interlocutor. — Tiene usted el aspecto propio de alguien a quien le han arrebatado la fuerza vital. ¿Quiere hacerme el favor de escucharme unos instantes?

Paulina murmuró su asentimiento, y él empezó a hablar en aquel curioso estilo narrativo que tienen los norteamericanos. No movió en lo más mínimo sus manos o su persona mientras hablaba, de tal manera que no estuviera menos inmóvil de haber sido una estatua de bronce, mientras decía:

— ¿Cuánto tiempo hace desde que cenó usted con Brooklyn Vickers, los Hamley y yo? ¿Cuánto? ¿Tres años? Pues bien, a partir de aquel momento, nunca ha dejado usted de estar presente en mis pensamientos. No quiero decirle con eso que haya estado recordando su imagen día y noche, porque tengo mi trabajo y mi vida que me ocupan, pero los pensamientos que un hombre puede dedicar a sus amores, han sido por completo suyos. Aquella noche llevaba usted un traje negro y un sombrero de una gran pluma que proyectaba sombra sobre sus ojos. ¿Se acuerda usted? Cenamos en el restaurante de los Espejos, cosa que no fue de su agrado. Pero Brooklyn Vickers iba a prestarle su automóvil particular para su viaje artístico, y por esta razón tuvo usted que estar amable con él. Me acuerdo de que luego hablamos de usted, y Brooklyn dijo que nuestro país no produce el tipo de mujeres semejante al suyo, aunque las nuestras eran más guapas, por regla general. Añadió que usted tenía, en cambio, una distinción mucho mayor, que, según suponía, tan sólo podía dar la educación que se recibe en un país antiguo. Y recuerdo que dijo: "Nuestras cantantes de concierto no

tienen el aspecto de lirios blancos, entre la multitud de peor condición que puebla un restaurante". Además, su voz era tan suave, su naricita tan fina, que sus aletas se dilataban cuando hablaba...; y también me fijé en sus maravillosos ojos. No creí que existiese algo tan azul violeta como sus ojos... Sin embargo, no me pareció usted hermosa entonces, sino tan sólo una persona interesante, y, desde luego, como todos los demás, admiré su talento, porque canta usted como los ángeles. Pero mientras la miraba, observé que había una especie de sombra, una especie de hoyuelo en el lado izquierdo de su boca, y antes de terminar la cena me sentía dispuesto a dar la mitad de mi ferrocarril a cambio de besarla.

La esbelta mujer hizo un movimiento casi imperceptible, mas él continuó sin advertirlo:

— ¿Se acuerda usted de que permanecí en su saloncito cuando regresamos al hotel St. Regis? Los demás se despidieron pronto, y nosotros conversamos acerca de algunas sutilezas. Usted me dijo que yo era el único norteamericano, entre todos los que había encontrado, que no fuese positivista, y que por eso me creía digno de discutir con usted. Bien, ya veo que se acuerda, de manera que pasaremos sobre estos detalles. Entonces yo no la amaba; eso no ocurrió hasta otra noche en que me vi en su saloncito... Y perdí la cabeza y se lo dije. Usted me contestó que no deseaba ningún amor, pues le bastaba el cariño y el bienestar de su hermanita, por la que trabajaba. En aquel momento me pareció usted una mujer orgullosa y espléndida, dispuesta a luchar sola y sin miedo de hacerlo ni de subir la empinada pendiente, a pesar de que una buena parte de nuestra prensa estaba, en cierto modo, contra usted. Y, sin embargo, estoy seguro de que entonces ya sabía usted lo mucho que yo podría darle. Pero, en fin, ya recordará que, según le dije, la respetaba mucho y que deseaba ser su amigo. ¿No lo he sido fielmente desde entonces?

Paulina inclinó la cabeza, y en voz baja murmuró:

— Sí.

— Con frecuencia la vigilaba en Nueva York — continuó diciendo, — cuando usted no lo sospechaba siquiera. Usted parecía estar siempre tranquila, dueña de sí misma, pálida y digna entre la gente que la invitaba, después que se hubieron convencido de que tenía buena voz. Sus ojos parecían ser magnéticos. Usted nos pasaba revista a todos, y algunos éramos de su gusto. Me recordó usted a una reina de la historia, pues se manifestaba cortés con todos y, sin embargo, parecía hallarse, con su alma, en lo más alto de una montaña. Estoy persuadido de que nadie logró penetrar en el círculo de sus verdaderos pensamientos. Yo la observaba y la analizaba, y todo hacía aumentar el pasmo y la admiración, que estaban ya a punto de convertirse en amor. Me parece que fué en el vapor, al regresar juntos a Norteamérica, en su segunda visita a aquel país, cuando usted apenas si me dirigió la palabra en toda la travesía... Entonces empecé a creer que era usted una mujer hermosa. Esta observación la hice de pronto, y ahora he llegado a creer que es usted la mujer más hermosa que he visto en mi vida. No, no se sonría burlonamente..., porque no le hago ningún cumplido al decir eso. Tal vez otros no compartan mi opinión, pero yo no hago más que expresar mi convicción personal.

Hizo una pausa, y con la mano volvió a hacer una pantalla para sus ojos. Paulina no dijo una palabra, por lo que continuó hablando él:

— Entonces me fui a cazar al Canadá y, como recordará mandé algunos armiños a la señora Hamley, aunque me habría gustado poder enviar a usted algunas pieles u otra cosa cualquiera que necesitara. Solía salir por las noches, a la luz de las estrellas, y al mirarlas pensaba en usted; también se ofrecían a mi visión mental imaginarias escenas de lo delicioso que sería tenerla en mis brazos y sentir que no estaba dominada por el orgullo ni trataba de resistir, sino que se sentía feliz de que yo la abrazara. Nunca lograba alejarme de la ilusión de estar viendo sus ojos. Algunas veces me parecía reconocer su mirada en algunos de los animales que se me ponían a tiro, y en tal caso no disparaba contra ellos. En fin, regresé, y como usted llegó del Oeste antes de lo que yo esperaba, no la

pude ver. Entonces salí a viajar en mi yate, y siempre experimentaba las mismas sensaciones, y siempre me parecía ver las mismas cosas. Por las noches, cuando las oscuras olas se rompían contra los costados de la nave, me parecía ver otra vez sus ojos; aunque entonces comprendí que jamás podría conquistarla, ni la conquistaría ningún hombre, a no ser que usted le amase. Después de eso me entregué al trabajo, ocupando todo mi tiempo, y gané muchos más millones de dólares. Esto absorbe a un hombre, le hace llevar una vida mucho más excitada y le hace olvidar cualquier antiguo empeño. Más tarde, la seguí por Europa. Usted se mostró amable y cortés, como siempre, y nos vimos muy pocas veces. Ya recordará que estaba usted descansando después de una temporada de trabajo intenso y veía a muy pocas personas. Comprendí que mi empeño era inútil. Usted me repitió, según ya me advirtiera en Nueva York, que no le gustaba la amistad de los hombres casados. Este es el mayor inconveniente de los norteamericanos; nos casamos demasiado jóvenes, sin tener aún el discernimiento necesario; y cuando un muchacho de veintiún años se casa con una muchacha, por la sencilla razón de que le gusta su rostro, no son muy abundantes las probabilidades de que su vida resulte feliz. De todos modos, según ya sabe, mi mujer no cuenta nada en mi existencia, porque todo ha terminado entre los dos, y ella lleva la vida que mejor le parece. Tiene cuánto dinero necesita, y yo no le intereso en lo más mínimo. Por mi parte, no tengo preocupaciones tontas, y estoy persuadido de que la Suprema Inteligencia puede leer mucho mejor en el corazón de un hombre y juzgar con más justicia los motivos de su conducta que la ley convencional que se ha establecido entre los humanos. Lo que más importa y lo único que hay que tener en cuenta, es la posibilidad de alcanzar finalmente la dicha. Yo la he observado a junio último estaba usted había reanudado sus concierne figuré que era feliz. Y su empeño era inútil, me resigné a esperar. Así, pues, me encaminé de nuevo a América, a bordo de mi yate. Regresé el mes pasado, pero usted se hallaba en Suiza, de manera que me ocupé en mis asuntos de negocios, en Londres, y esperé hasta que vine aquí. El miércoles pasado me enteré de su regreso y por eso telefoneé. Y al entrar en

esta habitación, vi que estaba usted cambiada, pues en sus ojos hay una expresión completamente distinta. No es usted tan feliz como era. Si tiene novio, estoy seguro de que la trata mal. Conozco los menores detalles de su fisonomía y todos los movimientos y gestos que es usted capaz de hacer. Ese mismo día se mostró usted amable; hablamos y se esforzó en estar alegre. En cierta ocasión, en mi cazadero, tuve un caballo que era el ser más orgulloso de cuantos han nacido; un día lo enganché a un carro y quise obligarle a que tirase de él. Entonces el animal me miró de un modo semejante a como lo hace usted ahora, y a coces destrozó el carro.

Paulina, enojada, cerró los puños convulsivamente, pero no dijo una palabra. Hasta entonces su interlocutor no había tocado siquiera los almohadones, sino que permaneció sin moverse. La miró con expresión de tranquila ternura, y, luego, continuó.

— ¿Tiene usted novio, verdad? Sí, no hay necesidad de que me lo confirme. Pues bien, mientras él la haga feliz, yo permaneceré tranquilo y quieto, porque a usted le corresponde lo mejor de este mundo. Es preciso que sus magnéticos ojos no atraigan más que la felicidad. Tal vez no pueda comprender a un hombre como yo, dispuesto a quedarse en segundo término mientras sea usted feliz, y es posible que por esta causa se imagine que no la amo.

Entonces habló Paulina, y sus ojos expresaron a la vez ironía y dolor. Dijo que le parecía muy extraordinario, porque la experiencia de la vida le había demostrado que los ingleses y los franceses no piensan más que en sus propios intereses, deseos y placeres, y nunca en si proporcionan el dolor o la felicidad a una mujer. Los sentimientos de ésta jamás tenían importancia alguna y resultaban molestos en caso de ser antagónicos con las ambiciones, la comodidad o el placer del hombre; un inglés o un francés creen tener el derecho justificado de dejar a un lado a una mujer, como si fuese un guante usado, en cuanto se ha cansado de ella, y encima es capaz de dar toda clase de razones que justifiquen la honorabilidad y la necesidad de su acto. Pero el permanecer en segundo término, para que otro hombre dé la felicidad a una mujer,

o dejar de causarle un dolor en su propio beneficio, debía de ser un caso muy raro en cualquier país.

El norteamericano no contradijo este punto de vista.

— ¿Es así? — preguntó él tranquilamente. —

Pues yo considero el amor de un modo distinto. Ahora voy a decirle cómo la amo. Sueño con dar a usted todo lo que pueda apetecer su corazón, haciendo que toda su vida sea tranquila y apacible, en caso de que el dinero y mi amor puedan lograrlo. No tengo el más pequeño deseo de comprometerla. Hay a mi disposición recursos para arreglar la situación de manera que nadie se entere. Incluso, si lo deseaba, me abstendría de verla con frecuencia; en cambio podría usted ir conmigo en mi automóvil hacia una región solitaria, y a veces a mi cazadero. No tenga cuidado, porque lo haría preparar para sus lindos piececitos. Y le daría una casa en Londres, o aquí, o en cualquier lugar donde le pareciese mejor, y también todo cuanto puede complacer a una mujer. Además, tendría usted libertad absoluta para visitar a quien quisiera y para hacer cuanto le viniera en gana. Yo me ocuparía constantemente en adivinar cómo podría complacerla y estudiaría todos sus caprichos, sin que tuviera que molestarse en estudiar los míos; y de vez en cuando, después de haberla complacido en todo, solicitaría me dejara estrecharla entre mis brazos. Y si una vez pudiese ver sus ojos con la expresión que deben de tener ante la persona por usted amada... ¡Dios mío, eso me compensaría de todos mis esfuerzos!

Dicho esto extendió la mano y tocó la de Paulina, larga y pálida, que estaba apoyada en el almohadón.

— Querida mía — dijo, — pondría el mayor empeño en que jamás su rostro tuviese la expresión de esta noche, pues está usted dolorida y como si la vida la hubiese abandonado. Quiero decirle, que la última noche, cuando se hallaba usted tan hermosa y tan parecida a una reina y no quiso hablarme, a punto estuve de volverme loco de pena; me hizo el mismo efecto como si hubiera

recibido un latigazo. Pero luego la observé bien y pude ver que en sus ojos había una expresión de dolor. Seguí observando y acabé por enorgullecerme de su crueldad para conmigo y de su inteligencia, así como de la facilidad con que hablaba usted en italiano, en francés y en alemán con todos aquellos hombres, y acabé por decirme: “Es una mujer y me hiere porque soy fuerte; no hay duda de que alguien a quien ella ama la ha tratado mal.” Me propuse no acobardarme, en mi deseo de serle útil, y me di cuenta de que la amaba a pesar de todo. Y ahora, amada mía, quiero explicarle cómo he comprendido que aún no ha llegado mi tiempo; si es usted feliz, permaneceré en segundo término, sin pedir nunca que me haga caso; pero si es usted desdichada, júreme que me llamará. Y de todos modos permítame que sea su amigo, permítame que la ayude, que haga su fortuna y que la proteja. Déjeme comprender que en su vida soy algo, y que mi vida puede serle beneficiosa en algún modo. Esta es mi idea del amor. Y ahora le toca hablar a usted.

Paulina se había puesto muy pálida, y su esbelto cuerpo se estremeció con emoción. Se puso en pie y su compañero la imitó; ambos se apoyaron en la chimenea. Luego, él sacó una tarjeta y escribió su dirección cablegráfica a París, a Londres y a Nueva York.

— Telegráfíe a una de estas tres direcciones, en cualquier momento, y sin perder un instante acudiré a su lado — dijo. — A mí me parece usted la mujer más dulce de nuestros días, y con el mayor gusto le daría mi vida entera. Es usted mi llama, el fuego que me vitaliza. — Al decir esto, sus ojos llamearon fugazmente. Luego, añadió en tono distinto: — Siéntese otra vez, por un momento, y hágame el favor de leer algo, en voz alta, de cualquiera de esos libros que veo aquí. Quisiera llevar grabado en mi mente el retrato de usted en un ambiente de hogar y de tranquilidad, junto a mí. Quisiera ver de lado su linda nariz y sus ojos inclinados sobre el libro, así como oír su bien timbrada voz.

Volvieron hacia el sofá, y él continuó diciendo:

— ¿Se figura usted que no me he fijado en la bondad de su corazón? No está usted concentrada en sí misma, como la mayoría

de las mujeres. ¿Supone usted que no he apreciado en todo su valor el hecho de que encargara una sopa y sandwiches, cuando solamente le pedí una taza de té? Usted observó que estaba fatigado, y aunque no dijo una palabra, pensó, en cambio, en algo que me fuera beneficioso. No crea que en mí se haya perdido tan cariñosa acción, querida mía, pero ahora hágame el favor de leer.

Ella tomó el primer volumen que halló a mano. Resultó ser la traducción de Lafcadio Hearn de la Morte Amoureuse, de Teófilo Gautier. Empezó a leer, con su voz suave y cultivada, algunos párrafos saltados, hasta que llegó a la escena en que Clarimonda está muerta. Entonces su compañero extendió la mano, mas no la tocó.

— Perfectamente — dijo. — Así es como la amo. Ahora no quiero entretenerla más. — Y se levantó para marcharse. — Ya he contemplado la escena...: usted con los ojos inclinados hacia el libro, tranquila y apacible. Adiós..., hasta que me llame.

Luego se inclinó, le besó la mano y, soltándola, se encaminó hacia la puerta, antes de que ella pudiera hablar.

Y cuando observó que se había marchado, Paulina se dejó caer en el sofá y estalló en sollozos.

Pero sintió que aún tenía en la mano la tarjeta de él, con sus direcciones cablegráficas.

FIN DE "EL CONTRASTE"

[5] Celebre actor ingles.

[6] Actor, poeta y dramaturgo ingles.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB